

Federico Jeanmaire
FERNÁNDEZ MATA
A FERNÁNDEZ

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Fernández mata a Fernández

Federico Jeanmaire

Fernández mata a Fernández

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Fernández y Fernández

Fernández y Fernández Fernández

Fernández y Fernández

Fernández y Fernández Fernández

Fernández y Fernández

Fernández y Fernández Fernández

Fernández y Fernández

Fernández, Fernández y Fernández Fernández

Fernández, Fernández Fernández y Fernández

Fernández y Fernández Fernández

Fernández, Fernández Fernández y Fernández

Fernández, Fernández Fernández, Fernández y Fernández

Fernández y Fernández

Fernández, Fernández, Fernández y Fernández Fernández

Fernández y Fernández

Fernández, Fernández y Fernández

Jeanmaire, Federico

Fernández mata a Fernández / Federico Jeanmaire. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2019.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-670-593-6

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título.

CDD A863

© 2019, Federico Abel Jeanmaire

Foto de Federico Jeanmaire: © Juan Guy Jeanmaire

Todos los derechos reservados

© 2019, Tusquets Editores S.A..

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

info@tusquets.com.ar

Primera edición en formato digital: julio de 2019

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-593-6

Todo se ha escrito, todo se ha dicho, todo se ha hecho, oyó Dios que le decían y aun no había creado el mundo, todavía no había nada. También eso ya me lo han dicho, repuso quizá desde la vieja hendida Nada. Y comenzó.

*Museo de la Novela de la Eterna,
Macedonio Fernández*

Fernández y Fernández

Fernández mata a Fernández, decía el título. ¿Cómo no iba a leerlo? Era perfectamente imposible no hacerlo. Usted no lo sabe, por supuesto, cómo va a saberlo si recién nos conocemos, pero la verdad es que yo también me apellido Fernández.

Bienvenido al club: Raúl Ricardo Fernández, para servirlo.

Mire lo que son las casualidades. Encantado, José Antonio es mi nombre.

Mi padre no creía en las casualidades. Siempre repetía que los Fernández éramos los dueños del mundo.

Serán otros Fernández, los dueños del mundo, porque lo que es a mí, no me tocó casi nada.

A mí tampoco, no se preocupe. Pero continúe, estoy ansioso por conocer los motivos que lo han traído hasta mi puerta.

Bueno, como quiera.

Siga, por favor.

Hacía un montón de tiempo que no me preparaba un huevo frito. No sé, vio, vivo solo. A veces se me da por comer lo mismo durante varios días o incluso semanas y después cambio y ni siquiera me acuerdo de lo que me volvía loco unos pocos meses atrás. Por ahí a usted le ocurre lo mismo. O no. Qué sé yo. Quizás está casado y la que se ocupa de esos menesteres es su señora.

Soy gay.

Ah.

Tampoco es que esté enfermo, soy gay nomás.

No se ponga así. Me quedé pensando qué tenía que ver el hecho de que usted sea homosexual con el asunto de decidir todos los días qué comer. Soy lento, disculpe. Supongo que lo que quiso advertirme es que actualmente no está en pareja y es usted mismo el que realiza las compras y, por lo tanto, comprende a la perfección las dificultades a las que me referí.

En realidad, no sé lo que quise decirle. Me separé de mi pareja hace muy poco tiempo y casi no he probado bocado desde entonces.

Tiene que esforzarse y comer, no sea tonto. Me pasó lo mismo cuando se murió mi mujer. Pero hay que ser fuerte y superarlo, la vida continúa.

Lo estoy intentando. Aunque no me resulta nada fácil. Estuve muchos años con ese idiota, creí que era un amor verdadero, un amor para siempre. Sin embargo, ante el primer problema que se nos puso delante, chau, me dejó.

Olvídese, usted es un hombre joven y bien parecido, estoy seguro de que pronto va a tener una nueva oportunidad.

Gracias. Me reconforta lo que dice.

De cualquier manera, eso no tiene nada que ver con lo que yo le venía comentando. Por favor, vayamos al punto que me trajo hasta acá.

Sí, sí. Le pido mil disculpas, estoy un tanto sensible.

No se preocupe, lo entiendo.

Gracias otra vez, usted es muy amable, prometo firmemente no interrumpirlo más con el cuento de mis descalabros amorosos.

Lo que le estaba comentando es que esta mañana salí de mi departamento con ganas de repollo

colorado o de pepinos para hacerme una ensalada rápida y volví con un paquete de arroz y media docena de huevos. En medio del supermercado, de manera intempestiva, se me vino a la cabeza lo feliz que me habían hecho los huevos fritos enseguida después del fallecimiento de María del Carmen, mi señora. Cosas que pasan. Y ahí, fíjese lo que son las casualidades, justo ahí, envolviendo inocentemente la media docena de huevos que me entregó el chino del supermercado, estaba la noticia de los Fernández.

Le repito que no creo en las casualidades. Compréndame, se trata de casi la única herencia que me dejó mi difunto padre.

Lo comprendo. Pero no podrá negarme que *Fernández mata a Fernández* es un gran título.

Un gran título, en eso sí estoy de acuerdo.

Aunque, si me hubiera tocado a mí escribir el artículo, yo hubiese elegido otro: *Fernandicidio*. Pomposo. Medio críptico. Quizás incomprensible. Todo lo que usted quiera. Sin embargo, yo hubiera elegido *Fernandicidio*.

El primero de los títulos está mucho mejor.

Yo fui periodista. Eso usted tampoco lo sabe. Pero fui periodista y en las redacciones siempre me acusaban de pensar más en mí mismo que en los lectores. Es verdad, tampoco lo quiero engañar, jamás me importaron los lectores. A mí lo que me gustaba era inventar, crear, no me interesaba en lo más mínimo si se vendían más o menos ejemplares. Yo hubiera defendido *Fernandicidio* con uñas y dientes. Hasta la muerte lo hubiera defendido. Así terminé, claro.

Mi ex pareja también era periodista.

Mire cómo todo tiene que ver con todo.

No me lo parece.

Sí, hombre. Y para que vea cuánto de verdad hay en lo que acabo de decirle, en eso de que todo tiene que ver con todo, el hecho de que haya terminado como terminé está íntimamente ligado a *Fernández mata a Fernández*, la noticia que envolvía inocentemente la media docena de huevos que me vendió el chino del supermercado.

Eso ya me lo explicó: a usted le gustaban los títulos malos, aquellos que nadie puede entender, y a sus jefes, en cambio, les interesaban los títulos buenos, los que ayudan a vender más diarios.

No, no me refiero a eso. Y, si me permite el comentario, creo que usted, a veces, puede ser bastante cruel en sus afirmaciones.

Disculpe, sólo intenté un resumen más o menos sintético y absolutamente objetivo de lo que terminaba de contarme.

No sé, yo que usted me cuidaría de las maneras en las que afirma las cuestiones que tienen que ver con los demás; quizás, aunque no pueda asegurarlo, eso tenga bastante que ver con el hecho de que su novio o su marido o su amante, no sé cómo es que se dice en estos casos, lo haya dejado así como lo dejó, de un día para el otro.

No, no se lo voy a permitir. De ningún modo me parece correcto que se ponga a dar consejos de pareja; no se abuse, no se los he pedido y, además, hace apenas unos pocos minutos que nos conocemos.

Perdón, tiene usted razón. Mejor sigo con lo mío.

Sí, eso me parece mucho mejor.

El señor Gastón Fernández, de cuarenta y cuatro años de edad, conductor del lujoso rodado de origen alemán que atropelló involuntariamente en la esquina de Arenales y Paraná, acá nomás, según decía la crónica, al señor Juan Eusebio Fernández, de setenta y tres, jubilado, vecino del barrio de Congreso, es el mismísimo Gastón Fernández que me echó a mí del diario en el que trabajaba hasta hace un par de años.

Mire usted por dónde.

En realidad, y para ser del todo sincero, ni siquiera me echó como Dios manda. No. El atropellador Gastón Fernández sólo me obligó a jubilarme por anticipado. Se trata de un cobarde. De uno de esos tipos que tejen y destejen a nuestras espaldas, que jamás dan la cara. Un completo badulaque, mi homónimo.

Todo tiene que ver con todo.

Vio.

Que me disculpe mi padre, pero, en esta ocasión, tengo que darle la derecha.

Muchas gracias.

De nada.

Sin embargo, tampoco se equivoque: no he venido hasta aquí movido por el odio ni por el rencor. Sólo he venido para intentar averiguar exactamente lo que pasó. Conozco de sobra las sucias jugarretas de este individuo, de ahí que no me crea con tanta facilidad que se haya tratado de un mero accidente. Y, además, como tengo un montón de tiempo libre desde que el susodicho me jubiló cobardemente de mis tareas en el diario, decidí ponerme a investigar con absoluta seriedad el asunto. Me gustaría obtener su ayuda. El edificio del cual usted es el portero.

El encargado.

El encargado, efectivamente. Le pido mil disculpas, a veces me olvido de que los porteros ahora se hacen llamar encargados.

Nunca fuimos porteros, siempre fuimos encargados. Es como si yo a usted, en lugar de llamarlo ex periodista, lo llamara ex articulero o ex titulador malo. ¿Se cree que alguna vez los encargados se ocuparon sólo de cuidar la puerta de calle del edificio en el que trabajaban? No, señor. Eso sería tomar la parte por el todo.

Sinécdoque se llama eso. Es una antiquísima figura retórica.

Lo que sea, pero que le quede claro: nunca fuimos porteros, siempre fuimos encargados.

Está bien. De acuerdo. Lo que le comentaba es que el edificio del cual usted es el encargado, este mismo en el cual acabo de encontrarlo de casualidad junto a su puerta, está casi en la esquina de donde ocurrió el supuesto accidente y, según decía la crónica, el hecho sucedió aproximadamente a las siete de la mañana, hora en la que los encargados de edificios acostumbran a baldear la vereda.

Vio todos los trabajos que tenemos que realizar, también nos podrían llamar verederos. O lavaderos. No sé cómo todavía no se les ocurrió.

Bueno, pero qué carácter tiene, Fernández. No se le puede decir nada que enseguida se lo toma a pecho. Debe ser un tipo bastante difícil para la convivencia, usted.

Como cualquiera. Ni más ni menos. Aunque, quizás, usted se piense que es fácil de llevar. En su momento, habría que haberle preguntado a su esposa. Ahora, claro, ya es tarde para hacerlo.

Tiene razón. El ser humano es un bicho muy complicado.

Sí, somos jodidos.

Ya lo creo.

Todos. Mi ex pareja también.

Seguramente. Sin embargo, lo que yo le estaba preguntando era si usted había visto algo esa mañana en la que Gastón Fernández atropelló con su lujoso vehículo de origen alemán a Juan Eusebio Fernández y lo mató.

Y, algo siempre se ve. Incluso, si no se lo ve, se lo escucha más tarde. Vio cómo es eso. A la gente le gusta hablar.

Cuénteme, el asunto me interesa sobremanera.

Le voy a contar. Algo le voy a contar, no se preocupe.

Por favor.

Fue acá. Justo ahí: de donde termina la vereda, uno o dos metros más allá, sobre la calle. Es como si lo estuviera viendo todavía.

¿Entonces usted vio lo que pasó?

Es una forma de decir.

Ah.

De todos modos, tiene que saber que el Fernández que murió no era buena persona. Era una porquería de tipo. Un zurdo. Un viejo comunista que, para mi gusto, estaba rematadamente loco.

Mire usted.

A propósito de mirar: ¿se fijó cómo tengo la vereda? La cuidó. La cuidó incluso mejor que al piso de mi propio departamento. En un tiempo hasta llegué a encerarla dos veces a la semana, los lunes y los jueves para ser del todo exacto. Ahora ya hace unos años que no lo hago. Desde que se cayó la jueza.

Uy, pobre mujer.

De pobre, nada. Es la peor del edificio. La más mala. Una bruja. Vive en el quinto. No sé quién se cree que es. Salió medio dormida y se patinó. Eso fue lo que pasó. Se golpeó feo, no lo voy a negar. Y no sabe la que armó en el consorcio, la muy chiruza, casi me echan. Pero, claro, no me echaron; si me echaban me tenían que indemnizar y eran más de diez años de trabajo. Sólo me dijeron de todo. Y, por supuesto, no me dejaron encerar la vereda nunca más. Me lo prohibieron. Una lástima, quedaba tan linda, encerada.

Me imagino.

Sí, una verdadera lástima. Ahora me da pena verla así. Aunque la froto bien con lavandina a la mañana y, al mediodía, enseguida después de comer, la vuelvo a barrer. Hace un rato, antes de que usted llegara, la barrí. Porque esta ciudad es muy sucia. La gente es muy sucia. Tiran cualquier cosa. Son unos asquerosos. No sabe las discusiones que tengo con algunos. Y con ese viejo, con Fernández, el muerto, ni le cuento. Pero, también, como para no. Tienen un cesto ahí mismo, mire, no debe haber ni diez metros hasta el cesto. Sin embargo.

Igual, pobre mujer, si se golpeó feo.

No la defiende. Usted la defiende porque no la conoce. Linda piedra para la honda. Una porquería de ser humano.

No exagere, hombre.

No exagero. A ver si me entiende: ¿quién se le ocurre que mató al viejo?

No se me ocurre, lo sé, lo leí en el diario; lo mató mi ex jefe, el señor Gastón Fernández.

Se equivoca. Se equivoca fiero, caballero. La que mató al viejo fue la doctora Fernández Fernández, María Esther Fernández Fernández, jueza en lo Penal y Contravencional. La del quinto. La misma que hace unos años se resbaló en la vereda, dormida como estaba, seguramente todavía bajo los efectos del alcohol o de las drogas que había consumido durante la noche anterior, y me armó el escándalo que me armó con el consorcio.

No es lo que afirma el diario.

Bueno. Tampoco tiene que creerse todo lo que afirman los diarios. Mucho menos usted, que, si me deja que se lo recuerde, según me contó hace un rato, trabajó en uno de ellos hasta hace un par de años.

Pero ¿qué motivo podría tener el diario para mentir en una cosa así?

Motivo, no sé. Bueno, sí, se me ocurre uno, aunque no sabría decirle si constituye realmente un motivo: la falta de tiempo o de ganas de investigar.

Eso no es un motivo. No habría ninguna intención de mentir; en ese caso, sólo se trataría de un error producto, quizá, de la escasez de tiempo o de la ausencia de ganas de investigar más profundamente; acordemos que el asunto tampoco era tan importante como para invertir en él más que unas pocas líneas en la sección de policiales. Es más, le aseguro que, si la noticia salió impresa, fue solamente porque durante ese día no había ocurrido nada más interesante.

Típicas excusas de periodista. Si sabré yo de eso. ¿Le conté que mi ex pareja también es periodista?

Sí, claro que me lo contó, casi es de lo único que me ha hablado desde que nos conocemos.

Disculpe, estoy un tanto sensible.

Lo comprendo. De todas maneras, se me ocurre que debería hacer un esfuerzo y olvidarse de sus conflictos amorosos. Así resulta prácticamente imposible llevar adelante una conversación más o menos digna con usted.

Lo intentaré.

Justo estaba contándome que la que atropelló al viejo Fernández había sido la jueza del quinto piso y no Gastón Fernández, como informaba el diario.

Yo no le dije en ningún momento que haya sido ella la que lo atropelló; lo que dije fue que ella lo mató. Vé cómo son los periodistas, tergiversan todo, escuchan lo que quieren y, después, siempre se inventan unas conclusiones que nada tienen que ver con la realidad de lo acontecido.

Como quiera. Pero, por favor, no vuelva al tema de las calamidades del periodismo. Mejor, siga contando cómo sucedieron los hechos aquella mañana.

Eso es censura.

De ninguna manera. Se trata sólo de un pedido cordial. No sé por qué tengo la impresión de que sus críticas a los periodistas, en realidad, se refieren más bien a su actual situación amorosa, a sus despechados sentimientos quiero decir, que a una genuina preocupación acerca del rol que cumplen los medios masivos de comunicación en las sociedades contemporáneas.

Usted mismo lo dijo hace un rato: todo tiene que ver con todo.

Es verdad.

¿Entonces?

Entonces, nada. Le ruego encarecidamente que se deje de dar vueltas de una vez por todas y continúe con la historia.

Mire que es larga.

Tiempo es lo que me sobra.

Bueno, como quiera. Pero antes de lo de la jueza tendré que contarle otra cosa; si no, no va a entender nada.

Ya le dije que tiempo es lo que me sobra.

A mí también. Total, la vereda ya la barrí, lo próximo que me toca hacer es darle las buenas noches a cada uno de los vecinos cuando llegan de sus respectivos trabajos y, más tarde, a eso de las nueve menos cuarto, juntar las bolsitas de residuos, meterlas dentro de las bolsas grandes negras y bajarlas hasta la calle.

Por favor, adelante.

En el edificio, en el tercer piso para ser preciso, supo vivir una señora que murió hace unos meses. Era soltera. Una anciana que tenía mucha plata y absolutamente nada que hacer. Entonces se inventaba cosas. Ayudaba en la iglesia, iba a misa todas las tardes y, por las mañanas, compraba una bolsa grande de pan del día anterior cortado en pedacitos que le preparaban especialmente para ella en la panadería que está acá a la vuelta, por Paraná, y se iba caminando, despacio, hasta Congreso. Decía que eso le hacía bien para la circulación y para las piernas y que,

además, encima les salvaba las vidas a las palomas que habitaban en aquel barrio; que los bichos estaban muertos de hambre y que la causa de que se murieran de hambre era que la gente de por ahí no tenía el suficiente dinero como para hacerse cargo de su alimentación. Decía muchas cosas. No paraba de hablar, la señora. Una de las que me acuerdo que decía era que el Espíritu Santo había sido una paloma y que, por eso, había que cuidarlas, que constituían una de las tres partes de Dios. No sé, era muy anciana, tenía unas ideas medio extrañas. Yo la escuchaba y le respondía a todo que sí. Le seguía la corriente. Qué iba a hacer, no sé si me entiende, tampoco me iba a poner a discutir con ella. Aunque motivos no me faltaban: la muy zorra, cada mañana, después de darme los buenos días de rigor, me preguntaba si ya había conseguido novia, que cuándo me casaba, y yo, cada bendita mañana, se lo juro, le contestaba que era gay, que no me gustaban las mujeres, que lo que me gustaban eran los hombres, y entonces ella se reía y me decía que yo era muy ocurrente, muy simpático, y enseguida se iba a la panadería sin siquiera despedirse.

Bueno, a la gente mayor a veces le cuesta entender algunas preferencias sexuales.

¿Por qué? ¿Acaso yo le preguntaba a ella la razón por la cual nunca se había casado? ¿O si se masturbaba? No, señor. No le preguntaba nada. Me parece que cada uno es dueño de hacer lo que quiere con su vida.

Desde luego. Sin embargo, frente a gente tan mayor, uno debe comportarse de manera paciente. No ser tan estricto.

No estoy para nada de acuerdo. Desde ese punto de vista, ahora mismo tendría que estar aceptando, en silencio, cualquier cosa que usted me diga sin discutirle; por ejemplo y sin ir más lejos, eso de que Gastón Fernández mató al viejo.

Disculpe, pero yo no soy tan anciano, apenas tengo sesenta y siete años.

¿Apenas? ¿Le parece poco?

Mire, Fernández, no pienso hacer caso de ninguna de sus infinitas descortesías; continúe, por favor; según me anticipó, el asunto iba para largo; le ruego, entonces, que no perdamos más el tiempo inútilmente.

Como quiera.

Adelante.

Bueno. Parece que la vieja Fernández.

¿También la vieja era de apellido Fernández?

También. De nombre Marta.

Otro Fernández más. Parece increíble.

Lo increíble es que me pida por favor que siga adelante, que me apure con el cuento y, enseguida que retomo, me interrumpa con una zoncera.

Disculpe, no lo volveré a hacer.

Parece que Marta, la vieja, se caminaba unas quince cuadras, llegaba con su bolsa hasta la esquina de Hipólito Yrigoyen y Sarandí y allí desparramaba las migajas. De eso, claro, nos enteramos después. En aquel momento, todavía no lo sabíamos. En realidad, en aquel momento ni siquiera lo sospechábamos. ¿A quién se le podía ocurrir que semejante anciana caminara cada mañana, entre la ida y la vuelta, alrededor de treinta cuadras, sólo para darles de comer a unas cuantas palomas?

¿Y por qué justo esa esquina?

Ah, bueno, se ve que de verdad le sobra el tiempo, caballero, pretende conocer hasta los detalles más insignificantes de la historia.

Y sí, los necesito. No constituiría una verdadera investigación si me pierdo los detalles. Suele ocurrir que allí, en las minucias, residen los secretos más profundos.

No es este el caso. Escuche. La vieja terminó en esa esquina porque no le quedó otra. Al principio, hacía el camino más fácil y más corto, tomaba por Paraná y vaciaba la bolsa apenas llegar a la Plaza del Congreso, unas once, doce cuadras, aproximadamente. Pero la echaron de ahí los vendedores de maíz. Le prohibieron la entrada.

No entiendo.

Los tipos pensaban que lo que hacía la vieja atentaba contra la prosperidad de su negocio. Que si las palomas se llenaban sus buches con pan, tan temprano en la mañana, por las tardes, cuando llegaran los clientes con sus hijos, no estarían tan desesperadas de hambre y no querían armar ese bochornoso espectáculo que hacen de rodear al nene o a la nena en cuestión hasta asustarlos. Que se les acababa el negocio, pensaban. Por eso no le permitieron desparramar sus migajas sobre la plaza y ella tuvo que buscarse otro sitio en donde hacerlo.

Una estupidez, si las palomas se comen todo lo que uno les tire.

Puede ser. Sin embargo, lo cierto es que me quedé pensando en lo que acabo de decirle. A ver si usted, que se las da de investigador, sabe contestarme qué extraño motivo hace que los padres o las madres argentinas decidan exponer a sus pequeños hijos a vivir tamaña experiencia.

¿Cuál experiencia?

Esa. La de llevarlos a la plaza del Congreso, comprar un paquete de granos de maíz, desparramarlos en el suelo y dejar que cientos de sucias palomas le revoloteen por los alrededores de la cabeza a su nene o a su nena durante un rato larguísimo. Las pesadillas que deben sufrir esos pobres pibes a la noche, cuando se van a dormir.

La verdad es que no sé, nunca tuve hijos.

¿No quiso? ¿No pudo?

Mi mujer no podía quedar embarazada y, en aquellos tiempos, todavía no existían las posibilidades científicas que existen hoy. Pero ¿qué le importa a usted? ¿Qué tiene que ver?

No, nada. Como me confesó, sin que yo se lo preguntara, que no tenía hijos, me pareció que quizá necesitaba conversar con alguien acerca del tema. Estoy acostumbrado a prestarles mis oídos a los problemas de la gente.

No, no me interesa en absoluto charlar acerca del tema. Ni con usted ni con nadie. Lo dije porque se me ocurrió nomás.

Disculpe, pero me parece que a veces es mejor hablar de nuestros problemas, sacarlos afuera. No es que haciéndolos públicos los vayamos a resolver; sin embargo, se me ocurre que algo ayuda. Si los escondemos debajo de la alfombra, se van agrandando, paulatinamente, hasta ocupar casi todo nuestro pensamiento.

A mí, lo que me parece es que usted no tiene ningún límite. Es un perfecto desfachatado.

¿Ve? Esa es la típica actitud de los periodistas. Si la conoceré yo. Cuando no saben la respuesta de algo, lo único que atinan a hacer es agredir al otro. Un truco fácil. Da la impresión de que les costara un montón reconocer cualquier ignorancia personal.

¿Va a comenzar otra vez? ¿Qué culpa tengo yo de que su ex pareja sea periodista? Por favor, reflexione un poco al respecto.

Sabe que quizá tenga razón, Fernández.

Déjese de dar vueltas alrededor de su fracaso amoroso, no es bueno que se encierre en eso. Mejor siga contándome de la vieja, le va a hacer bien distraerse.

La vieja. Es verdad, creo que el asunto se me había olvidado por completo.

Por favor.

Nada, que la vieja, expulsada de la plaza del Congreso por los vendedores de maíz, terminó recalando en la esquina de Hipólito Yrigoyen y Sarandí. Y, con el tiempo, se acostumbró o les

tomó cariño a las palomas de esa zona, vaya usted a saber. Lo cierto es que iba directamente hacia allí. Sin paradas. Llegaba, parece que ya rodeada de algunas palomas que presentían su carga o la reconocían, desparramaba con cierta lentitud los pedazos de pan sobre la calle, cerca de uno de los cordones de la bocacalle, y en segundos nomás, cientos, miles, millones de esos bichos se precipitaban, desesperados, sobre las migas. Eran tantas, las palomas, que algunos testigos llegaron a afirmar ante la justicia que se oscurecía por completo la mañana apenas la vieja terminaba de arrojar sobre la calle el contenido de esa bolsa.

Qué horror.

Ya lo creo.

No me hubiera gustado vivir justo en esa esquina.

Efectivamente. Está en lo cierto. Los vecinos del lugar se disgustaron mucho con la actitud de la señora Marta. Y empezaron los inconvenientes. Unos cuantos se le quejaron, de manera civilizada. Otros, en cambio, simplemente pasaban frente a ella y la puteaban en todos los idiomas que conocían. Sin embargo, hubo un único vecino que pasó por cada una de esas instancias. Sólo uno. Primero se acercó e intentó persuadirla con buenos modos de que desistiera de darles de comer a las aves o que, si no desistía, al menos eligiera cualquiera de las otras infinitas esquinas de la enorme ciudad de Buenos Aires para hacerlo. Sin embargo, la vieja no entendía razones. Una y otra vez, afirmaba que no se movería de esa esquina, que ahí la había enviado Dios, que Dios tenía hambre y que ella había sido elegida por el Altísimo para desarrollar tan divina tarea en esa precisa esquina y no en cualquier otra. El vecino, como usted comprenderá, un buen día se cansó de las discusiones inconducentes y, como justo tenía la mala suerte de vivir en el segundo piso de la ochava que daba al asqueroso espectáculo matinal que desplegaba la vieja, lo que empezó a hacer fue abrir su ventana y gritarle barbaridades desde ahí arriba. Con el paso de los meses, las barbaridades, casi naturalmente, se transformaron en amenazas.

¿Amenazas?

Sí, amenazas. O, mejor dicho, amenaza, en singular. Seguramente por alguna incapacidad imaginativa, el tipo sólo le gritaba que iba a comprarse una escopeta y las iba a cagar a tiros. Primero a las palomas y después a ella, repetía una y otra vez.

Se le fue la mano.

No me lo parece. Por el contrario, creo que el tipo fue extremadamente tolerante. Yo hubiera tardado bastante menos que él para cagarlas a tiros.

¿Pero entonces lo hizo?

Por supuesto.

Qué barbaridad.

Me da la impresión de que usted no me escucha bien. ¿Acaso no le avisé, al principio, que ese viejo además de ser comunista estaba rematadamente loco?

Ah, perdone, no había entendido que el tipo de la ventana en la ochava era el mismo tipo que después fue atropellado en esta esquina.

Fernández, el mismo.

Ahora, sí.

Me alegro. Por un momento se me dio por pensar que todo este larguísimo rato había estado hablando para nadie; que, quizás, y debido a su avanzada edad, usted ya no escuchaba muy bien y entonces iba a tener que repetirle todo lo que le había contado en voz alta. Menos mal, le juro que no tenía ninguna gana de volver a empezar otra vez desde el comienzo.

No se haga el gracioso. El que tiene problemas es usted. Problemas de relato. Debe ser que está acostumbrado al chismerío barato de edificio; un chismerío en el que no hace falta dar

nombres porque todos conocen de antemano a los protagonistas del chisme. En ningún momento, escúcheme bien, usted me aclaró que el vecino amenazador era el mismo tipo que había muerto atropellado por el auto de Fernández ahí en la esquina. En ningún momento.

Se sobreentendía.

No, no se sobreentendía.

Por supuesto que se sobreentendía. Si no, para qué le iba a contar la historia de la vieja. ¿Qué sentido hubiera tenido?

Qué sé yo. Tratándose de usted, había más probabilidades de que la cuestión de la señora Marta y de la bolsa de migas de pan tuviese que ver con su reciente ruptura sentimental, más que con la muerte de Fernández.

Basta de referirse a la gente como Fernández. Todos somos Fernández, eso no aporta absolutamente nada a lo que estamos charlando. Creo que, si se fija bien, hasta confunde más tanto Fernández. Y basta, también, de traerme, en una y otra oportunidad, con cualquier excusa, el mal recuerdo de mi ex pareja, justo cuando, a fuerza de distraerme con las palomas, estaba comenzando a olvidarme del asunto.

No todos somos Fernández.

A mí, ahora mismo, me parece lo contrario.

Hagamos una prueba, si tiene ganas.

Adelante.

Ahí viene un muchacho, parémoslo y preguntémosle el apellido.

Justo a ese pibe.

No se ría, no sea maleducado. ¿Por qué no?

Vení, pibe, vení un segundo que el señor quiere hacerte una preguntita.

Buenas tardes.

Buenas tardes, joven. Le pido encarecidamente que no lo tome a mal, que no se imagine cosas raras; sin embargo, el señor y yo estamos con una duda y, si usted no tiene inconvenientes, me gustaría que nos hiciera el grandísimo favor de evacuarnosla diciéndonos su apellido.

No tengo ningún inconveniente, señor, mi apellido es Fernández.

Muchas gracias, pibe.

No es nada, Raúl, más tarde le llevo el dinero de las expensas.

Nos vemos.

Ah, pero entonces usted lo conocía.

Claro. Por eso me reí. Justo a ese pibe se le ocurre preguntarle el apellido. Es algo así como el sobrino bisnieto de Marta, la vieja que les daba de comer a las palomas. Se mudó hace unos días, parece que su padre heredó el departamento.

Qué barbaridad.

Ninguna barbaridad: la mujer no había tenido descendencia y entonces el departamento le tocó al padre de este chico. Son del interior. El pibe justo tenía que venir a estudiar en la universidad y aprovecharon que el departamento había quedado vacío.

No, no me refería a eso. Me refería a que usted, sabiendo de antemano que se trataba de otro Fernández, me dejó que igual le preguntara.

Qué iba a hacer. Si usted estaba empecinado en preguntarle.

Esto es una locura. Mejor, continúe relatándome los acontecimientos que venía relatándome.

Faltaba más. El único problema es que ya no me acuerdo por dónde iba.

El tipo amenazándola a la vieja desde la ventana de la ochava de Hipólito Yrigoyen y Sarandí.

Es verdad. La amenazaba a los gritos. Hasta que una mañana dejó de amenazarla y, con un rifle de aire comprimido, reventó a una de las palomas que comían a los pies de la vieja.

¿Un rifle de aire comprimido?

Sí. Después supimos que lo compró para la ocasión. Estaba harto.

¿Y entonces?

Uh, entonces. Ahí empezó realmente el drama que, a la postre, se llevó la vida del viejo.

Cuenta, cuenta.

Pero mire que esto es más largo todavía. Bastante más largo.

Me sobra el tiempo.

Cierto, me había olvidado de que no tiene nada que hacer.

Por favor, cuenta.

Bueno. Ahí voy. Marta, la vieja, la del tercero, levantó de la calle la paloma muerta y se vino caminando las quince o dieciséis cuadras que la separaban de aquí con el cadáver del bicho en las manos. Estaba como ida. No entendía lo que había pasado. Ni hablar, podía. Sólo repetía, entre suspiros, que le habían matado a Dios. En eso estábamos cuando la jueza Fernández Fernández apareció en el hall de entrada del edificio, perfumada como cada mañana, espléndida, teñida de rubia por esos días, y vio la escena. Para qué. De inmediato, hizo sentar a la vieja en aquel sillón, sí, en ese; después ella se sentó en el de al lado; a mí, por supuesto, me dio la orden de traer un vaso de agua para la señora y, sin despeñarse, empezó a sonsacarle todo lo que había ocurrido. Si será hábil, la jueza Fernández Fernández, que, cuando volví con el vaso de agua, ya le estaba dando las precisas indicaciones de hacia qué comisaría debía dirigirse para hacer la denuncia policial de modo que, después, la causa de la paloma asesinada recayera en el juzgado que estaba a su cargo. Una viva, la del quinto.

No entiendo por qué la odia tanto, no me parece nada mal que una mujer se perfume o se tiña el pelo o quiera estar espléndida. Y menos, todavía, que intente ayudar de alguna forma a una anciana desvalida que acaba de tener un problema.

Usted porque no la conoce.

Eso ya me lo dijo antes.

La jueza lo único que perseguía era quedarse con el departamento de la señora, por eso siempre la iba a visitar o se hacía la que quería ayudarla. Si sabré yo de esas cosas. Como era soltera y nunca nadie la visitaba, la mina se imaginó que no tenía herederos. Por eso montó el numerito que montó.

Está yendo demasiado lejos.

Y usted, ingenuamente, me da la impresión de que siempre se queda demasiado afuera de las cosas que pasan en el mundo. ¿En verdad fue periodista?

Desde luego.

No tiene pinta.

¿Y qué pinta debería tener?

No sé. Parece medio corto de entendimiento.

Se le va la mano, Fernández. No se lo voy a permitir. ¿Qué pruebas tiene para afirmar lo que afirma tan livianamente de la jueza?

No sé si le va a alcanzar.

Pruebe.

Nada, que unos días después del asesinato de aquella paloma, le pasó, por debajo de la puerta, un papel para que la señora Marta lo firmara.

¿Y eso qué prueba?

Era un testamento. A ver si ahora me comprende. Un testamento en el que la viejita le legaba su piso a ella, a la jueza, claro.

Ah, bueno.

¿Entiende ahora la calaña de la que hablamos?

Creo que sí.

Bien. Muy bien, Fernández, como le gusta decir medio redundantemente a usted a cada rato.

Una aprovechadora.

La señora un día me vino a mostrar el papel, quería saber qué era, de qué se trataba. Pensaba que tenía que ver con el juicio, la jueza le había dicho eso, no sé. Y yo, por supuesto, me tomé el minucioso trabajo de explicarle toda la verdad.

Pobre mujer. Cómo se habrá puesto.

No. Largó una carcajada nomás. La vieja no era ningún corderito tampoco, no se vaya a creer.

Mejor así.

El problema se suscitó más tarde, cuando le comenté a la jueza que no le podría dejar el departamento, que ella tenía unos parientes en el interior, en la ciudad de Baradero, si mal no recuerdo, y que ellos la iban a heredar. Ahí cambió todo. En vez de condenar al viejo loco, lo que hizo la jueza fue otorgarle una *probation*, no sé si sabe, se trata de una suerte de penitencia que el condenado debe realizar para, precisamente, no ser condenado.

Sí, conozco de qué se trata la *probation*. ¿Por quién me toma, Fernández?

Lo siento. Pero no sé, a veces me parece que no tiene la más mínima idea de cómo, últimamente, anda el mundo acá afuera.

Tengo sesenta y siete años, no estoy decrepito. ¿Podría intentar, de una vez por todas, abocarse al tema que nos ha reunido?

Disculpe, pero nadie nos ha reunido. Usted apareció solo frente a mi puerta y, de inmediato, comenzó a preguntarme cosas sin parar. Siga preguntando y yo, en la medida en que me sea posible, le seguiré respondiendo con la misma amabilidad con que vengo haciéndolo desde hace horas.

Estaba con que la jueza, enojada por no poder heredar el departamento de la anciana, en lugar de condenar al tipo del rifle, le dio la oportunidad de una *probation*.

Efectivamente.

¿Y entonces?

¿Y entonces qué?

¿Sabe que me tiene hartado, Fernández?

Y usted a mí, Fernández.

Por favor, aunque no lo parezca, es un hombre grande. Déjese de embromar y siga contándome lo que venía contándome de la jueza y de la *probation*.

Vaya resumen que ha hecho.

Por favor.

Bueno. La vieja, a instancias de la jueza, hizo primero una denuncia policial por el ataque que había sufrido. La causa, obviamente, recayó en su juzgado. Y empezaron las diligencias. El hombre reconoció que había sido él quien había disparado hacia la nube de palomas. Pero también repitió hasta el cansancio que jamás había querido asesinar a la señora, que si hubiera pretendido eso, no habría comprado un rifle de aire comprimido sino una carabina o un misil con ojiva nuclear.

Resulta verosímil.

Desde luego. Sin embargo, todavía quedaban las amenazas que durante meses había

pronunciado desde su ventana de la ochava y quedaban, también, las ganas de la jueza de que todo se extendiera en el tiempo así ella conseguía que la vieja le firmara el testamento a su favor.

Claro.

De claro no tiene nada, el asunto. Muy por el contrario, apenas la doctora Fernández Fernández se enteró de que la señora Marta tenía descendientes en el interior que la iban a heredar, la muy zorra dictó una estúpida *probation*, se lavó las manos y nos tiró el fardo a nosotros.

No entiendo.

Usted nunca entiende nada. Y, si no entiende nada, discúlpeme por lo que voy a decirle, la culpa la tiene su ansiedad.

¿Qué tiene que ver mi ansiedad?

Mucho.

No me lo parece.

Perdón: ¿conoce usted, señor Fernández, en qué consistió la *probation*?

No.

¿Entonces?

¿Entonces qué? Me vuelve loco, Fernández.

¿Ve?, lo mata la ansiedad. Si me hubiera dado tiempo para que yo le contara, al menos a grandes rasgos, en qué consistió la *probation* que imaginó la muy bruja del quinto piso, entendería.

Esta vez tiene razón.

Siempre tengo razón.

No, siempre no. Tampoco se pase de la raya. A veces, sólo a veces, igual que el resto de los seres humanos.

Siempre.

A veces, sólo a veces.

Entonces será hasta otro momento.

No, no se vaya, Fernández.

Buenas tardes.

No sea así, necesito saber lo que ocurrió. Le pido encarecidamente que me disculpe. Está en lo cierto, lamento confesarlo, pero soy un ansioso. Y no es verdad que usted sólo a veces tenga la razón, siempre la tiene, Fernández, siempre. Si no lo reconocí fue, quizá, porque le envidio ese carácter tan firme que posee, esa seguridad inquebrantable que manifiesta a cada momento.

Está bien. Me convenció. Voy a hacer otro esfuerzo y le voy a contar en qué consistió la *probation* que se le ocurrió a la del quinto.

Gracias. Muchas gracias, Fernández. En el fondo, creo que usted es un buen hombre.

Escuche bien.

Lo escucho atentamente.

A la muy bruja se le ocurrió dictaminar que el señor Fernández, lo siento pero ya no me acuerdo el nombre del viejo.

Juan Eusebio.

Muy bien, se ve que de la memoria anda bastante mejor que del oído.

Por favor.

Le decía que a la bruja del quinto se le ocurrió dictaminar que el señor Fernández, Juan Eusebio, estaría obligado a darles de comer en la calle a las palomas todas las benditas mañanas y por espacio de seis meses. Y que, de no llevar a cabo dicha tarea con algún esmero o incluso

felicidad, sería declarado culpable del delito de amenazas reiteradas contra la señora Marta Fernández y, lo que era todavía peor, también de su premeditado y alevoso intento de homicidio.

No está nada mal, la sentencia. Me gusta. Parece justa.

¿No está nada mal? ¿Le gusta? ¿Le parece justa?

Y sí, Fernández. Da la impresión de que la mujer quiso que el hombre pagara su error de la manera en que más le podía llegar a doler. Que el tipo probara de su propio veneno, quiero decir.

Usted es un salame.

No empiece otra vez, Fernández.

Es un salame. Por ahí no le gusta escucharlo, pero esa es la triste verdad: es un reverendo salame.

Cálmese y explíqueme, si es que tiene alguna explicación a mano, por qué ahora se le ocurre soltarme sin motivo semejante impropio.

Explicaciones me sobran. Lo que no sé es si realmente vale la pena que invierta algún tiempo en desarrollarlas. Podría ser útil si usted las comprendiera. Pero no es el caso. Con sus comentarios no hace más que demostrarme, una y otra vez, que es un perfecto salame.

No tiene ninguna explicación. Está utilizando el típico recurso de atacar por las dudas ante el temor, quizá, de ser atacado. Un recurso bien femenino, si me permite que se lo diga.

Ah, bueno. No sólo es un salame, sino también un dinosaurio, Fernández. Que sea gay no significa que sea una mujer o un marica.

No lo dije por eso, lo dije porque era un recurso que solía utilizar mucho mi mujer. Y mi madre, también. No lo tome a mal.

¿Me quiere decir que sólo conoció a dos mujeres a lo largo de su larguísima vida? Solamente a dos mujeres, sexo espero que con una de ellas, nada más, e insiste en afirmar que no es un salame. A esta altura de los acontecimientos, un poco de autocritica no le vendría nada mal.

Usted es un desvergonzado.

Pero no un salame.

Tengo mis dudas, todavía no me dio ninguna de las numerosas explicaciones que dice tener acerca de mi falta de entendimiento.

A ver. ¿Supone usted, mi querido ex periodista, que un tipo que amenaza durante meses desde la ventana de su departamento a una mujer que les da de comer a las palomas en la calle puede, de buenas a primeras, poner algún esmero o desarrollar con alguna felicidad la asquerosa tarea de darles de comer a esas mismas palomas a lo largo de seis larguísimos meses?

No.

¿Entonces?

¿Entonces qué?

¿Se imagina, acaso, que una penitencia de ese calibre podía ser aceptada, así, sin más, por aquel viejo comunista?

No.

¿Entonces?

Por favor, Fernández, me tiene harto con sus entonces, diga lo que tenga que decir y punto.

Que usted es un salame. Que la maldita jueza del quinto nos echó el fardo a nosotros. Aunque, de todos modos, creo que esto ya se lo había anticipado hace un buen rato.

Lo lamento, pero lo que acaba de repetir no constituye, me parece, ninguna explicación del agravio que usted, para mi gusto muy livianamente, profirió hacia mi humilde persona.

Uy. Da la impresión de que le voy a tener que contar todo nomás, absolutamente todo; que usted no puede agregar, de su propia cosecha, prácticamente nada a la conversación.

Y sí. Creo que sí.

Bueno. Si no me queda otro remedio, allá voy, entonces. Pero le ruego encarecidamente que escuche con atención.

Lo escucho.

El tipo recibió aquel dictamen, seguramente con una mueca risueña dibujada en su cara, y, enseguida, se fue hasta el escritorio que, a escasos metros de distancia, ocupaba uno de los secretarios del juzgado y se las ingenió para que este otro salame, quizás un pariente suyo, no sé, le pasara la dirección en donde se domiciliaba la vieja. Ignoro cómo lo logró. Le habrá mentido que quería disculparse o llevarle algún regalo. No sé. La verdad, no lo sé. Pero lo cierto es que el tipo salió del juzgado con la dirección en alguno de los bolsillos de su pantalón. Feliz, salió de ahí.

¿Feliz?

Sí, Fernández, feliz.

Sigo sin entender.

Disculpe, pero no me extraña.

¿Feliz porque había conseguido la dirección de la vieja?

Sí. Justamente por eso. ¿Acaso no se da cuenta de lo que esa dirección significaba para el tipo?

No, no me doy cuenta.

¿En serio no se le ocurre lo que el viejo imaginó como venganza a partir de tener entre sus manos la dirección de la señora? ¿Me quiere decir que no tiene ninguna idea al respecto?

No, lo siento.

Créame que yo lo siento bastante más que usted. Esto se va a hacer interminable.

Téngame paciencia, Fernández. Por ahí hasta tiene razón y soy un poco salame.

Un poco, sí.

Bueno. Ya está bien de insultarme. Ahora continúe. Creo que también tiene razón en cuanto a que soy una persona muy ansiosa.

Sabe que me gusta su humildad. Esa capacidad que tiene para, finalmente, reconocer con hidalguía sus tremendas falencias. Me gusta.

Gracias.

Sigo, entonces.

Por favor.

El tipo se fue feliz del juzgado porque de inmediato imaginó cuál sería su venganza. Decidió volver a su departamento caminando, lentamente; necesitaba un poco de aire fresco que lo ayudara a poner en orden las ideas y también necesitaba de algún tiempo para ultimar hasta los detalles más minúsculos de su plan vengativo. Se detuvo en varias esquinas, miró al cielo. Y llegó ya convencido de lo que iba a hacer hasta una panadería que está sobre la avenida Rivadavia, entre Ayacucho y Junín, muy cerca de donde vivía. Ahí compró un pedazo de pastafrola y, mientras la empleada se la envolvía y le cobraba, le pidió que le preparara una bolsa grande, bien grande, con el pan que le sobrara esa noche, que si no era molestia, lo necesitaba cortado en pedacitos más o menos pequeños, que lo pasaría a buscar a eso de las seis y media de la mañana del día siguiente. ¿Ahora se da cuenta?

Hasta acá, de lo único que me doy cuenta es de que el buen hombre había aceptado por completo el fallo de la jueza. Incluso la parte esa, medio extraña, no se lo voy a negar, en la que el fallo hablaba del esmero y de la felicidad con la que debería realizar la tarea que se le había impuesto.

No, no se da cuenta de nada. Tendré que contarle todo nomás.

Y. Parece.

Allá voy, por enésima vez. Al otro día, bien temprano, se presentó en la panadería, recibió su bolsa gigante de pan cortado en pedacitos, fue hasta la esquina donde empieza Ayacucho y, de un tirón, vació la mitad del contenido. Por supuesto, aunque tardaron algunos minutos, los cientos, miles o millones de palomas que acostumbraban a recibir su comida en la otra esquina, se llegaron alborotadas hasta esta nueva esquina milagrosa que se les presentaba en sus asquerosas vidas. El hombre esperó pacientemente a que las aves terminaran de embuchar, caminó unos cuarenta o cincuenta metros por Ayacucho y ahí, junto a un auto que estaba estacionado, desparramó el resto del pan que quedaba dentro de la bolsa. Desde luego, las infinitas palomas no tardaron prácticamente nada en acercarse hasta el nuevo comedero y entonces el viejo, feliz, echó la carcajada más grosera que jamás, en su oscura vida de comunista, había echado.

Creo que ahora entendí, Fernández: el plan del tipo era aprovechar la *probation* para sacar a las palomas de su esquina.

Me rindo.

Lo que sigo sin comprender es por qué razón me dijo antes que la jueza Fernández Fernández les había echado el fardo a ustedes.

Esto es demasiado, de verdad me rindo.

No se vaya. ¿Qué hice mal en esta oportunidad? ¿Acaso dije algo inconveniente?

Me rendí, por eso me voy. ¿Cómo se le ocurre salir a la calle para investigar este asunto, o cualquier otro, si hay que explicarle absolutamente todo, hasta el detalle más insignificante? ¿Cómo se le ocurre? A esta altura del relato de los acontecimientos, hasta un chico de cinco o seis años se habría dado cuenta de las oscuras intenciones que se traía el viejo. Pero usted no. Usted prefiere quedarse en lo superficial, no poner nada de su propia cosecha, permanecer ahí parado, como un salame, a la espera de que la gente que amablemente acepta contarle lo sucedido le resuelva todos y cada uno de los misterios que se instalan en frente mismo de sus narices.

No se vaya. Recuerde que ya le acepté, repleto de humildad, que soy un poco salame; no tiene por qué repetirlo una y otra vez, Fernández.

Es verdad, supongo que lo que lo salva es su humildad. Voy a continuar. Paso a paso. Sin adelantarme. Lo único que le pido es que, en el momento preciso en que descubra el plan que aquel viejo se traía entre manos, me lo avise al oído o pegue un grito. Haga como quiera, pero avísame apenas se dé cuenta. Me interesa saber hasta qué punto usted es un perfecto negado para las investigaciones.

Le aviso, no se preocupe.

Gracias.

No es nada. Y ahora continúe, por favor.

Después de esparcir hasta la última miga que contenía la bolsa, el viejo Fernández cruzó Ayacucho, dobló por Rivadavia, ingresó a la panadería, llamó a la chica con la que había arreglado el asunto del pan el día anterior y le pidió exactamente lo mismo para la mañana siguiente. Incluso, esgrimiendo engorrosas ideas ecologistas, le dejó la bolsa que acababa de utilizar para que se la llenara y no gastara en otra. Al otro día, bien temprano, pasó a buscarla, cruzó Ayacucho, caminó hasta el lugar en donde había derramado la carga por última vez, esparció la mitad de su contenido, las palomas taparon el cielo, enseguida se comieron todo y, después, caminó lentamente hasta la esquina de Mitre, arrojó allí lo que le quedaba, miró cómo las palomas no tardaban ni un santiamén en lanzarse de cabeza hacia las migas, sonrió en silencio, repleto de satisfacción, volvió a cruzar Ayacucho, volvió a doblar en Rivadavia, volvió a entrar en la

panadería y volvió a pedirle a la misma chica de siempre la misma cantidad de pan cortado en pedacitos para el día siguiente.

Me gusta cómo cuenta los hechos. El detalle puntilloso que hace de cada uno de los pasos que llevó adelante aquel viejo.

¿Me quiere decir que todavía no descubrió el plan, periodista?

No, la verdad que no.

Es increíble.

No sé. Quizá me dejo llevar por su relato. Lo disfruto demasiado, qué sé yo, y entonces no atino a descubrir lo que el tipo se traía entre manos.

Es realmente increíble, usted.

No se enoje, Fernández. Le prometo que de ahora en adelante voy a intentar tomar cierta distancia de sus dichos, no dejarme llevar de las narices por los recovecos del relato y abocarme de lleno a la cuestión de averiguar las intenciones ocultas de aquel viejo con todos mis sentidos.

Por favor, se lo agradecería. Comprendo perfectamente que usted no tiene ninguna otra cosa más interesante para hacer con su vida que escucharme, pero, la verdad, debo advertirle que se me está agotando la paciencia.

Se lo juro.

Bueno. Al otro día, entonces, el viejo buscó la bolsa en la panadería y se fue directamente hasta la esquina de Ayacucho y Mitre. Ahí esparció la mitad del pan, llegaron las palomas en tropel y, todavía mientras comían, aprovechó para caminar hacia la esquina de Perón y, poco antes de llegar, arrojó a la calle lo que le quedaba.

Cada día un poco más lejos de la ventana de su departamento.

¿Y más cerca de?

Ah, era eso.

Muy bien, periodista, muy, pero muy bien, lo felicito de corazón.

Claro, por supuesto, más cerca de acá.

Efectivamente.

Tendría que haberme dado cuenta antes.

No importa, hombre, tardó un poco pero al final lo descubrió.

Entonces, la venganza imaginada por aquel viejo consistió en ir arrimando, de a media cuadra, día tras día, a todas las infinitas palomas que habitan en el barrio de Congreso hacia acá, hacia la esquina del edificio en donde había averiguado que vivía la señora Marta.

Exacto, ese era su plan.

Menos mal, tenía miedo de que usted se enojara aún más conmigo si encima me equivocaba.

Al final resultó ser un gran detective. Lo felicito, ex periodista.

Tampoco se burle, Fernández. Me llevó mi tiempo.

Sabe que estoy empezando a tomarle cariño. No sé, hacía rato que no hablaba tanto tiempo con alguien de cuestiones que no tengan que ver estrictamente con los problemas cotidianos del edificio. Creo que desde que me separé que no lo hacía. Con mi pareja sí que hablábamos. Nos pasábamos noches enteras charlando. ¿Por qué tenía que dejarme y arruinarlo todo, el muy idiota?

Cálmese. No llore. Aunque, bueno, si necesita desahogarse.

¿Por qué? ¿Por qué?

Se trata del tiempo, mi amigo. El tiempo es el que lo arruina todo. Resulta inexorable. Basta con mirarse unos segundos al espejo para descubrirlo. Nos va arruinando a cada uno de nosotros y, de paso, va arruinando lo que nos queda más cerca: las casas, las ropas, las relaciones, el amor, absolutamente todo.

No fue el tiempo, fui yo.

No se culpe, no lo va a ayudar cargarse de culpa. Ahora tiene que hacer un esfuerzo y mirar hacia adelante, aprender algo a partir de lo que le ocurrió, si es que puede. Pasar el mal trago y salir. Olvidarse, Fernández. Por suerte, el tiempo también es inexorable en eso. Así como nos arruina, también nos permite olvidar.

Usted no será un buen detective pero es un sabio, periodista. En apenas unos minutos ha conseguido que se me vayan las ganas de llorar.

Y usted es muy inestable, me parece.

Un filósofo, el señor.

¿Ve?, lo que acabo de decirle, pasa del llanto a la burla en un instante. Usted no está bien, Fernández. Tendría que hacerse ver, no sé, empezar una terapia con algún especialista.

Nadie está bien.

Quizá tenga razón, no sé. Pero no se ponga así. No se enoje conmigo que no le hice nada.

Nadie está bien. Al menos nadie que esté vivo. Los muertos son otra cosa. Si se fija bien, tanto la señora Marta como el viejo, el ex guerrillero, aquellos dos que empezaron la guerra que lo trajo hoy a usted hasta mi puerta, ahora están muertos. No sé si estarán tranquilos o no lo estarán. ¿Quién puede saberlo? Pero no están, no se hacen más problemas, quiero decir. En cambio nosotros, ya ve.

Tampoco creo que la solución a todos los problemas sea la muerte. No me lo parece.

No, no digo eso. Sin embargo, las palomas siguen revoloteando por aquí y por allá, a ellas lo único que les importaba y lo único que les sigue importando es tener algo de comida en el buche. No creo que les interese ni quién se la proporciona ni el lugar en donde eso vaya a suceder. Están. Simplemente, están. Las mismas de siempre. Los viejos, en cambio, ya no están. Los viejos nos dejaron una guerra y se fueron. Sólo quedamos nosotros. La jueza, Gastón, yo y, desde hace un rato, también usted.

Las palomas mueren, Fernández. Y me animo a decirle que incluso deben tener sus buenos problemas, también, como cualquiera de nosotros.

No creo.

De cualquier manera, acabo de darme cuenta de que cuando hizo el rápido listado de las personas involucradas en el asunto de las palomas, usted dijo Gastón, si me permite, con cierto aire de familiaridad. Demasiado fácil dijo Gastón.

¿No me informó usted, acaso, que el atropellador se llamaba Gastón?

Sí.

¿Y entonces?

¿Entonces qué?

Si el tipo que atropelló al viejo se llamaba Gastón, cómo quiere que yo lo llame. Llamarlo Fernández, a esta altura de los acontecimientos, me parece un tanto redundante, qué quiere que le diga.

Es verdad, Fernández. Discúlpeme.

Lo disculpo.

También afirmé, hace unos instantes, que el viejo era un ex guerrillero.

Sí.

¿Y de dónde sacó eso?

¿No fue usted el que me lo dijo?

No, cómo voy a ser yo si ni siquiera sabía de la existencia de ese señor hasta que el chino del supermercado me vendió la media docena de huevos envuelta con el papel del diario que contenía

la noticia de su muerte.

Entonces me lo debe haber comentado la jueza Fernández Fernández.

Ah.

Sí, con toda seguridad debe haber sido ella. De cualquier manera, lo que me queda claro con todo esto es que usted resulta bastante más hábil a la hora de investigar dentro de las palabras que uno dice inocentemente, que cuando le toca investigar los acontecimientos que rodean la muerte de alguien. Quiero decir que no se le escapa una sola palabra y, si me permite, se le escurren por entre los dedos de las manos hasta los hechos más obvios del caso que lo trajo hasta acá.

Debe ser un defecto profesional.

Un defecto y punto.

No, no. No se haga el tonto. Se trata de un típico defecto profesional. Pasé más de treinta años escribiendo policiales.

Y yo, barriendo la vereda.

Perdóneme, pero utilizar la palabra guerrillero en este país. ¿A quién se le ocurre? No se trata de cualquier palabra, Fernández. En algún sentido, ha quedado en desuso. Hoy por hoy no tiene ninguna onda, no sé si me explico.

No, no se explica.

Los tiempos cambian y, en estos tiempos que corren, una palabra como esa no está muy bien vista. No es políticamente correcta.

Mire, periodista, no sé lo que está bien o lo que está mal, pero lo que sí sé es que si alguien fue guerrillero, fue guerrillero.

¿La jueza usó la palabra guerrillero?

Sí.

¿Seguro?

Bueno, no sé. Por ahí, no. Por ahí se me ocurrió a mí nomás.

Una barbaridad.

Usted no sabe ni la mitad de lo que hizo aquel viejo. Espere a saber y después me cuenta.

Se ha quedado en el pasado, Fernández.

Qué pasado ni pasado. ¿Se piensa que sólo se trató de que este buen hombre fue trayendo lentamente las palomas hasta acá? ¿Que fue sólo eso? No, mi querido. Usted todavía no sabe nada de lo que ocurrió. No tiene ni idea.

Si no lo sé, todavía, quizá se deba a que usted no me lo ha contado. Que en lugar de abocarse al asunto, se la pasa yéndose por las ramas.

¿Yo?

Sí, usted.

Yo no saqué el tema de la palabra guerrillero. Fue usted.

Eso es irse por las ramas. Provocarme. Treinta años cuidándome de cada palabra que utilizaba para contar cada crimen y usted, así como así, tira guerrillero en medio de la conversación.

Le pido un millón de disculpas, periodista. No sé cómo se me ocurrió. Si nunca hubo guerrilleros en este país. Jamás. ¿A quién se le ocurre?

A usted, Fernández. A usted se le ocurrió. Y no sólo se le ocurrió, sino que le echó la culpa de su utilización a la jueza.

Una mujer tan buena, la jueza. Discúlpeme otra vez y ojalá me disculpe ella también, si es que se entera. Debo haberme vuelto loco por unos segundos. Fíjese que ya ni me acuerdo de haberlo dicho.

Ella no se va a enterar. ¿Cómo se va a enterar?

Y, no sé. Capaz que alguien se lo cuenta.

Yo no lo haría. Por eso no se haga problema. No soy ningún buchón.

Eso espero.

Si ni siquiera la conozco.

Es esa que viene ahí. La pelirroja. Últimamente anda pelirroja.

¿Cuál?

Esa que viene caminando.

Ah. Ya la vi.

Entonces hable con ella; mire lo que son las casualidades, yo justo tengo que entrar un momento al edificio.

Fernández y Fernández Fernández

¿Doctora Fernández Fernández?

Sí.

Encantado, José Antonio Fernández es mi nombre.

Mucho gusto. ¿Qué se le ofrece? Hace un instante lo vi charlando con el portero.

Con el encargado.

Preferiría que, si vamos a conversar de alguna cuestión, al menos nos pusiéramos de acuerdo en cuanto a los términos que vamos a utilizar. Si no, va a ser un lío, créame. Los porteros son porteros. Se trata de un uso habitual. De una antigua costumbre. Un uso, una costumbre, a la que no le encuentro ningún buen motivo para su modificación.

Pero los encargados no sólo cuidan la puerta de los edificios, también realizan otras tareas.

No es el caso de nuestro portero. Pero, dejando de lado este ejemplo puntual, y si se fija bien, tampoco los plomeros trabajan ya a esta altura de los tiempos nada más que con plomo. Le diría que, los más jóvenes, ni siquiera han llegado a conocer el plomo. Todo se hace con plástico ahora. Sin embargo, como son bastante menos pedantes o no tienen el poder coercitivo que sustentan los porteros sobre la opinión pública, jamás han intentado cambiar el nombre del oficio al que se dedican por el de plastiqueros o similares.

Como usted quiera, doctora.

Volvamos a empezar, entonces. Lo vi que estaba hablando con el portero. ¿En qué puedo serle útil, caballero?

Estoy investigando el accidente ocurrido en esta misma esquina hace algún tiempo. No sé si lo recuerda: un tal Gastón Fernández, con su vehículo de origen alemán, atropelló a un señor y lo mató.

Lo recuerdo perfectamente. Claro que lo de que fue un accidente lo afirmó usted, yo tengo mis serias dudas al respecto.

Me interesa mucho su opinión.

No entiendo por qué.

Porque usted fue quien, en su carácter de jueza, dictaminó que el occiso les diera de comer a las palomas todas las mañanas. Y eso es lo que estaba haciendo el hombre cuando le sobrevino la muerte.

Se equivoca. No sé quién ha sido su informante, aunque lo intuyo, por supuesto, pero lo cierto es que dicho informante le ha referido el caso de una manera muy sesgada. Es verdad que yo dictaminé la obligación del señor Fernández de darles de comer a las palomas. Pero la duración de la *probation* era de seis meses y, cuando aconteció la desgracia que aconteció, ya habían pasado por lo menos siete desde el comienzo de la pena. Si el señor Fernández estaba dándoles de comer a las palomas esa mañana, no era porque tenía que hacerlo, sino, simplemente, porque lo deseaba.

Disculpe, se ve que hay un montón de detalles que todavía se me escapan.

Demasiados, me da la impresión.

Por eso es que necesito de su ayuda.

Dígame, entonces. Todavía no alcanzo a descubrir, exactamente, en qué podría ayudarlo.

Lo del accidente, por ejemplo. Me dijo que usted tiene serias dudas al respecto. Me encantaría que me contara los motivos de esas dudas.

Uh, bueno. Aunque no sé si tengo tanto tiempo.

Se lo ruego.

¿Usted sabe todo lo que ocurrió con anterioridad al hecho?

Creo que sí. Sé lo de la señora Marta, la anciana del tercer piso. También sé lo del rifle de aire comprimido y, también, lo de la posterior *probation* que usted dictaminó en el caso.

¿Eso es todo lo que sabe?

Y sí. Además, claro, de que el muerto era un ex guerrillero.

¿Quién le dijo semejante barbaridad?

El encargado.

¿El portero?

Sí, el portero, disculpe, me había olvidado. Además de un recorte que leí en el diario, casi todo lo que sé me lo contó él.

Si casi todo lo que sabe lo sabe a partir de lo que le refirió ese sujeto, lamento comunicarle que no sabe absolutamente nada del tema.

Por eso es que necesito su ayuda.

Y yo necesito una ducha, ahora mismo, qué quiere que le diga, estuve trabajando durante todo el día.

Por favor, se lo ruego.

Hagamos una cosa. Yo me pego una ducha, descanso un rato, me pongo una ropa más adecuada y, mientras tanto, usted se da una vuelta por el barrio, pregunta, averigua, y, dentro de un rato, bajo y continuamos esta conversación.

Pero ¿qué pregunto?

No sé. Usted es el investigador.

No se me ocurre nada, al único que conozco en esta historia es a Gastón Fernández. Era mi jefe en el diario. Y me echó mal.

Está bien. No siga contándome su vida. Ya tengo bastante con la mía y con las de los que llegan todos los días a mi juzgado.

¿Qué pregunto, entonces?

Puede preguntar, por ejemplo, qué es lo que sucedió en el barrio a partir de la llegada de aquel hombre con sus palomas.

¿Y qué más?

También podría inquirir acerca de cómo fue que mataron de un disgusto a la señora Marta Fernández. Tantas cosas puede preguntar. Si me permite, me da la impresión de que para ser investigador todavía le falta bastante. No le veo pasta.

Nadie me la ve.

Por algo será.

Bueno, de cualquier modo, me comprometo a indagar por los alrededores acerca de lo que me ha comentado.

Inténtelo y se va a llevar una sorpresa. Yo sé lo que le digo. Al pobre Juan Eusebio Fernández lo mataron entre todos.

Yo creía que lo había matado Gastón. Por eso vine. Como sé que se trata de un mal bicho.

Gastón lo atropelló con su coche, no se lo voy a negar, pero matarlo, lo que se dice matarlo, lo mataron entre todos. Averigüe, investigador, no se quede con lo que dicen los diarios. Más tarde me doy una vuelta, a ver cómo le fue.

Hasta luego.

Fernández y Fernández

¿Todavía por acá?

Todavía.

¿Cómo le fue con la del quinto?

Una mujer difícil, la jueza.

Se lo avisé, periodista, no puede negarme que se lo había avisado.

Sí, sí. Le agradezco.

Lo noto apesadumbrado, sin embargo.

Un poco. Resulta que esta señora me aseguró que prácticamente no sé nada del asunto. Me pidió que siga preguntando, que averigüe, que investigue. Me lo exigió, casi.

Pregunte nomás. No creo que haya nada que no sepa respecto a lo que ocurrió. Soy todo oídos.

¿Qué pasó en el barrio a partir de la llegada del hombre con las palomas? ¿Cómo fue que mataron de un disgusto a la anciana?

¿Qué anciana?

Fernández. Marta Fernández, si no recuerdo mal, fue usted mismo el que me refirió su nombre. La señora que vivía en el tercer piso.

Ah, sí.

Y bueno, respóndame, entonces.

Uy, qué carácter.

Usted se ofreció.

Bueno, está bien, no se ponga así. Le cuento. A partir de la llegada del viejo ex guerrillero, en verdad, no pasó nada.

¿Cómo puede ser que no haya pasado nada si la jueza me pidió que indagara al respecto? No me oculte información, se lo suplico.

No pasó nada. Lo que pasó pasó a partir de la llegada de las palomas.

Llegaron junto con el hombre, no se haga el zonzo, Fernández.

Puede ser.

¿Entonces?

¿Entonces qué? Sabe que ya me tiene podrido con sus entonces.

¿Entonces qué fue lo que pasó cuando llegaron al barrio las palomas?

Se armó un lío bárbaro.

¿Cómo?

Y, la gente se enojó. Se indignó. Empezaron a gritarle cosas al hombre. A amenazarlo. Imagínese: miles de palomas, de un día para el otro, en un barrio que no estaba acostumbrado. Se armó un escándalo de proporciones.

¿Y el hombre?

¿El ex guerrillero?

Sí. El mismo.

¿Qué pasa con él?

¿Que qué hacía?

Nada. El tipo se reía a los gritos. Y, entre risa y risa, lo único que repetía era que si querían

saber al respecto tuvieran la amabilidad de preguntarle a la señora Marta Fernández, una señora muy simpática que vivía ahí, en esa ventana, mientras señalaba con el dedo índice justo hacia la ventana del piso que ocupaba por aquel entonces la anciana. Que fueran de a uno, decía, que ella, seguramente, iba a saber contestarles cuál era la razón que había motivado la infinita mudanza de las palomas.

Era lo esperable.

No, de esperable, nada. Eso fue sólo al comienzo. Después, las cosas empezaron a complicarse en serio.

¿Tanto así?

Sí, tanto.

Cuénteme, Fernández. Cuénteme todo, por favor, desde un principio.

Al principio se lo puede imaginar. La mañana que el viejo llegó con sus palomas a costas yo estaba baldeando la vereda. Yo soy de baldear. De usar balde, quiero decir. Con la manguera quizá sea más fácil o más rápido, pero se derrocha mucha agua. Y el agua es un bien no renovable. Hay que cuidarla. Yo la cuido. Además, claro, de que en el balde puedo mezclarla con lavandina. Si lo hiciera directamente con la manguera no sabría acertarle en las proporciones justas y se perdería el efecto del cloro.

Fernández, le pido encarecidamente que no se vaya por las ramas. Es muy interesante lo que me cuenta del balde y lo de la lavandina y lo de no gastar el agua así porque sí cuando otros la necesitan; sin embargo, me parece que el asunto que nos interesa es otro. No se dislate, por favor.

No se trata de ningún dislate. Lo del balde y la lavandina y el cuidado del agua, como lo llama usted, está en la esencia misma de lo que sigue. Habla de mi respeto por las ordenanzas municipales. Y de mi respeto por el prójimo. Virtud, me refiero al respeto por los demás, que estaba del todo ausente en el comportamiento del viejo. Y, también, creo que habla hasta la elocuencia de mis vecinos. Esa desgraciada mañana, yo fui el único en comprender la magnitud de la amenaza que significaba su arribo. Mis vecinos, en cambio, hasta parecían contentos, en medio de su sorpresa. Lo saludaban. Le decían tonterías. Le palmeaban la espalda al pasar junto a él. Le repito que yo fui el único que, balde en mano, me di perfecta cuenta del horror que iba a significar en un futuro próximo, para la higiene y la tranquilidad públicas, la llegada intempestiva a nuestro barrio del ex guerrillero con sus palomas a costas.

Entonces lo recibieron con alegría.

Efectivamente. No salían de su sorpresa. Se imagina: miles de palomas, de repente, todas juntas, alrededor de un viejo y de una bolsa de migas de pan. Creo que hasta lo miraban con simpatía.

¿Y el escándalo?

No, el escándalo empezó un poco después. A medida que iban pasando los días y la situación se repetía. A medida que desaparecía la sorpresa, en algún sentido. Aunque, por supuesto, esa primera mañana ya se produjo un cierto atisbo de lo que iba a suceder con posterioridad.

Cuente.

Es lo que estoy haciendo.

Disculpe mi ansiedad, Fernández.

Está bien, lo disculpo. Pero sólo lo disculpo de su ansiedad. De ninguna manera lo disculpo de ese afán casi maniático que tiene por repetir Fernández a cada rato.

No lo haré más.

No le creo.

Se lo prometo.

No le creo.

Siga contándome, por favor.

Lo que se produjo esa mañana fue una discusión muy violenta.

¿Entre quiénes?

Entre el viejo y yo, claro. Estaba cargando el balde, cuando lo vi. Y me quedé como petrificado. Tanto era mi estupor que el balde se rebalsó. Imagínese. Yo limpiando con el esmero de cada mañana y, de repente, el viejo ahí, a unos centímetros apenas de mi vereda, derramando sin ningún escrúpulo el contenido de su gigantesca bolsa. Me quedé petrificado. Creo que no alcanzaba a entender del todo bien lo que estaba ocurriendo. Al cabo de unos instantes, cuando salí de mi asombro, le grité que qué hacía. Pero ya era tarde. Varios metros cuadrados de vereda se habían llenado de palomas. De infectas y sucias y asquerosas y cochinas palomas que se chocaban entre sí, revoloteaban sin parar, se enojaban las unas con las otras peleando por llegar hasta las migas de pan. Un horror, periodista. Un verdadero desastre.

Entiendo.

No creo que entienda.

Le juro que entiendo.

Jura muy fácil, usted.

No empiece de nuevo. Mejor siga contándome.

Caca.

¿Caca?

Caca. Caca por todas partes. La infinita caca de las palomas por todos lados. Me acuerdo y me dan ganas de llorar otra vez.

Ah, menos mal. Me asusté. Pensé que había utilizado ese horrendo término que acaba de utilizar para referirse a mi persona.

Qué feo. Muy feo lo que hace. Da toda la impresión de que a usted sólo le interesan sus propios asuntos. No conoce la solidaridad. Permanece siempre agazapado dentro de sí mismo. Metido ahí dentro de sus cosas. Ni se le ocurre pensar en el otro.

Mire quién lo dice, justamente.

Yo sí que me preocupo por los demás. ¿Acaso no le estoy contando todo lo que le estoy contando sólo porque usted se me apareció con esa cara de ternero degollado que tiene y me empezó a hacer preguntas? No sé. Si eso no es solidaridad.

Puede ser. En algún sentido. Sin embargo, me parece que en su decisión de contarme lo que sabe, también hay mucho de necesidad.

¿Qué necesidad tendría?

La de hablar. Se le nota a la legua que tiene una imperiosa necesidad de hablar.

¿Y se piensa que usted es la única persona con la que puedo hablar?

No quiero decir que sea la única. No. Pero, quizá, la oreja más la buena voluntad de un desconocido le hayan venido muy bien para largar todo aquello que llevaba adentro respecto de la ruptura con su ex pareja. No le costaría nada reconocerlo.

Gracias, me hizo un gran favor.

No se burle, Fernández.

No quiero burlarme. Créame. Pero me sale igual. No lo puedo detener. Resulta que ahora, según lo que acaba de explicarme, hasta tendría que agradecerle que haya aparecido de repente ante mi puerta y me haya preguntado la cantidad infinita de cosas que me ha estado preguntando.

Tampoco quise decir eso.

¿Entonces?

Lo que quise significar es que ambos nos necesitamos. Por eso, todavía, después de tantas horas, seguimos juntos. Yo necesito de su información y usted, sospecho, necesita conversar con alguien acerca de su reciente pasado amoroso.

No deja de tener sentido, lo que dice. Es patético, pero no deja de tener sentido.

Me alegro de que lo vea de ese modo.

¿Sabe que con mi ex pareja nunca nos animamos a tomar la decisión de vivir juntos?

Tendrían que haberlo hecho.

¿Le parece?

Claro.

¿Cómo es eso?

Cuando uno está enamorado debe arriesgarse a lo que sea, Fernández. Si antes uno ya tomó el enorme riesgo de enamorarse, cómo no va a arriesgarse a convivir con el otro. Cualquier riesgo que tome con posterioridad será menor al original, al de enamorarse, quiero decir.

Pero uno se enamora y punto. No anda, en esos momentos iniciales de calentura, si me permite la expresión, meditando acerca de los riesgos que corre. Ni siquiera alcanza a pensar en algo más o menos concreto en ese momento; ve a alguien o cruzó apenas dos palabras con él y, zas, se enamoró hasta los huesos. Al menos eso es lo que me ha pasado siempre a mí. No sé cómo habrá sido en su caso.

Usted confunde todo, me parece.

Yo no confundo nada.

Sí que lo hace. Confunde, por ejemplo y sin ir más lejos, calentura con amor.

¿Ve?, lo que yo decía. Más tarde o más temprano le iba a salir el tema de la edad. Parece mi abuelita. Ahora resulta que el amor es sagrado, que no tiene nada que ver con la calentura.

No exagere. Yo no dije que no tuvieran nada que ver. Sólo afirmé que usted los confundía.

Mi abuelita María de los Ángeles. Parece que estuviera escuchándola.

No se ría, Fernández. Mejor mire el asunto desde otro lado. Quizá tenga razón y yo esté viejo. O, quizá, permanezca usted todavía más joven de lo que uno puede suponer a simple vista. La confusión es propia de la juventud.

Puede ser.

O la inmadurez.

Ah, no. Eso no.

Ya tiene sus buenos años, Fernández. Déjese de embromar.

Treinta y tres.

Es hora de que madure. Si todavía no alcanza a diferenciar una pasión momentánea cualquiera del amor, usted no ha crecido nada, a pesar de los muchos años que tiene encima.

Como usted diga, abuelita.

Por favor. Volvamos a donde estábamos.

¿Y por dónde era que estábamos?

Estábamos en la caca, Fernández.

¿Ve que jura fácil? Desde que le pedí que no me dijera más Fernández, ya lo debe haber repetido unas cinco veces, por lo menos. Fíjese en lo que jura, abuela, si no, cuando jure por algo importante, nadie le va a creer nada.

Disculpe, tiene razón.

No se preocupe, no lo voy a mandar al infierno por eso. Mejor volvamos al asunto de la caca. Es un feo lugar para quedarse. En eso tiene razón usted, salgamos de ahí cuanto antes.

Justo me estaba contando del horror que suponía la infinita caca de las palomas sobre las

baldosas de su vereda aquella mañana de la llegada del viejo.

Ah, sí. Ahora me acuerdo. Y claro, como cada vez que me acuerdo, se me vienen las lágrimas a los ojos. No sabe lo que lloré de impotencia aquella mañana. Con el balde en la mano. No podía parar. Y el tipo no se daba por aludido. Al rato, recién, me descubrió. Cuando ya había vaciado todo el contenido de la bolsa sobre la calle. ¿Le pasa algo, mi amigo? Eso fue todo lo que me dijo. Aunque no me crea, le juro que esas fueron sus estúpidas y textuales palabras. Y enseguida se me acercó para preguntarme si podía ayudarme en algo. No se daba cuenta de nada o se hacía el tarado, el muy tarado. No sé. Me ve ahí parado, con el balde en la mano, llorando como un nene, y no se le ocurre nada mejor que ofrecerme su ayuda. Evidentemente, me estaba cargando.

No lo creo. Ni se debe haber dado cuenta. Con la alegría que debía tener de haber llegado finalmente hasta el destino de su venganza.

¿Me parece a mí o usted siempre se pone del lado de los otros, nunca del mío?

Le parece a usted. Yo trato de ser ecuánime.

¿Ecuánime significa ponerse siempre del lado del otro?

A ver. Imagínese que una mañana de estas los del consorcio le permiten volver a encerar la vereda. Usted, por lo que lo conozco, rebosaría de alegría. Tan feliz estaría que, si está encerando y justo algún transeúnte se cae a sus espaldas y se larga a llorar como un marrano, tardaría un buen tiempo en reconocer la situación y, quizás, hasta se acercaría y le preguntaría si puede ayudarlo en algo, ignorando por completo que usted mismo constituyó la causa de su llanto. Me parece que más o menos lo mismo le debe haber ocurrido al viejo Fernández.

La única persona, en años, que se cayó en mi vereda fue la bruja del quinto. Nadie más. Nunca. Y si la bruja del quinto se cayó fue porque estaba drogada o estaba borracha, no fue por la cera.

Está bien, no se ponga así. Yo solamente quise demostrarle con un ejemplo cualquiera cómo es que funciona mi ecuanimidad.

Un ejemplo muy tonto.

Seguramente. Pero, por favor, continúe con lo que me venía contando, retiro por completo mis desgraciados comentarios.

Ahora, sí. Sigamos, entonces. Inmerso como estaba en un mar de lágrimas, sólo atiné a preguntarle ¿por qué? Eso era lo único que me salía. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? No podía parar de preguntarle lo mismo. Una y otra vez.

¿Y el hombre?

El hombre no hacía nada. Absolutamente nada. Apenas si me palmeaba el hombro o me pasaba una de sus manos por el pelo y, cada tanto, se hacía el bueno: pedía que me calmara y que le explicara lo que me estaba sucediendo.

Capaz que era cierto que estaba preocupado por lo que le sucedía.

¿Va a empezar de nuevo?

No, no.

Ni se le ocurra. Créame que si vuelve a empezar lo dejo solo para siempre con su ridícula investigación. Ni siquiera le aviso. Pego media vuelta y no me vuelve a ver por el resto de sus días.

No, no. Por favor. De ninguna manera.

Está bien. Está bien. Le voy a dar otra oportunidad. Aunque no se la merezca. Pero, de acá en adelante, fíjese muy bien lo que dice.

Muchas gracias, Fernández.

La verdad es que su mirada sobre los hechos me empieza a cansar un poco.

Prometo andarme con bastante más cuidado de ahora en adelante.

Bueno. Entonces continuó. No sé si fue por el simple transcurrir de los minutos o porque las palomas, una vez que terminaron de embucharse todo el pan que había arrojado el viejo sobre la calle, desaparecieron de la esquina, pero lo cierto es que me calmé. Dejé de llorar y, aunque todavía tenía la respiración medio entrecortada, me acerqué hasta centímetros de su cara y le pregunté a viva voz por qué razón había hecho lo que había hecho.

Muy bien, lo felicito.

Tampoco tiene que exagerar poniéndose de mi lado ante cualquier tontería.

No exagero. Lo felicito de corazón. Estuvo muy bien al increparlo de ese modo.

Le agradezco.

Continúe. Estoy ansioso por conocer los detalles de lo que aquel hombre le respondió.

Qué ansioso que es, periodista.

Si se toma el trabajo de recordar, fue usted mismo, y de manera muy inteligente, quien se dio cuenta, hace un buen rato, del excesivo y problemático estado de ansiedad en el que me debatí.

Se está pasando.

No, no. Soy sincero nomás.

De acuerdo, me doy por vencido. Retiro lo dicho acerca de su sesgada mirada sobre mi actuación en los hechos que le estoy relatando. Haga de cuenta que nunca le dije nada al respecto. No me gusta así de chupamedias como se puso.

No es de chupamedias.

Prefiero al odioso Fernández anterior, usted pasa de un extremo al otro con suma facilidad, no conoce los términos medios.

Lo que usted diga.

Creo que habíamos dejado justo en el momento en que me enfrenté cara a cara con el viejo y le pregunté a los gritos.

Ahí mismo.

¿Qué hice? Me contestó el muy desvergonzado. ¿Cómo que qué hizo?, le espeté. Y el asqueroso ex guerrillero, desde una tranquilidad pasmosa, me explicó que sólo les había dado de comer a las palomas, que los bichos tenían hambre y que a él, una jueza, la doctora Fernández Fernández, lo había obligado a darles de comer migas de pan por las calles; que no le había dejado ninguna otra alternativa y que, aunque no le gustara del todo la idea, se trataba del estricto cumplimiento de una orden judicial.

En el fondo, el tipo no hizo más que responderle la verdad.

¿Otra vez del lado de él?

No, no, no. No se confunda. No lo justifiqué ni le di la razón, sólo me pareció que en la respuesta que le dio no mintió.

Si usted hubiera visto la frialdad con la que me dijo lo que me dijo.

Eso es otra cosa. Yo me pierdo algunos detalles que usted atesora en su cabeza. Y saco conclusiones, quizá precipitadas, lo reconozco, inmerso en esa ignorancia. Por ahí, lo que usted debería hacer es un esfuerzo todavía mayor del que está haciendo, y que le agradezco infinitamente, y ser bastante más preciso cuando se larga a relatar lo acontecido. Sobre todo, me da la impresión, a la hora de elegir los adjetivos con los que va calificando cada uno de los dichos o cada una de las actitudes que, en su momento, tuvo hacia usted el difunto señor Fernández.

Se puso exigente, periodista.

No, no. No se trata de un pedido, se trata de un consejo nomás. Para que después no se enoje

conmigo cuando concluyo cosas que a usted no le parecen las correctas.

Estaba pensando en lo embromado que debe ser usted para la convivencia. En el día a día, quiero decir. Pobre su mujer, lo que debe haber sufrido. Bueno, por algo se murió, ¿no?

¿Cómo se le ocurre?

No sé. Se me ocurrió mientras estaba escuchando lo enmarañadas que eran sus reflexiones.

Usted no tiene límites.

Sí los tengo. Igual que cualquiera.

No, no los tiene. Dice lo primero que se le viene a la cabeza. No sopesa sus palabras. Se le ocurre una barbaridad y ahí va, la pone en voz alta sin que se le mueva un pelo.

Tampoco me parece tan grave lo que dije.

Su cabeza funciona como la de un chico de cinco años. Es un espanto.

Se le está yendo la mano.

¿A mí?

Sí, a usted.

¿Cómo se le ocurre acusar a mi carácter de la muerte de mi esposa?

No sé. Ya le expliqué que se me ocurrió mientras lo escuchaba.

Para que sepa, mi esposa murió de cáncer.

Discúlpeme.

No, no lo pienso disculpar.

Bueno, entonces, si no me piensa disculpar, aprovecho y le cuento una nueva barbaridad que se me acaba de ocurrir. Leí en una revista que, además del factor genético y de los malos hábitos como el tabaco o como tomar el sol sin protección, uno puede desarrollar el cáncer a partir de los disgustos o de una fuerte depresión.

Usted está loco, Fernández.

Lo leí en una revista, se lo juro.

Rematadamente loco.

No se ponga así. No llore. No fue mi intención hacerle daño.

La verdad es que los últimos años no nos llevábamos nada bien.

No se culpe.

Pobre María del Carmen. Capaz que fui yo el que le generó su enfermedad.

No llore más, hombre. Mejor, para que se distraiga, le voy a seguir contando lo que pasó la mañana en que llegó el viejo comunista con su bandada de palomas a cuestras.

Yo tengo un carácter, también.

Basta. Mejor escúcheme.

Pobrecita.

Olvídese de lo que le dije.

Lo que debe haber sufrido.

¿Justo acá lo tiene que hacer? ¿No puede ir a darles de comer a otra esquina cualquiera? Esas fueron las preguntas que se me ocurrieron en el momento. La cabeza no me daba para más. Aunque ya estaba más calmado, seguía como aturdido. No podía dejar de mirar el reguero de caca que había quedado sobre la vereda. Estoy convencido de que era eso lo que me aturdía. No podía ser otra cosa.

¿En qué revista lo leyó?

No me acuerdo. Una revista para mujeres que alguien se olvidó sobre uno de los sillones que están en la entrada del edificio.

Entonces no se trataba de una revista científica.

No, era una de esas que traen chimentos de artistas y horóscopos y algún test de pareja y regímenes para adelgazar. Esas cosas.

Ah, bueno.

Sabe que yo nunca fui violento. Jamás llegué a las manos con alguien. Jamás. Se lo juro. Ni siquiera de pibe. Sin embargo, mire lo que le digo, cuando el viejo me contestó, medio riéndose, que le gustaba esa esquina y que le había dado la impresión de que a las palomas también les había gustado, me vinieron unas ganas incontrolables de saltarle al cuello y ahorcarlo con mis propias manos.

Yo también tuve ganas de ahorcarlo a usted, hace algunos minutos.

Pero no lo hizo.

No, me controlé.

Lo felicito. Aquella mañana, en cambio, yo no pude controlarme. Me le tiré encima y, si no fuera por mi falta de experiencia como luchador, de verdad lo habría ahorcado.

¿Ve que no tiene límites, usted?

O puede que usted sea un reprimido, un pusilánime, qué sé yo.

Es un forajido. Y un descarado.

De tan reprimido, capaz que hasta es gay y nunca se animó a probar. Hay muchos así. No se vaya a creer. Se la dan de machos y, en el fondo, se les nota a la legua que les gustan los hombres.

Basta, Fernández. Basta o lo ahorco en serio.

Está bien. De cualquier manera, le pido que por favor no se haga ilusiones, que no se cree falsas expectativas. Usted es demasiado mayor para mí. No se fastidie, pero, la verdad, me gustan los tipos más jóvenes. Si le estoy dedicando tanto tiempo es sólo porque me cae muy simpático. Podría ser mi padre. ¿A quién se le ocurre? Hasta mi abuelo podría ser.

Sabe que lo voy a ahorcar nomás.

Nadie le avisa al otro que lo va a ahorcar. Quédese tranquilo. Aquella mañana, sin decirle nada, yo me le tiré encima con los brazos extendidos directamente hacia su cuello. Pero, claro, el viejo, que con toda seguridad había sido entrenado en Cuba o en Libia en sus tiempos mozos, se zafó con cierta facilidad y, en medio del forcejeo, el que se cayó al piso fui yo.

¿Sobre la caca?

Sí, sobre la caca.

Qué feo.

No se burle, fue horrible.

Ya lo creo.

Enseguida el viejo apoyó uno de sus pies, creo que el izquierdo, sobre mi pecho. Me inmovilizó. Y, aunque yo desesperaba por sacarme ese pie que me oprimía, la verdad es que no podía. No podía.

Además de gay, me da la impresión de que es un poco mariquita, usted.

Pero no reprimido, como otros que conozco.

Siga con el cuento, mejor.

Ahí nos separaron. Justo cuando el viejo me decía a los gritos que no les hiciera el juego a los ricos, que yo era el portero, nada más, un proletario igual que él, que el excremento de las palomas le iba a hacer bien a ese barrio, que la mierda tenía que estar con la mierda, que se lo merecían, más etcéteras y etcéteras, todos muy comunistas.

Sí que era comunista, entonces.

Creo que eso ya se lo había dicho.

La rabia que tendría usted. Me lo imagino ahí tirado, escuchando esas cosas.

No sé. A esa altura creo que, además de sucio, estaba completamente arrepentido de haberme lanzado a estrangularlo. Me alivió el hecho de que se acercara la gente a separarnos.

Un mariquita, evidentemente.

Y, ya que sabe tanto, usted, acerca de los demás, ¿a que no sabe quién fue la persona que inició la dificultosa tarea de separarnos?

No, no lo sé.

La señora jueza en lo Penal y Contravencional, doña María Esther Fernández Fernández.

La del quinto.

La misma.

Qué casualidad, ¿no?

Ya le tengo dicho hasta el cansancio que no creo en las casualidades. Que fue casi la única herencia que me dejó mi difunto padre.

Es cierto.

Llegó a los saltitos, espléndida como siempre, al grito de: ¿Qué está haciendo, Fernández?

Un tanto equívoca, la pregunta.

Sí, bastante complicada, la preguntita. Yo todavía no sabía que el apellido del viejo también era Fernández. Igual, no intenté nada. Esa es la verdad. No le voy a mentir. Aunque, como se imaginará, si hubiera intentado esgrimir alguna explicación, el zapato del viejo sobre mi cuerpo no me habría permitido hacerlo con éxito.

¿Y el tipo?

El tipo sí que se dio por enterado. Casi de inmediato me sacó el pie de encima, creo que hasta se olvidó de mi existencia, ahí tirada en la vereda, y fue derecho a encararse con la jueza. Se lo notaba nervioso, como asustado, con algo de temor.

Claro.

¿Cómo claro?

¿Cómo se iba a imaginar el viejo que justo en el mismo edificio en que vivía la señora Marta, de quien deseaba vengarse, también vivía la jueza que lo había sentenciado? Le debe haber dado miedo.

¿Miedo? No exagere. Ese viejo no le tenía miedo a nada ni a nadie.

No lo creo. El anciano sabía perfectamente que su libertad estaba en manos de la jueza y, si la jueza juzgaba mal su conducta de esa mañana, hasta podía llegar a perder el beneficio de la *probation* y terminar en una cárcel.

A ese viejo no le importaba nada.

No sé. A nadie le gusta ir preso.

Le juro que no le importaba. Se acercó a la jueza y, medio riéndose, a los gritos, le dijo que resultaba una agradable sorpresa encontrarla ahí en el preciso momento en el que estaba cumpliendo con entusiasmo la orden que le había dado. La bruja del quinto, por supuesto, no se dejó impresionar; enseguida le retrucó que ella jamás le había pedido tanto entusiasmo como el que acababa de ver.

¿Y usted?

Yo, mientras tanto, a duras penas me estaba levantando. Todo sucio. Repleto de asco.

Me imagino.

Después, apenas alcancé a poner un poco en su lugar mi uniforme, me acerqué. Justo cuando el viejo, ya en voz baja, le comentaba a la jueza que no le había quedado otra opción más que la de defenderse y defender a las palomas, que yo me había mostrado extremadamente intolerante, que no me había preocupado en lo más mínimo por la correcta nutrición de los animalitos, que lo

único que parecía interesarme en la vida era la higiene de la vereda.

Un descarado, el tipo.

Sí. Ya le dije que no le importaba nada.

Ahora le creo. Pero ¿qué hizo entonces la jueza ante tanto desparpajo?

La jueza. La bendita jueza. Qué iba a hacer. Lo de siempre. Se lavó las manos. Le dijo que ella no iba a defenderme a mí porque me conocía desde hacía mucho tiempo y no le merecía ningún respeto. Sin embargo, le advirtió que tampoco iba a dejarlo a él que hiciera lo que quisiera. Entonces, me llamó y nos dio un sermón a los dos juntos, al viejo y a mí. Que íbamos a tener que aprender a comportarnos como dos adultos, que si no nos daba vergüenza andar revolcándonos por la calle como dos chicos, que sí.

Buenas noches, caballeros.

Justo tenía que ir a sacar la basura. Discúlpenme un momento. No tardo nada. Enseguida, nomás, estoy de regreso.

Fernández y Fernández Fernández

Buenas noches, doctora.

Le prometí que volvía y acá estoy. Los noté muy animados. ¿Aprovechó para averiguar lo que le pedí que averiguara?

Sí. Supongo que sí.

A ver.

El encargado estaba contándome la pelea que sostuvo con el difunto Fernández el primer día que se apareció por aquí con las palomas.

Habíamos quedado en que lo llamaríamos portero y no encargado.

El portero, por supuesto, disculpe.

Adelante.

Y también me decía que fue usted misma quien, amablemente, los separó.

No creo que el portero haya utilizado justo esa palabra.

Más o menos.

¿Más o menos?

Es que no recuerdo con exactitud la palabra que usó. Me parece que fue esa, amablemente, pero, la verdad, no se lo podría asegurar, doctora.

¿Qué más?

No la comprendo.

Que qué más averiguó.

Y, no, por ahora, no pude averiguar mucho más que eso.

Ah. Se ve que se toma su tiempo.

Hago lo que puedo.

Haga más.

Cuénteme usted, entonces.

Lo lamento mucho, pero ahora mismo tengo que ir al supermercado. Quizá cuando retorne, si es que usted todavía anda por acá.

La esperaré.

Está bien, si tiene tantas ganas. Lo que me parece, sin embargo, es que no le costaría demasiado esfuerzo ir adelantando un poco el asunto. Tampoco me va a obligar a que le cuente todo yo.

No, no. Desde luego.

Le pido encarecidamente que no pierda más el tiempo. Vaya al grano. Investigue cómo es que mataron de un disgusto a la señora Marta.

Lo haré.

Y también lo que pasó en el barrio a partir de la llegada de las palomas.

También, no se preocupe.

Comprenda que, por más que sea jueza, tengo que ir a hacer las compras como cualquier hijo de vecino. Así está el mundo. La muchacha que me limpia el departamento es medio inútil y se olvida siempre de comprar lo más importante.

Entiendo.

No creo que lo entienda, no se le nota que tenga personal doméstico a su cargo.

No, no tengo.

¿Ve? Lo que le digo. No entiende.

Que no tenga a nadie que me ayude con los quehaceres domésticos no significa que no pueda entender sus problemas.

No los entiende. Y punto. No quiero hacer una novela al respecto. Después la seguimos.

Hasta luego.

Fernández y Fernández

¿Y?

La verdad que es un poco difícil, la mujer.

¿Solamente un poco difícil?

Bueno, no sé. Mucho no la conozco. Apenas si charlé con ella en un par de oportunidades. De todas maneras, usted no tendría por qué desaparecer apenas la ve acercarse.

La odio.

Pero es de muy mala educación, escaparse así como así.

La maleducada es ella.

Además, todavía faltaba bastante para tener que sacar la basura. ¿Se piensa que no me di cuenta? Si no cambió el horario, esa tarea debe realizarse entre las ocho y las nueve de la noche.

Me equivoqué, entonces.

Vamos, no se haga el tonto.

Ahora entiendo por qué casi ninguno de los vecinos había dejado bolsas.

Bueno, dejemos ese tema que no tiene ningún futuro y pasemos a otro más interesante. Tengo muy poco tiempo, muy poco, y por lo menos un par de cosas que me gustaría que me contara.

¿No era que tenía tiempo de sobra?

Sí, lo tengo. Pero la que no lo tiene es la jueza y quedamos para seguir conversando cuando ella vuelva del supermercado.

Ah, qué bien. Ahora resulta que a sus tiempos los maneja la bruja del quinto. No lo puedo creer. ¿No será demasiado pollerudo usted? No sé, pregunto nomás. ¿También se comportaba igual con su mujer y con su madre?

No sea chiquilín, Fernández. Mejor dígame por qué razón la jueza afirma tan enfáticamente, una y otra vez, que a la señora Marta la mataron entre todos ustedes de un disgusto.

Lo dice porque, además de ser una perra, también es una mentirosa y una conventillera. Y lo dice, sobre todo, porque no se hace cargo de lo que sus propias decisiones pudieron haber provocado. Lo de siempre, se lava las manos.

No entiendo.

Mire, periodista. Se la voy a hacer muy corta. El día aquel de la pelea que tuve con el viejo, ahí en la vereda, todos nos desayunamos de los pormenores de la historia. Para que me comprenda: lo mismo que ha descubierto usted hoy, hasta este momento, fue lo que descubrió el barrio entero aquella mañana. Ni más ni menos.

No me está contestando.

¿Le dije ya que usted es un salame?

Sí, me lo dijo, no tema. Y no sólo una vez. Lo que todavía no hizo, en cambio, fue responderme acerca de lo que acabo de preguntarle.

Nos enteramos de que la culpa de que las palomas hubieran sido transportadas por el viejo, desde la plaza del Congreso hasta acá, había sido la estúpida *probation* que había dictaminado la del quinto a favor de la señora Marta.

¿Y entonces?

¿No puede imaginarse nada? ¿Hay que explicárselo todo?

Podría equivocarme. Si no le molesta, prefiero los hechos concretos, Fernández.

Los hechos, a veces, no son tan concretos. Justo en este caso, por ejemplo, los hechos no son para nada concretos. La gente comenzó a hablar entre sí, a discutir, a pasarse información. No mucho más que eso. Lo que pasó al respecto pasó después. Al otro día o al otro, o a la semana siguiente.

Muy bien. Pero, exactamente, ¿qué fue lo que pasó después?

Ah, bueno, qué quiere que le diga, después pasó de todo.

Eso es lo que necesito saber, Fernández. No dé más vueltas. Se lo ruego.

Imagínese. Al principio, las palomas venían, comían y enseguida se iban. Sin embargo, a medida que los días transcurrían y se repetían las bolsas de pan que desparramaba el viejo, las aves comenzaron a quedarse. Se arraigaron, como quien dice. Se aquerenciaron. Le tomaron cariño a nuestra plaza, a nuestros balcones, a nuestras molduras, a nuestros árboles.

Entiendo.

A esa altura de los acontecimientos, por supuesto, los vecinos del barrio ya sabíamos de sobra que las únicas culpables de tan asquerosa invasión, además del anciano ex guerrillero, eran la señora Marta y la jueza.

¿Entonces?

Hacía rato que no escuchaba sus entonces. La verdad es que los extrañaba.

Por favor, prosiga. Una vez que se había decidido, que íbamos adelantando.

Disculpe, me olvidaba que ahora ya no tiene tanto tiempo como tenía antes.

Fernández.

Sí, sí. Continúo. Pero tendría que imaginárselo. Como los vecinos ya sabían, empezaron a actuar en consecuencia. Llamadas anónimas. Algunos insultos cuando se las cruzaban por las calles. Cosas por el estilo.

¿Cómo voy a imaginármelo?

Lo de siempre. ¿Por qué se piensa que la jueza tuvo que ir a comprar tres o cuatro tonterías hasta el supermercado que queda a un par de cuadras pudiendo ir al almacén de acá a la vuelta?

No sé. Será más barato.

Una mujer tan espléndida no camina tantas cuadras, balanceándose sobre sus tacos aguja, para ahorrarse unos pesitos.

¿Entonces?

Nadie la quiere atender. Tiene la entrada prohibida a todos los negocios de los alrededores. Aunque ya quedan bastante menos palomas, a la gente todavía no se le pasó el enojo. Les va a llevar su tiempo perdonarla, seguramente.

Qué barbaridad.

Y, bueno, cada uno reacciona como puede o como le sale.

No los defienda.

¿Acaso la jueza no hizo lo mismo cuando dictó su *probation*?

No es lo mismo.

A mí me parece que sí lo es. Cada uno responde según su poder y según sus propias conveniencias.

No sé, me parece un exceso. Tanto lío por unas cuantas palomas.

Y eso que todavía no le conté lo del piquete.

¿Un piquete?

Sí, como lo escucha. También hubo un piquete.

No puede ser. ¿En este barrio? ¿A quién se le ocurre semejante cosa?

Se les ocurrió a los del consorcio de aquel edificio. El antiguo. ¿Lo ve?

Sí, sí. Lo veo.

Bueno, se les ocurrió a ellos.

Qué locura.

Aunque los siguió casi todo el barrio. No se vaya a creer que lo hicieron ellos solos. Se juntaron un montón de personas.

¿Usted también?

No, yo no.

¿Y a dónde se realizó? Si se puede saber.

En la otra esquina. Sobre la bocacalle de la avenida Santa Fe.

Es increíble.

No me lo parece. La gente tiene derecho a manifestarse. Es verdad que a veces hay piquetes por cualquier cosa; sin embargo, este tenía un motivo bien fundado.

¿Cuál?

Defender la higiene y la tranquilidad ancestral del barrio. Defender un pasado o un estilo de vida o una forma de ser, casi.

¿Eso le parece un motivo justo?

Justísimo.

A mí no me lo parece. Que la gente haga piquetes porque no tiene para comer, vaya y pase, puedo llegar a aceptarlo, pero que los vecinos de este barrio, justo de este barrio, hagan un piquete porque unas cuantas palomas ensucian un poco.

¿Un poco?

Usted porque es un obsesivo de la limpieza.

Yo no soy ningún obsesivo.

A ver, si se piensa que es normal encerar la vereda un par de veces por semana.

En Europa, que son mucho más limpios y mucho más civilizados, seguro que lo hacen. Y hasta capaz que lo hacen todos los santos días.

Está loco.

No, no estoy loco ni soy un obsesivo. De todos modos, si quiere, seguimos discutiendo el asunto más tarde, ahora debo ir a retirar las bolsas de la basura, ya se hizo la hora.

¿Viene la jueza?

Ahí, a media cuadra.

Fernández y Fernández Fernández

La esperaba, doctora. Ahora sé bastante más que antes.

Me alegro, caballero. Aunque, si quiere que le sea del todo sincera, me resulta sumamente difícil creer que, a partir de los informantes con los que lo veo comunicarse, pueda acercarse, siquiera, a la verdad de lo sucedido.

¿Lo dice por el encargado?

Por el portero, en efecto. Es con la única persona con la que lo he visto conversar. Y dicho sujeto, si me permite, deja mucho que desear. ¿Sabía usted que es homosexual?

Sí, claro, lo sabía. Fue una de las primeras cosas que me contó.

¿Y acaso también le comentó quién fue su última pareja?

No, no. Eso no me lo comentó. De cualquier manera, el muchacho parece estar muy afectado por su reciente separación.

Eso tampoco me lo creo. Ni que se trate de un muchacho ni que esté demasiado afectado por la ruptura. Por un lado, carga con sus buenos años y, por el otro lado, se sabe que los homosexuales son promiscuos por naturaleza. Pero no importa, no nos adentremos en cuestiones tan opinables; mejor, dígame qué es lo que averiguó de nuevo.

Ahora sé que los vecinos les hicieron la vida imposible, tanto a usted como a la señora Marta. Que les decían cosas cuando las veían pasar, que no las querían atender en los negocios a los que concurrían, que les llegaban anónimos por teléfono.

Es cierto.

Qué barbaridad.

A mí la cuestión no me causó un gran daño. Como verá, soy una mujer joven e independiente. Sin embargo, a la señora Marta le arruinaron la vida. Hasta el cura de la iglesia, de aquella que ve ahí, sí, aquella, un domingo, delante de todos los fieles, se negó a darle la comunión. Se puede imaginar, para una señora tan mayor y tan creyente, lo que semejante acto pudo significar.

Qué despropósito.

No se engañe, a la pobre anciana le significó la muerte. La muerte, lisa y llanamente. Fue la gota que colmó el vaso. Entre todos, la mataron. La del cura constituyó sólo la estocada final.

Pobrecita.

La anciana se dejó morir. A pesar de mis cuantiosas ocupaciones cotidianas, yo la iba a visitar cada vez que podía, le hablaba, la aconsejaba, le llevaba comida. Pero nada. No se recuperaba. Al final se dejó morir, esa es la pura verdad.

Qué buen gesto, el suyo. Se nota a la legua que usted es una excelente persona.

Gracias. Hice todo lo que pude. Claro que no alcanzó.

Una lástima.

Sí, una verdadera lástima. A pesar de que una es fuerte y está más que acostumbrada a la ingratitud de la gente, siempre, ante situaciones como las que le acabo de describir, una se siente absolutamente impotente. O sola.

La comprendo. Créame que la comprendo.

Gracias, caballero. Gracias, otra vez. Al principio, le tengo que ser sincera, usted no me cayó para nada simpático. Quizá debido a que involuntariamente había llegado a hurgar en antiguas

heridas o, quizá, debido a las personas con las que lo veía relacionarse. No sé. No lo sé. Por lo que sea. Sin embargo, la verdad, usted no me cayó para nada bien. Ahora que lo empiezo a conocer un poco más, en cambio, descubro que se trata de un hombre extremadamente sensible, muy agradable para el trato. A veces ocurre, lo siento. Una se precipita y termina equivocándose en sus primeras impresiones de alguien.

Le agradezco su confianza.

No se haga el humilde, se la merece.

De cualquier modo, hay una cosa que me quedó rondando por la cabeza. Se trata de una de las preguntas que usted me hizo hace un rato, algo así como que si yo sabía quién había sido la última pareja que había tenido el encargado.

El portero. Estoy segura de que tengo que haberle dicho el portero. La palabra encargado no aparece en mi diccionario.

Sí, sí, del portero. Perdón. Pero el punto al que iba es que no entiendo del todo bien por qué extraña razón tendría que ser importante que yo sepa quién fue su última pareja. Disculpe, pero no termino de comprenderlo.

Porque no lo sabe. Si lo supiera, lo entendería rápidamente. La ignorancia suele ser la causa de las mayores calamidades de la humanidad.

¿Y por qué no me lo dice usted, entonces?

No sé si corresponde.

Sacarme de la ignorancia podría ser un lindo gesto pedagógico de su parte.

No, no creo que me corresponda.

A mí me parece que sí.

Sonaría a chisme barato. Y no soy de ese tipo de mujeres. Sin embargo, el portero parece comportarse como si fuera su amigo. Créame que le corresponde a él decírselo.

Por algo no me lo quiere decir.

Insista. Sería una buena manera de poner a prueba la magnitud de su amistad.

En eso tiene razón.

Bueno, entonces hágalo y después me cuenta cómo le fue.

¿Después?

Sí, después. Ahora me voy a comer algo. Más tarde vuelvo a bajar y me cuenta.

Pero seguro que vuelve a bajar, ¿no?

Seguro, no tema. Ya le comenté que usted me empieza a caer muy bien.

Y usted a mí.

Fernández y Fernández

¿Estaba escondido detrás del árbol?

No. Justo acabo de terminar de bajar las bolsas de basura.

Como tardó tan poco en aparecer, después de que se fue la jueza. ¿No me va a decir que nos estaba espiando, Fernández?

¿Cómo se le ocurre?

No sé. Me dio la impresión.

No tendría que dejarse llevar por las primeras impresiones. Los buenos detectives no lo hacen. Yo he visto muchas películas. En las películas los detectives son más meticulosos. Más científicos.

Pero yo no soy detective. Apenas si soy un humilde periodista jubilado.

Igual, sea lo que sea, no debería dejarse llevar por las primeras impresiones. Lo pueden llevar a equivocarse y, una vez que se empieza a andar por el camino equivocado, lo más seguro es que se llegue a un lugar al que no se quería llegar.

A propósito, ¿se acuerda que había comenzado a contarme acerca de un piquete?

Sí, me acuerdo.

Y, bueno, continúe entonces.

Como quiera. Sin embargo, a esta altura ya tendría que saber que no hubo solamente un piquete. En realidad, hubo un montón. Yo le estaba contando el primero, el de la avenida Santa Fe. Más tarde, si quiere, le cuento de los otros.

Qué locura.

Ninguna locura.

Imagínese, no podía creer que hubieran hecho un piquete y ahora me desayuno con que hubo varios. Para mí es una verdadera locura todo este asunto.

No sé. Capaz que usted tiene la suerte de vivir en un barrio más tranquilo.

Vivo en Constitución.

No parece que fuera más tranquilo. Casi le diría que todo lo contrario.

Sin embargo, jamás hemos realizado ningún piquete. Y mire que motivos no nos faltan.

Son gente más dócil, se ve.

De dócil nada, Fernández. Lo que hicieron acá en su barrio es una locura.

Usted todavía no sabe ni la mitad. Si me dejara, yo le contaría. Sin embargo, da la sensación de que siempre necesita hacer algún comentario. Agregar algo de su propia cosecha. Y así no se puede, no me deja avanzar.

Disculpe, no lo interrumpo más.

Entonces, si no me interrumpe más, le cuento. El primer piquete fue más o menos espontáneo: se juntaron unos cuantos del edificio aquel, el antiguo que está allá. Creo que habían tenido una reunión ordinaria de consorcio, alguien tiró la idea y, al otro día, un rato antes de las siete de la mañana, se plantaron sobre la avenida y, cuando llegó el viejo acarreado la bolsa de pan, lo pararon y le expresaron a viva voz que no lo dejarían pasar por Paraná. Incluso hasta le aconsejaron que se dejara de embromar o que se buscara otra esquina o que se fuera hasta el zoológico si les quería dar de comer a los animales. El tipo los escuchó sin abrir la boca. Y se fue

por donde había venido. Como se imaginará, la gente se puso muy contenta, no dejaron libre la esquina, sino que empezaron con cánticos que hacían referencia al reciente y fulminante triunfo colectivo que habían conseguido. Por supuesto, la alegría no les duró demasiado. A los pocos minutos, el viejo, que había hecho un retroceso meramente táctico por Paraná, dobló por Marcelo T. de Alvear, volvió a doblar por Montevideo, cruzó Santa Fe sin que lo vieran los que festejaban sobre la esquina de Paraná y llegó hasta acá muy orondo.

Hizo bien. Yo hubiera hecho exactamente lo mismo que hizo el viejo. Cuatro gatos locos no me iban a detener así porque sí.

Disculpe la pregunta, periodista, no me gustaría que lo tomara a mal, pero ¿acaso eso que acaba de hacer no es una interrupción?

Bueno, sí. Supongo que sí.

¿Lo supone?

Está bien. De acuerdo, lo interrumpí y le pido mil disculpas. Tiene razón. Pero, la verdad, no pude refrenarme. ¿Qué se creían esos tipos, que lo iban a detener así como así?

¿Me parece a mí o se puso otra vez del lado del viejo?

Acá no hay lados, Fernández. Sólo hay hechos. Y, según como se vayan presentando esos hechos, yo voy a ir fijando mi posición al respecto. Ante este hecho puntual, me refiero al piquete sobre la avenida, yo creo que el hombre tenía que pasar, como fuera pero tenía que pasar; no podía dejarse amedrentar por unos cuantos desaforados.

Eso, se me ocurre, se parece mucho a ponerse del lado del viejo.

No, de ninguna manera. Eso es ser objetivo, nada más.

Objetivo es una palabra que le gustaba mucho utilizar a mi ex pareja. ¿Será que les gusta a los periodistas?

Mire con lo que me sale ahora.

No sé, me acordé.

A propósito: la jueza me pidió que le preguntara quién fue su pareja.

Qué porquería, esa mujer.

¿Por qué?

¿Y a usted por qué tendría que importarle mi vida privada?

No sé. Ella me dijo que lo hiciera.

¿Acaso no le parece mejor que siga contándole lo del piquete?

Sí, claro.

Entonces, por favor, le ruego que no me vuelva a interrumpir.

No lo haré, Fernández. Le juro que no lo volveré a hacer.

Ni tampoco repita más Fernández. Me tiene absolutamente podrido con sus juramentos en vano y con sus Fernández. Todos nos apellidamos Fernández.

Se lo prometo. Continúe nomás. Lo escucho con atención.

El viejo llegó a la esquina y descargó el contenido de su bolsa ahí, como siempre. Riéndose, por supuesto. Yo lo miraba desde la puerta. Con el correr de los días, decidí baldear cuando tanto el tipo como sus palomas se hubieran retirado, no tenía ningún sentido limpiar para que al rato estuviese todo sucio nuevamente. El viejo se reía a carcajadas. Y no era para menos: los idiotas del edificio antiguo, mientras él arrojaba el pan acá, desde la otra esquina justo se habían puesto a cantar eso de que el pueblo unido jamás será vencido. No me diga que no era para reírse. Hasta a mí me dieron ganas. El viejo, por supuesto, como buen ladino que era, se debe haber avivado de mis reprimidas ganas de reírme. Seguro que se dio cuenta. Y por eso empezó a hablarme. Como se podrá imaginar, desde aquella mañana primordial de la pelea, jamás habíamos vuelto a cruzar una

sola palabra. Yo, balde en mano, esperaba a que se retirara y punto. Sin embargo, esa mañana me habló. A los gritos, desde luego. Escuche a esos fascistas reaccionarios, me dijo, qué salames, jamás lucharon por nada, ¿qué se piensan?, no tienen ni idea de con quién se metieron, pobres de ellos si me los hubiera encontrado cuando era más joven, no quedaba ni uno. En medio de sus exclamaciones, llegaron los millones de palomas a comer, y entonces los vecinos del edificio antiguo, los que estaban haciendo el piquete sobre la avenida Santa Fe, de inmediato dejaron de cantar y enseguida, nomás, aparecieron furiosos en la esquina. Lo increparon: que basta, que por dónde había llegado, que se retirara y que no volviera nunca más, que su presencia no era grata en el barrio. Cosas más o menos por el estilo. El viejo se retiró. ¿Para qué se iba a quedar a discutir si ya les había dado de comer a los bichos? Lo único que dijo, antes de irse, fue que iban a necesitar bastante más que un piquete para detenerlo. Y, cuando se estaba yendo, más o menos a unos veinte metros de la pequeña multitud, gritó con toda su alma, para que lo escucháramos bien clarito o para que a nadie le quedaran dudas de que iba a dar pelea: ¡Viva la revolución!

Quizá lo gritó para sí mismo. Para envalentonarse. A veces uno precisa gritar para afuera algo que necesita escuchar muy adentro. Pero lo importante es que, a partir de su relato, ahora entiendo un par de cuestiones que antes no me cerraban. Por un lado, su uso excesivo del adjetivo salame; se ve que se le pegó aquel día, que le gustó quiero decir, porque reconozcamos que la gente ya no lo utiliza de manera tan frecuente como lo hace usted. Y, por el otro lado, entiendo también, recién ahora, el motivo por el cual usted se refiere al tipo como ex guerrillero. Supongo que debe ser por ese grito de guerra, mientras se alejaba de la multitud.

Por eso mismo.

Y no le falta razón.

Nunca me falta la razón.

Bueno, no empecemos otra vez. Si bien no le falta razón, sería conveniente que revisara las palabras con las que califica a las personas. Llamar a alguien guerrillero o ex guerrillero, hoy en día, es un verdadero despropósito.

Pero si el tipo lo era.

O utilizar la palabra salame, con tanta asiduidad como lo hace.

Ahí le doy la derecha. Me cuesta, pero se lo reconozco. Cuando lo escuché al viejo definir como salames a aquellos que lo increpaban, casi de inmediato me acordé de mi abuelo. Mi abuelo me decía salame cada vez que yo le daba una oportunidad. O, mejor, cada vez que yo hacía algo mal o decía alguna tontería. No cuando hacía realmente una cagada, no sé si me entiende; ahí, por supuesto, el hombre no usaba palabra alguna, me sacudía un cachetazo y listo. Pero salame, visto ahora a la distancia, no sé, constituía una forma hasta cariñosa de reprenderme. Un reto tierno. Por eso, quizá, se me haya pegado desde que se la volví a escuchar al viejo guerrillero.

Y dale con guerrillero.

¿Por qué? ¿No puedo?

Puede, claro que puede, hombre, ¿cómo no va a poder?, vivimos en una democracia. Sin embargo, se me ocurre que no debería.

¿Está prohibido?

No, no está prohibido, no se haga el zongo. Simplemente, está mal visto.

Ah.

Fernández, Fernández y Fernández Fernández

Buenas noches, doctora. Me alegra mucho que haya vuelto. La verdad, creí que no lo iba a hacer.

Buenas noches. No se olvide de que soy una dama y las damas siempre cumplen aquello que prometen. Siempre. Ahora, si me permiten, tengo que confesarles que no tuve más remedio que escuchar, en parte, lo que hablaban. Lo lamento, no fue mi intención. Pero, ya que los escuché, me voy a tomar el trabajo de explicarle algo a usted, portero, a ver si entiende, finalmente, lo que parece no querer entender. A una persona como el señor Fernández, el pobre señor Fernández, el de las palomas, el muerto, no se le dice ex guerrillero; en estos tiempos que corren, si hay que nombrarlo de alguna manera, se le dice ex militante político de la década del setenta.

Ah, bueno.

Y, por favor, le ruego que no huya cobardemente ante mi presencia como acostumbra a hacerlo. Quédese. Quédese y conversemos. Aprovechemos que el caballero se ha molestado en venir hasta acá para averiguar lo que aconteció con aquel viejo militante político de la década del setenta. Aprovechemos la oportunidad. No recuerdo que hayamos intercambiado nuestros puntos de vista acerca de este asunto ni de ningún otro después del desgraciado accidente que terminó con su vida.

Sí, Fernández. Quédese, por favor. A mí también me parece sumamente importante que podamos conversar los tres. Sospecho que los diversos puntos de vista van a arrojar más luz a la cuestión.

No sé. Ya se hizo bastante tarde y mañana tengo que madrugar. Mi trabajo empieza muy temprano. No creo que sea el caso de ninguno de ustedes dos.

Los jueces trabajamos todo el día. Hasta cuando no parece que estuviéramos haciéndolo. ¿Sabe la cantidad de causas que lleva un juzgado?

Yo no puedo decir nada. Estoy jubilado. Pero un rato más qué va a hacerle. Usted es joven. Y cuando uno es tan joven como usted, dormir un poco menos de lo habitual no le hace nada. Piénselo. Le repito que sería importante para todos.

Si se es joven para algunas cosas, también se lo puede ser para otras.

No entiendo a qué se refiere, doctora.

Me refiero a lo que me refiero. ¿O se cree que nunca he visto entrar a nadie, a altas horas de la noche, en la portería?

¿Tener amigos está prohibido por el consorcio?

No, por supuesto que no. Mencioné el hecho sólo para graficar que, muchas noches, usted no se va a dormir tan temprano. Lo hice por eso, únicamente. Jamás estuvo en mi ánimo juzgar su conducta o meterme, siquiera un poquito, en su ajetreada vida privada. Su vida es su vida y sus noches con amigos son sus noches con amigos.

Igual que las suyas, doctora. Exactamente igual. No se olvide que mi departamento queda justo al lado del ascensor. Y, aunque no lo parezca, soy un ser humano y tengo oídos.

Oídos es lo que le sobra.

Discúlpenme que los interrumpa, pero así no creo que nos vaya a servir el encuentro. ¿Qué tal si dejamos a un lado las rencillas personales y nos abocamos al asunto que nos trajo hasta acá?

A usted, lo habrá traído algún asunto. A nosotros dos, en cambio, no nos trajo nada, vivimos acá, que es muy distinto.

Vivir, lo que se dice vivir, solamente yo vivo acá. Usted trabaja de portero y, como parte de su salario, el consorcio tiene la amabilidad de proporcionarle un lugar en donde pernoctar.

Un lugar bastante pequeño y bastante incómodo, le aseguro.

Un lugar perfectamente adecuado a sus necesidades y en el que usted, este último tiempo, a decir verdad, casi ni pernoctó.

Perfectamente adecuado. Qué barbaridad. No tiene vergüenza. Me gustaría verla a usted viviendo en ese sucucho.

Le recuerdo, porque por ahí con tanta cosa en la cabeza se le olvidó, que yo soy jueza y usted es sólo un portero.

Lo que no se me olvida, doctorcita, es que los dos somos seres humanos. Los dos. Aunque alguna no lo parezca, claro.

Qué atrevido.

Qué desubicada.

Bueno, bueno. Cálmense. Me parece que así no vamos a llegar a buen puerto. Hagamos un esfuerzo y vayamos al punto. El señor me contó del primer piquete; sin embargo, también me avisó que hubo varios más. Me encantaría saber sobre ellos, si alguno de los dos tuviera la amabilidad de informarme.

No sé.

Yo sí que sé. Así que le cuento. Después de que hicieran aquel primer piquete sobre la bocacalle de Santa Fe y Paraná y Fernández se les escabullera con tanta facilidad, los del edificio antiguo aquel, el que está allá, se unieron con otros vecinos y, a la mañana siguiente, poco antes de las siete, cerraron las entradas a la plaza: Montevideo, Paraná, Arenales y Juncal. Ni se imagina el lío de tránsito que armaron. Un verdadero caos.

Si dije no sé, no fue porque no supiera. Lo dije porque no sabía si tenía ganas de quedarme a compartir la noche con ustedes y contar lo sucedido.

Disculpe, pero no nos interesan sus razones. Ahora soy yo la que está contando lo que ocurrió. Perdió su oportunidad. Y, por favor, le ruego que no me interrumpa con comentarios que no tienen absolutamente nada que ver con los piquetes. Así no me va a dejar terminar jamás.

Faltaba más. Siga, siga nomás, me interesa sobremanera conocer hasta dónde es que sabe. No la vi en ninguna de las asambleas ni en ninguna de las manifestaciones.

Eso no significa nada. Tampoco yo lo vi a usted.

Lindo sería. Si usted no estaba, señora jueza, ¿me podría informar cómo iba a hacer para verme?

No se olvide, señor portero, que yo tengo un muy bonito balcón. Enorme. ¿Acaso usted no tiene uno también?

Sabe perfectamente que no tengo.

Qué lástima. Deberían obligar a la gente a tener balcón. ¿Cómo se puede vivir sin un balcón? Desde el mío, en el quinto piso, se ve muy bien todo lo que pasa en la calle.

Desde acá abajo y con un balde en la mano también, no se preocupe, no me gustaría que sufriera por mi falta de balcón. A ver si todavía se le da por llorar y arruina esa espesa carcasa de cosméticos con que se unta la cara para disimular las arrugas.

No tengo ninguna arruga. Sólo me maquillo porque soy mujer y me gusta verme bien, tener buen color, sobre todo en invierno cuando no puedo tomar sol en mi enorme balcón. ¿No será, portero, que me envidia un poquito?

Yo, envidiarla a usted. Por favor. Si hasta podría ser mi madre.

Capaz que le gustaría maquillarse y no le da el cuero para hacerlo. Vio que a veces los homosexuales quieren parecerse a las mujeres.

Esos son los mariquitas o los travestis. Y yo no soy ningún mariquita ni ningún travesti, me gustan los hombres nomás.

Pero mire usted qué coincidencia, los hombres también nos gustan a las mujeres. Por eso, quizá, es que nos maquillamos tanto. Vaya uno a saber.

No me está diciendo nada nuevo. Ya sabía que le gustaban los hombres. Y bastante, si tengo que juzgar por el ruido que hacen las puertas del ascensor durante la noche.

No sea grosero.

Más grosera es usted.

Doctora, me estaba contando de cuando cerraron todas las calles de ingreso a la plaza. Me encantaría que continuara.

No dije que hubieran cerrado todas las calles. Solamente dije que cerraron las cuatro que daban al sur. De ahí que tampoco esos piquetes dieran resultado. Fernández entró como si tal cosa por Las Heras. Apenas si tardó un poco más esa mañana, justo el tiempo necesario para dar la vuelta por Callao.

El quilombo que se armó.

Efectivamente, tal como acaba de afirmar el señor portero desde los muy escasos recursos idiomáticos a los que nos tiene acostumbrados, los vecinos, al descubrirlo cruzando la plaza, se lanzaron sobre él insultándolo y con la pretensión de que no arrojara el pan que guardaba dentro de la bolsa. Sospecho que está demás decir que no lo lograron.

Fue un gran triunfo, de todas maneras.

¿De qué triunfo me habla si el señor Fernández igual se las ingenió para darles de comer a las palomas?

No me refiero a un triunfo de los vecinos, sino a un triunfo estrictamente personal: el viejo se vio obligado a hacerlo en el centro de la plaza, y no a un metro de mi vereda.

La vereda no es suya, portero.

Es verdad. ¿Y sabe que me hizo acordar de que cuando éramos chicos y uno cualquiera de mis amigos se caía, los otros le decíamos que había comprado la vereda? No sé. De repente, me acordé. Así que la vereda es suya, no se preocupe, nadie se la va a quitar, usted sí que la compró bien comprada.

No creo que usted haya tenido demasiados amigos en su niñez. ¿Ya por entonces encerraba las veredas o eso vino después, con la vejez?

¿Vejez? Usted no tiene vergüenza, doctora. Cuando yo nací, seguro que usted hacía rato que ya era jueza. No tiene vergüenza.

¿Le parece que es forma de tratar a una dama? Haga algo, caballero. No se quede ahí parado, en silencio. Usted es un hombre, ponga en su lugar a este maricón, hágame el favor. Si no, no me va a quedar otra salida que abandonarlo a su suerte.

Cálmese, doctora. Y usted, Fernández, cuide un poco más su vocabulario.

¿Vio cómo siempre termina poniéndose del lado del otro y no del mío, periodista?

¿Cómo? ¿Usted es periodista? Si lo hubiese sabido antes, no le decía nada.

No, doctora, no tema. Fui periodista. Ahora, apenas si soy un jubilado al que le sobra el tiempo.

No me estará mintiendo, ¿no?

No, doctora, cómo le voy a mentir. No le haga caso al muchacho. Sólo pretende molestarla.

Hace un par de años que me hicieron jubilar.

¿Muchacho? Para haber sido periodista, caballero, me da la impresión de que le falta cierta capacidad para observar la realidad que lo rodea.

Lo mismo le dije yo hace un montón de horas. Parece mentira que haya sido periodista. No sabe preguntar, no tiene imaginación. Pero no se enoje con él, quizá su única virtud, justamente, sea la de reconocer a las personas jóvenes.

¿Por qué, mejor, no retornan al punto adonde habían dejado la historia? No tiene sentido que se la agarren conmigo, no creo haberle faltado el respeto a ninguno de los dos.

No sé, me da un poco de temor que usted sea periodista o lo haya sido. No me gustan nada los periodistas. Siempre andan inventando problemas.

Ya me parecía que a la doctorcita no le iba a convenir que se supiera la verdad de lo que ocurrió. Mire cómo se asusta.

A mí no me da ningún miedo. Si alguien debería asustarse, hasta donde yo sé, ese debería ser usted, señor portero.

Yo no tengo nada que ocultar. De hecho, me he tomado el trabajo de contarle casi todo lo que sé al señor periodista aquí presente.

Yo tampoco tengo nada que ocultar. Absolutamente nada.

Bueno, entonces, si todo está tan bien, por favor continúe, doctora.

Perfecto. Ese mismo día, en horas de la noche, murió la señora Marta. Se ve que ella también pudo observar, desde su balcón del tercer piso, lo que había ocurrido en la plaza y eso la terminó de matar.

No es lo que dijo el médico.

¿Qué dijo el médico?

Que había sido un paro cardíaco producto, con toda seguridad, de la avanzada edad de la señora.

Los médicos no saben por qué se mueren las personas, apenas si descubren cómo es que se murieron los cuerpos en los que habitaban.

¿No es un poco antiguo su pensamiento, doctora? Díganos la verdad, prometo no decírselo a nadie. ¿Cuántos años tiene?

No sea maleducado. Nunca se le pregunta la edad a una dama. Aquí el tema es otro. El tema es que tanto usted como los demás vecinos del barrio no se quieren hacer cargo de que entre todos asesinaron a la pobre señora Marta.

De pobre no tenía nada. Bastante arpía era la doña.

No se habla así de las personas fallecidas. Tenga un poco más de respeto.

Disculpe, doctora, no tenía idea de que quería tanto a la señora. Sobre todo después de que se negó a firmarle aquel papel. Pensé que a partir de ese día la relación entre ustedes dos se había enfriado.

Eso no tiene ninguna relevancia. Volvamos a lo nuestro. Aquella misma noche, caballero, mientras la ambulancia se llevaba el cuerpo inerte de la señora Marta, los vecinos realizaron una suerte de asamblea popular debajo de aquella magnolia. Incluso me pareció verlo a usted, portero, en la asamblea. No sé. No lo podría asegurar. Por ahí estoy equivocada. De noche resulta más difícil ver con alguna nitidez las caras de las personas desde mi enorme balcón.

O capaz que es la edad. Leí en una revista que después de los cuarenta años la vista se va perdiendo. Inexorablemente. Creo que se llama presbicia la enfermedad. Y si encima, por pura coquetería, no nos decidimos a usar anteojos.

A usted lo alcancé a ver perfectamente, no se preocupe; el asunto no es la falta de anteojos, el

asunto es que desde allá arriba me tapaban las ramas.

Hubiera sido lindo que bajara. Me imagino lo contentos que se habrían puesto los vecinos al verla. Una lástima que no se haya animado.

No es que no me haya animado. Me parecía y me sigue pareciendo una tontería lo que hicieron. Si me permite, le cuento lo que decidió la asamblea al caballero y que él juzgue.

Le permito. Faltaba más.

La asamblea de vecinos, caballero, esa noche determinó cerrar, durante la mañana siguiente, todas las calles de ingreso a la plaza. Todas. Y son muchas, no tiene más que mirar. ¿Sabe la cantidad de gente que se necesita para hacerlo?

Un montón.

Efectivamente.

¿Y pudieron juntar a tanta gente?

Sí, pudieron. Lo que todavía no me dijo, caballero, es lo que piensa acerca de la decisión que tomó la asamblea.

Lo que pasa es que usted, después, también me preguntó sobre la cantidad de gente que se necesitaba para cerrar las calles de acceso a la plaza y me quedé enganchado con eso.

Era una pregunta retórica, caballero. No pretendía que me la contestara. Fue el modo más elocuente que se me ocurrió para que entendiera rápidamente la innumerable cantidad de vecinos que había en la asamblea.

Disculpe. Yo enseguida me puse a sumar y a multiplicar mentalmente y me olvidé de su pregunta anterior.

¿Entonces?

En el fondo son bastante parecidos ustedes dos, por eso debe ser que se llevan tan bien. Es increíble. Tienen hasta la misma estúpida costumbre de preguntar entonces a cada rato.

¿Entonces?

Me parece un disparate la decisión. Completamente absurda.

Me alegro. Piensa exactamente lo mismo que pienso yo.

No les niego que ahora parezca un disparate. Pero había que estar en ese momento. Desde el balcón del quinto piso seguramente la vida se ve de otra manera. Los ánimos estaban muy caldeados y a todos los que estábamos reunidos allí nos dio la impresión de que esa era la decisión que debíamos tomar. Después, claro, muy rápidamente nos dimos cuenta del error.

Hasta un chico se hubiese dado cuenta de que era un tremendo error.

Pero ¿por qué? No entiendo.

Usted nunca entiende nada, periodista. Hay que explicarle hasta el detalle más zozco. Fue un error. Así de fácil. Un tremendo error. Y el más perjudicado con dicho error, por supuesto y como ocurre casi siempre, resulté yo mismo.

Qué perseguido. A veces pienso que usted se cree que es el único habitante del universo. El único. Que las cosas pasan para embromarlo a usted nomás. Que el mundo lo detesta.

Es verdad. El más perjudicado por la decisión de la asamblea fui yo. A usted no le cambió nada. Siguió emborrachándose y metiendo hombres en su piso como si tal cosa.

Además de paranoico, usted no tiene límites. No los conoce. Dice lo primero que se le viene a la cabeza sin ningún filtro. Se la pasa injuriando y calumniando. No tiene el más mínimo respeto por nadie. Tendría que hacerse ver por un especialista, portero, está muy enfermo.

En eso estoy de acuerdo con la doctora, Fernández. Usted necesita ayuda profesional.

Ah, bueno, qué fácil se ponen de acuerdo ustedes dos. De cualquier manera, y por si todavía no se enteraron, hace ya mucho tiempo que la Organización Mundial de la Salud determinó que la

homosexualidad no es una enfermedad.

¿Dónde lo leyó?

En una revista.

¿No podría intentar, alguna vez, leer un buen libro? Estoy convencida de que esas publicaciones baratas de chimentos que se la pasa leyendo le deben estar produciendo, poco a poco, un profundo y devastador daño cerebral.

Su daño cerebral, en cambio, ya es irreversible. Por más que deje de leer lo que lee, que no sé qué es, no tiene solución.

Yo leo cosas serias.

La felicito. Se ve que hasta ahora no les ha podido sacar ningún provecho. Pero no importa, usted insista, capaz que algún día, en el futuro.

Bueno, bueno. Ya está bien. Volvamos al punto en el que parecían estar de acuerdo, al famoso error en la decisión que tomó aquella noche la asamblea de vecinos. Les juro que no alcanzo a comprender en dónde residió la equivocación.

No lo tome a mal, periodista; sin embargo, a esta altura de los acontecimientos, resultaría poco menos que un milagro que usted pudiera comprender algo con alguna rapidez.

En esto último, lamentablemente, tengo que darle la razón al portero. Discúlpeme, bajo ningún punto de vista me gustaría herirlo, pero, la verdad.

Por ahí soy un poco lento, no se los voy a negar. De cualquier manera, también me gustaría que hicieran un esfuerzo y comprendieran que yo no sabía nada de todo este asunto. Y así se me hace un tanto difícil seguirlos. Ustedes dan por sentado cuestiones que yo ignoro por completo.

Mire, periodista, por esta única vez lo voy a ayudar a pensar. A ver, ¿a qué hora se le ocurre que los vecinos clausuraron la totalidad de las calles de acceso a la plaza?

A la mañana. No sé. Supongo que a las siete. O un rato antes de las siete.

Supone muy bien. Y me impresiona, no vaya a creer que no me impresiona su inesperada capacidad de suponer.

Gracias, es usted muy amable.

Entonces, después de semejante éxito, y si se anima, podemos intentar una segunda preguntita.

Por favor. Adelante nomás.

A ver cómo se la formulo así su sagacidad puede sorprenderme nuevamente. Ah, sí. Ya sé. Escuche con atención. ¿Usted cree, por ventura, que el viejo no ingresó a la plaza durante ese día?

No lo sé. Pero me voy a arriesgar. De la forma en que acaba de plantear la pregunta, me da la sensación de que el viejo, muy a pesar del cierre de las calles, igual se las ingenió para entrar.

Bien. Muy bien. Excelente. No es ningún tonto, usted. No les haga caso a aquellos que afirman lo contrario. No, señor.

Bueno, pero también usted, portero. Se la está haciendo muy fácil a nuestro amigo. Así cualquiera. En derecho, a su accionar se lo suele denominar inducción forzada de respuestas.

Lo ayudo un poco nomás. Si no lo ayudáramos, nuestro amigo, como dice usted, se quedaría afuera de casi todo. Al hombre, reconozcámoslo de una buena vez, no le sobran las luces.

No está bien que se burle. Me parece que nuestro amigo hace lo que puede. Tiene demasiadas carencias, es cierto, pero se nota que le pone voluntad. Y eso tiene su valor.

Tampoco es que sea un tarado.

No, no, no. Tarado, no. Al menos yo, caballero, no creo haber dicho semejante cosa.

Ni yo.

No sé, me dio la impresión.

De todas maneras, si usted no está del todo seguro de sus propias capacidades intelectuales,

yo lo puedo probar con una pregunta un poco más complicada.

Pruébelo, portero. Me gusta la idea. Le tengo mucha fe a nuestro amigo.

Sólo si él acepta.

De acuerdo, pruébeme. Aunque lleve todas las de perder, hágame esa pregunta. Me empiezan a hartar ustedes dos.

Qué carácter, periodista.

La verdad, caballero, no sé por qué reacciona ahora de esa manera tan intolerante. Nosotros sólo pretendemos ayudarlo.

La pregunta, vamos.

Ahí va: ¿qué se le ocurrió a aquel viejo para poder ingresar muy orondo a la plaza?

Ahora sí estuvo bien formulada la pregunta. Lo felicito, portero.

Gracias, doctora.

Bueno, conteste, caballero, ¿qué está esperando?

Estoy pensando.

Yo se lo advertí, doctora; sin ayuda, nuestro amigo es perfectamente incapaz de descubrir nada por sí mismo. Lo conozco un poco más que usted y le aseguro que es un completo negado para cualquier investigación.

No entiendo. ¿No fue periodista, acaso? Habrá tenido que estudiar, digo yo. Ir a la universidad o, al menos, haber hecho un par de cursos a lo largo de su vida. No lo puedo creer. Es muy deprimente la situación de la prensa. Al final, parece que estuviéramos en manos de infradotados.

Creo que.

Disculpe que lo interrumpa, pero tampoco puedo dejar que la doctora descalifique a la totalidad del periodismo teniendo en cuenta sólo su caso. Es una barbaridad. Una generalización absurda, traída de los pelos.

A las pruebas me remito.

¿Qué pruebas? Un árbol no hace el bosque.

¿Está defendiendo a su ex noviecito?

A él y a muchos como él. Tipos inteligentes, preparados, que se esfuerzan y que dejan la vida por su profesión.

Sí, lo está defendiendo a su ex. Es increíble. No tiene ninguna dignidad. Él lo deja de una manera humillante, de un día para el otro, seguramente para irse con el primero que encontró por la calle, y usted todavía lo defiende.

Creo que.

Usted no se meta. Nadie le pidió que opine. El que tiene que poner en su lugar a esta mujerzuela soy yo. Y tengo los medios para hacerlo, no se preocupe.

Pero.

No se meta, caballero. Usted no tiene absolutamente nada que ver. La cosa es entre este energúmeno y yo. Los de afuera son de palo.

La que es de palo es usted. Por eso debe ser que nunca se enamoró. Pasa de un tipo a otro y no se queda con ninguno. ¿O es que, quizás, ellos no quieren quedarse con usted?

Ahora me sale con el amor. Justo usted que en lo único que piensa es en la magnitud de las braguetas de cada uno de los hombres que le pasan más o menos cerca.

Por algo los tipos no se le quedan. El departamento es lindo. Y hasta tiene balcón. Enorme, según dice. Pero no. Salen casi corriendo por la mañana, como escondiéndose, y nunca repiten. No he visto a uno solo volver a la noche siguiente.

Yo.

¿Y ahora qué quiere? ¿Acaso no le pedimos que no se metiera?

Usted me había hecho una pregunta.

¿Yo?

Sí, usted.

Yo no le pregunté nada.

Sí, sí, en mi calidad de jueza doy fe de ello. Usted, portero, hace un rato, le preguntó al caballero qué era lo que se le había ocurrido al difunto señor Fernández para sortear los piquetes que armaron los vecinos para que él no pudiese ingresar a la plaza.

Ah, sí, ahora recuerdo.

Lo que pasa es que, después, de lo único que se acordó fue de insultarme a mí.

No la insulté. Sólo le dije cómo son las cosas.

Por favor. Si dejan de pelearse como perro y gato durante algunos minutos, me gustaría tener la oportunidad de contestar a la pregunta que me hizo el señor. Estoy un tanto ansioso por saber si estoy en lo cierto.

No sé a quién acaba de referirse como gato. Cuide sus palabras, caballero, no se olvide de que está frente a una dama.

Fue una manera de decir, doctora, no me malinterprete.

Una interesante manera de decir. A mí no me pareció incorrecta.

Si me dejan, entonces.

Adelante, lo escuchamos.

Yo creo que el viejo Fernández, para sortear con éxito la clausura humana de la plaza, tenía ante sí sólo dos opciones. La primera era comprarse una caja grande de balines y acercarse hacia acá abrazado a su rifle de aire comprimido. La segunda, venir en otro horario. Y, muy a pesar de su antigua militancia revolucionaria, yo me inclino a pensar que optó por esta segunda posibilidad. Lo que he escuchado acerca de él me hace sospechar que se trataba de una persona que sólo llegaba a la acción violenta después de haber intentado, previamente, otras alternativas bastante más pacíficas. Está claro que aquellos que cerraban los ingresos a la plaza no podían hacerlo durante todo el día; por eso, viniendo en cualquier otro horario, tendría allanado el camino.

Increíble.

Sorprendente.

¿Acerté, entonces?

Se trata de un milagro. De un verdadero milagro. ¿Sabe que hubiera apostado hasta mi departamento a que usted jamás podría imaginar qué era lo que había decidido hacer el viejo al día siguiente?

Le recuerdo, portero, que el departamento en el que habita no es de su propiedad. El mismo pertenece al consorcio, no puede andar apostándolo así porque sí.

Un milagro, periodista. Lo felicito.

Menos mal. La verdad es que tenía un poco de temor a equivocarme. Ustedes fueron tan duros para con mi inteligencia que, si me equivocaba, iba a tener que aguantarme sus infinitas burlas.

Yo, al menos, no me doy por aludida. Creo no haberme burlado nunca de su inteligencia. Jamás. No acostumbro a comportarme de ese modo. Además de una dama, soy jueza. Y, a decir verdad, tampoco la pregunta que le hizo el portero era tan difícil de contestar, caballero. No exagere.

A mí me sorprendió, qué quiere que le diga. Estoy impresionado de tanta astucia.

Gracias, gracias.

Bueno, me parece que ya está bien. Supongo que la idea no será pasarnos la noche entera, acá afuera, elogiándonos mutuamente.

Hacia usted, doctora, no se me ocurre ningún elogio. Tendría que ponerme a pensar. No sé. Por ahí, si me da tiempo, encuentro alguno.

Le aseguro que a mí también se me haría bastante complicado hablar bien de usted.

Por favor, volvamos al asunto de las palomas. Me interesaría sobremanera saber cómo fue que se encadenaron los hechos con posterioridad a la decisión del viejo de cambiar sus horarios.

Eso, más o menos, ya se lo avisé.

No lo recuerdo.

Le dije que el gran perdedor fui yo.

¿Todo pasa por usted, portero? ¿No le parece mucho? Hay más gente en el universo.

Gente, lo que se dice gente, no creo que haya tanta.

Le juro que sí.

¿Por qué fue usted el gran perdedor? No lo comprendo.

Da la impresión de que volvimos a la normalidad. Se ve que el gigantesco esfuerzo mental que tuvo que realizar para responder con éxito a la pregunta que le hice hace un rato lo dejó completamente vacío de ideas otra vez.

No empiece.

Y, bueno, pero también.

Bueno, nada. ¿Por qué?

Así me gusta, caballero. Póngase firme. Yo sé lo que le digo. Si no, primero le pierden el respeto, después lo pasan por arriba y, cuando ya está caído, lo terminan pisoteando.

¿Y si no quiero responder?

Si no responde, portero, es porque no tiene argumentos.

¿Por qué, Fernández?

Es muy fácil, periodista. Yo fui el gran perdedor porque soy yo el que limpia la vereda todos los benditos días del año. ¿O se cree que lo hace la doctora? No. Soy yo el que está ahí con su balde y su botella de lavandina, haga frío o haga calor. Yo, solito con mi alma. Y este tipo empezó a venir a cualquier hora. Se imagina la vereda. A cualquier hora tenía que baldear por segunda vez.

Para eso es que los miembros del consorcio le pagamos un sueldo.

Una miseria.

El sueldo que estipula el convenio. Más las cargas sociales y las vacaciones y la mar en coche.

Una miseria.

Lo justo. Ni un peso más ni un peso menos.

No me parece que este sea el ámbito adecuado para intentar resolver un conflicto semejante.

¿Y usted qué tiene que meterse?

El caballero tiene razón. Si no está a gusto con el dinero que le pagamos, lo lógico sería que presentara una nota con sus quejas al señor administrador o al mismo consorcio. O renunciara, si es que le queda, todavía, algo de dignidad.

Claro, renuncio y ustedes se salvan de pagarme la indemnización que me corresponde. Hace más de diez años que dejo la vida en este edificio. No, no y no. No se las voy a hacer tan fácil.

Como usted prefiera.

A propósito del administrador, doctora, ¿puede ser que esté con problemas de salud?

No sé nada, no creo.

Pensé que usted podía saber. Como antes pasaba por las noches a cobrarle las expensas y ahora hace unos meses que no lo hace.

El señor administrador, cada principio de mes, tenía la amabilidad de pasar a cobrarme por la noche debido a que mis demasiadas obligaciones no me permitían alcanzarle el dinero durante el día. Ahora lo hemos solucionado de otro modo; le envió uno de mis secretarios a su oficina con el dinero y listo.

Se tomaba su buen par de horas para cobrarle.

Se trata de un joven muy simpático y muy conversador.

Lo siento, pero conmigo nunca fue tan simpático ni tan conversador.

Con usted es del todo imposible ser simpático o conversador.

No estoy de acuerdo. Pregúntele al señor periodista acá presente, si no. Hace un montón de horas que estamos charlando lo más bien.

Se ve que hay hombres bastante más tolerantes que otros respecto de la homosexualidad.

O que hay hombres, como el señor administrador, que no le hacen asco a nada.

No le voy a permitir, maleducado.

Usted fue la que comenzó.

Por favor, cálmense. No se olviden que todavía estoy aquí. Y, por cierto, con muchas ganas de que sigan contándome lo que sucedió. Algo hemos avanzado. Me parece, entonces, que sería una verdadera lástima que, debido a una rencilla personal sin importancia, no podamos continuar haciéndolo.

No hay mucho más para contar, periodista.

¿Cómo que no hay más?

Y, bueno, así es la gente, qué quiere que le haga. Le ponen interés a una cuestión sólo mientras esa cuestión no los distraiga de sus trascendentes ocupaciones habituales. Pusieron todo el esfuerzo en juntarse esa mañana para clausurar las calles de ingreso a la plaza, pero, claro, no solucionaron el tema y, con el correr de los días, se fueron olvidando del asunto. Sólo maldecían cada vez que una pareja de palomas hacía nido en sus lujosos balcones o cuando, por casualidad, se encontraban con el viejo dándoles de comer a las aves o, si no, cuando a la tardecita se encontraban con la jueza en el supermercado. Así es la gente, periodista. No se haga ilusiones. De solidaridad, nada. Y, mientras tanto, el único gran perjudicado seguía siendo yo, teniendo que lavar la vereda por segunda vez a la hora en que al ex guerrillero se le ocurría desparramar sus migas de pan ahí en la esquina.

No lo puedo creer.

Créalo, caballero. Aunque me cueste reconocerlo, el portero le ha dicho la exacta verdad acerca del accionar de los vecinos. Lo único en que se equivocó, por supuesto, es en aquella exageración de que el gran perjudicado de todo el asunto fue él. No me extraña, tratándose de una persona que sólo piensa en sí misma. Por el contrario, lo cierto es que la gran perjudicada fui yo. ¿Sabe lo que es sentir el rechazo de sus propios vecinos, que por ejemplo no la dejen a una comprar en una tienda en la que hizo sus compras toda la vida o que le digan barbaridades en voz baja cuando pasan caminado al lado? Es un horror, caballero. Un calvario. La caca de la vereda se arregla con un balde de agua y una escoba. Además, al cabo de unos días, apenas se dio cuenta de que la resistencia de los vecinos había desaparecido, el señor Fernández volvió a darles de comer a las siete en punto de cada mañana. Lo que me pasó a mí es muy distinto. Ni siquiera hoy, después de que ha pasado ya algún tiempo desde la muerte del susodicho señor Fernández, me perdonan. No. Qué me van a perdonar. Siguen ensañándose contra mí como si fuera el primer día. De todos modos, usted que es un hombre preparado, un hombre informado, está perfectamente

capacitado para sacar sus propias conclusiones al respecto.

No lo puedo creer.

Eso ya lo había dicho antes, periodista.

Es que no se me ocurre nada significativo para agregar. Simplemente, no lo puedo creer. Me quedé sin palabras.

Estoy a punto de retirar mis dichos acerca de que usted es un hombre preparado o informado. Un hombre que reúne esas características nunca se queda sin palabras. Jamás. ¿Tan difícil es tomar una decisión respecto de cuál de nosotros fue el más perjudicado por lo que sucedió?

Ah, era eso. Lo siento, doctora, yo me había quedado reflexionando acerca de la pasividad con la que los vecinos aceptaron la derrota ante el viejo. Eso es lo que no puedo creer. Resulta extraño, no me van a decir, tanto que se movilizaron en un comienzo, para terminar, después y ante un par de tropiezos menores, en tan poco.

Lo verdaderamente extraño, periodista, es que usted, con todos los años que carga encima, todavía no haya descubierto cómo es la gente.

Y sí, caballero, de ningún modo me gustaría que lo tomara a mal, pero en este caso puntual tengo que darle la razón al portero. No me queda otro remedio, parece ignorar por completo la precariedad de la voluntad del género humano.

Las actitudes de la gente siempre me sorprenden. No lo puedo evitar.

Un día de estos le convendría empezar a evitarlo. Ya está grande para sorpresas.

A propósito, ¿cuántos años tiene, caballero?

Sesenta y siete, doctora.

Pensé que era bastante menor.

Muchas gracias.

Parece que la doctora también se quiere levantar a nuestro amigo el periodista.

¿Cómo se le ocurre? Tendría que observar un poco más de respeto hacia una dama. Porque eso es lo que soy, portero, una dama.

No sé. Tan raro no sería. Sobre todo si tenemos en cuenta que, últimamente, el joven y simpático administrador ya no viene a cobrarle las expensas durante la noche.

Usted es un enfermo.

¿Y usted?

Se lo acabo de decir, yo soy una dama.

Sí, claro.

Bueno, bueno. Haya paz. Tratemos de cambiar de tema. A ver. Si entendí bien lo que me dijeron, a partir de que el viejo varió los horarios en los que descargaba su bolsa de pan para eludir los piquetes, el barrio dejó de lado las medidas de fuerza y, lentamente, se olvidó por completo del asunto.

Más o menos.

¿Cómo más o menos?

Quise decir que sí, que el barrio dejó de luchar, que entendió bien. En lo que se equivocó fue en lo de lentamente. Los vecinos se olvidaron del asunto casi de inmediato.

No todos, portero.

Todos.

No, no. Ni usted ni su pareja de aquel entonces se olvidaron.

Me refería a los demás.

A propósito, ¿por qué no le dice de una buena vez a nuestro amigo quién era su pareja?

Porque no me parece que sea algo que deba contarle. Se trata de mi vida privada. No tengo

por qué andar ventilándosela a un desconocido.

¿No será que lo esconde?

No tendría ningún motivo para hacerlo.

No se haga el tonto, los dos sabemos perfectamente que le sobran los motivos para esconder la verdad.

Mejor métase en sus cosas.

Vamos, portero, anímese. No sea maricón.

Soy gay, no soy maricón.

A mí me parece que, si no se anima, es de puro maricón nomás.

Y a mí me parece que usted es una perfecta idiota.

Como prefiera. Aunque me da la impresión de que acaba de perderse una gran oportunidad de quedar bien con nuestro amigo. Ahora ya es demasiado tarde. Le advierto que como usted está de espaldas no lo ha visto, pero su ex noviecito acaba de ingresar con su auto a la cochera; en segundos, nomás, no le va a quedar otra alternativa que pasar frente a nosotros. No hay manera de que nos pueda esquivar.

Si me disculpan.

No, no huya, maricón.

No me gustaría encontrármelo, desde que nos separamos no he vuelto a verlo. Sería muy incómodo. No sólo para mí, también sería incómodo para ustedes.

Maricón.

Ya le dije que no soy ningún maricón.

Eso es lo que dice, pero sus actos demuestran exactamente lo contrario.

Adiós. Me tienen hartos.

Adiós, mariquita.

No entiendo, doctora.

No tema, aguarde y en pocos segundos más lo va a entender.

Si usted lo dice.

No lo digo, se lo aseguro.

Fernández, Fernández Fernández y Fernández

Muy buenas noches, Gastón. Si no está apurado y no tiene inconvenientes, me encantaría presentarle a un amigo.

No necesita hacerlo, doctora, nos conocemos desde hace muchísimo tiempo.

Buenas noches, Gastón.

Buenas noches, José Antonio.

Ah, entonces eran amigos. El mundo es un pañuelo. Y yo que pretendía presentarlos.

Bueno, amigos, lo que se dice amigos. Mejor dejémoslo en que fuimos compañeros de trabajo durante algunos años.

¿Compañeros?

Es una forma de decir, José. No le busque la quinta pata al gato.

No se trata de gatos, se trata de ser preciso en la información que brindamos: el señor fue mi jefe, doctora.

Efectivamente. Y tengo muy lindos recuerdos de esa época.

Yo no.

No entiendo, caballeros.

Es muy fácil, doctora, el señor acá presente, desde su poder, me obligó a jubilarme antes de lo que yo hubiera deseado.

Hay que darle paso a la juventud, José Antonio. Tendría que estar contento, ahora cuenta con más tiempo para usted; puede dormir hasta tarde, viajar por el mundo, hacer lo que quiera. Disfrute de la vida. Olvídense de los rencores.

¿Viajar? ¿Hacer lo que quiera? ¿Disfrutar de la vida? ¿Debería suponer, acaso, que un hombre tan informado como usted ignora por completo lo que cobra por mes un periodista jubilado?

El dinero no lo es todo, José. Hay cosas bastante más importantes.

¿Cuáles?

La salud, la familia.

No se haga el estúpido, Gastón, que de estúpido no tiene nada. Sabe perfectamente que nunca me sobró salud, que María del Carmen, mi mujer, murió hace años y que, lamentablemente, por más que lo intentamos, nunca pudimos tener hijos.

Disculpe, no me acordaba, he tenido tantos empleados.

¿Ve?, ahora me parece que empezamos a entendernos mejor, empleado resulta bastante más preciso que compañero.

El mundo es un pañuelo, caballeros. Un pañuelo de lo más entretenido, me da la impresión. Jamás imaginé que pudiesen conocerse. Recién ahora entiendo el esfuerzo y la paciencia que ha puesto el señor en averiguar lo que sucedió con el anciano Fernández y sus palomas. Recién ahora.

¿Perdón?

¿Perdón qué?

No alcanzo a comprender del todo bien en qué puede importarle a usted el horrible accidente en el que me vi involucrado hace unos días.

Y, nunca se sabe. ¿Quién le dice? Por ahí me importa. O por ahí no. Qué sé yo. Ahora mismo

no sabría responderle.

Pero si siempre fue un negado para las investigaciones. Recuerdo que su incapacidad en esa materia fue una de las razones fundamentales que me motivaron a pedirle que por favor apurara el tema de su jubilación.

Ah, entonces no era tan cierto que me había empujado a hacerlo para que yo fuera más feliz y viajara por el mundo y durmiera hasta más tarde. Mire cómo van apareciendo de a una las verdades, cuando uno por fin se decide a investigar.

Eso podría haberlo descubierto bastante antes. Por ejemplo, y sin ir más lejos, si hubiera desarrollado correctamente su trabajo en el diario.

Nunca es demasiado tarde para aprender.

No creo que sea su caso. Lo conozco muy bien, José Antonio. No se olvide que lo sufrí como empleado durante años.

Sufrir, sufrimos todos. De todas maneras, se me ocurre que aquí el más sufrido fue el pobre señor Fernández, el occiso. Tiene que haber sufrido un montón, pobre, y ahora, encima, desgraciadamente ya no puede defenderse.

No tengo la menor intención de hablar con usted acerca del asunto.

Como quiera.

Buenas noches, doctora.

¿Ya se retira?

Lo siento, con la charla se me había olvidado, pero tengo que revisar unos papeles de manera urgente.

Qué lástima, estaba tan linda la noche para seguir conversando.

Tendrá que ser en otra oportunidad.

Fernández y Fernández Fernández

No ha cambiado en nada, este tipo. Sigue siendo el mismo cobarde y el mismo soberbio de siempre.

Y, sí. Tengo que reconocerle que huyó de un modo bastante cobarde apenas apareció en la conversación el tema del accidente.

No importa. Igual voy a seguir indagando. Hay cosas que todavía no me cierran. Por ejemplo, ¿acaso usted, doctora, hace un momento, no había afirmado que la ex pareja del encargado había entrado con su coche al garaje y no le quedaba otra alternativa que pasar frente a nosotros? Me encantaría conocerlo y hacerle unas cuantas preguntas.

Ay, mi querido, también usted, a veces. No quiero decir que sea un negado, como de manera artera sugirió Gastón hace algunos instantes, pero, la verdad, en algunas oportunidades su absoluta incapacidad para descubrir hasta lo más evidente llama la atención.

No entiendo.

De eso, precisamente, es de lo que le estoy hablando.

¿Podría intentar aclararse, doctora?

Como usted diga. Ahí va. El ex novio del portero no es otro que su ex jefe, el señor Gastón Fernández.

No lo puedo creer.

Créalo, caballero.

¿Gastón es homosexual?

¿Y a usted qué le parece?

Esto lo tendrían que saber mis ex compañeros. Es más, mañana mismo me encargo de que se enteren. Usted porque no sabe, doctora, pero este tipo lo disimula muy bien en el diario. Hasta tiene cierta fama de donjuán, de solterón empedernido.

Me da risa, usted. Usted y todos sus compañeros. Como para que después la gente no se queje del periodismo; ni siquiera pueden averiguar una cosa tan evidente.

Usted porque lo conoce de acá, del edificio. Pero le aseguro que el hombre es un gran simulador. Nunca lo sospeché. Ni nadie. La sorpresa que se van a llevar mañana temprano cuando les cuente.

Gastón vive en el noveno piso, en el último. Desde hace por lo menos diez años. Mire si le conoceré las andanzas, caballero. Más homosexual no puede ser. Si hasta el portero parece un hombre normal al lado de lo que es él.

Me resulta increíble.

Increíbles son usted y sus compañeritos.

No, no, no. Usted no tiene ni idea, doctora, de lo que van a ser, mañana, los comentarios en los pasillos de la redacción.

Se lo nota contento.

Feliz, doctora. Creo que feliz es la palabra más adecuada para describir cómo me siento. Sólo por este último dato, ya valió la pena el esfuerzo de haberme acercado hasta acá.

Me alegre.

¿Entonces Gastón vive en el noveno?

Efectivamente. Tiene el mejor piso del edificio. Una terraza enorme, repleta de plantas, y se ha construido hasta una pileta.

Con razón.

¿Con razón qué?

Siempre estaba bronceado.

Bueno, también existen las camas solares y algunos cosméticos que ayudan.

No lo puedo creer.

Eso ya lo había dicho. Por ahí podríamos intentar avanzar hacia algún otro asunto.

Disculpe, no alcanzo a salir del asombro que me causó enterarme de la verdadera condición sexual de mi ex jefe.

¿Usted no oye gritos?

Sí, sí. Algo oigo, a lo lejos. Es como si estuvieran discutiendo.

No tan lejos, caballero, los gritos provienen de dentro del edificio.

No estaría tan seguro.

¿También es sordo?

No, no. Creo que no.

Tendría que hacerse revisar por algún especialista.

Sí, sí. Tiene razón. Los gritos vienen desde adentro del edificio.

Y sospecho que sé perfectamente quiénes son las personas que están discutiendo.

¿Uno de ellos no es el portero?

Y el otro, Gastón.

Fernández, Fernández Fernández y Fernández

Doctora, periodista, Gastón acaba de invitarnos, amablemente, a que sigamos conversando en su departamento.

Ah, entonces era eso acerca de lo que discutían con tanto entusiasmo.

Nadie discutió nada, doctora.

No sé. Hace un momento me pareció oír unos gritos y pensé que eran ustedes. Pero no, por supuesto, debo haberme confundido.

No sería raro.

¿Sabe una cosa, encargado? A mí también me pareció lo mismo que a la doctora.

Lindo sería que usted no se equivocara, periodista.

¿Usted también está invitado, portero?

Sí, claro.

No, como dijo hace un rato que era muy tarde y tenía que dormir para poder madrugar.

Haré un esfuerzo.

No me gustaría, mañana por la mañana, encontrarme con toda la vereda sucia.

No se preocupe, doctorcita, para la hora a la que usted acostumbra a despertarse, yo ya tuve tiempo suficiente como para baldear la vereda por lo menos un par de veces.

Espero que así sea. Si no, tendré que presentar una queja formal en la administración.

Al joven y simpático señor administrador, querrá decir.

A quien corresponda.

Si quiere, no la limpio nada y entonces usted tiene una buena excusa para volver a acercarse al fulano. Para eso estamos los amigos.

Usted no es mi amigo, no se equivoque.

Lo que usted diga, sólo quería ayudar.

¿Así que su ex pareja era Gastón?

Periodista, qué preguntita.

No le veo nada de malo.

Disculpe, pero nadie le pidió su opinión, doctora. El señor es lo suficientemente mayor como para no necesitar de su ayuda, para opinar por sí mismo quiero decir.

No se haga el gracioso, Fernández. Le he aguantado sus desplantes a lo largo de todo el día. Ya está bien. De repente, se aparece por acá con la intención de invitarme a conversar en el departamento de Gastón y, dos minutos más tarde, se hace el vivo y no quiere contestarme una simple pregunta. Si cree que no debo meterme en su vida privada, quizás esté de más mi visita al noveno piso. Dígale a Gastón, entonces, que lo lamento, que tendrá que ser en otra oportunidad.

Bien, caballero. Muy bien dicho. Me gusta su renovada actitud.

Gracias, doctora.

Por favor, dígame María Esther.

Cómo no. Y usted, si lo desea, llámeme José Antonio.

Qué lindo ver que la gente se quiere.

Lindo, es verdad. Lástima que a usted nadie lo quiera. Debe ser terrible tanta soledad.

Sí, debe ser feo.

No sé, que lo dejen de un día para el otro y que, encima, aquel que lo ha dejado, lo obligue a los gritos a invitar gente a su casa.

Nadie me obligó.

No sé. Además, claro, de tener que subir dentro de un rato, con la cola entre las patas, y explicar que uno de los invitados se negó a aceptar dicha invitación porque no supo manejar correctamente la situación. No me gustaría estar en su pellejo, Fernández.

¿Sabe que lo prefería antes, periodista? Me gustaba más cuando se hacía el tonto. Deben ser las malas compañías.

Ya es suficiente, portero. Lo más conveniente sería que se retirara y nos dejara de molestar. Todavía nos quedan muchísimas cosas de que hablar con José Antonio.

Por favor, Fernández. Si no contesta a mi pregunta, no tiene sentido que insista en quedarse. No nos moleste más.

Sí, periodista, sí: Gastón era mi pareja.

Muy bien, ahora, de repente, da la impresión de que nos empezamos a entender bastante mejor.

Es verdad, se nota que las convicciones del señor portero no son tan profundas como parecían. No sé. Por ahí tiene algún temor de llegar al noveno piso con las manos vacías.

Yo no le tengo miedo a nadie.

Seguro, ¿a quién se le ocurre? Miedo, un hombre tan hombre como usted. Justo. Lo que faltaba. Yo sólo hablé de un cierto temor, quizá me malinterpretó o escuchó mal. A veces pasa. Sobre todo cuando uno está nervioso.

Tampoco estoy nervioso.

Qué suerte, mejor así. Me pone contenta. Por un momento se me ocurrió pensar que el motivo de la discusión que oímos sin querer podía ser la cantidad de información que usted, gratuitamente, le había dado a nuestro amigo José Antonio. Que Gastón se había enojado por su incontinencia verbal, quiero decir.

Qué casualidad, ¿sabe que yo también pensé lo mismo, María Esther?

Lo lamento, pero se equivocaron. Ni siquiera hubo una discusión entre nosotros. Sólo se trató de un intercambio de pareceres.

Por supuesto, disculpe.

Sí, sí, claro, yo también le pido mil disculpas, ¿a quién se le ocurre?

Entonces, si ya hemos aclarado todo lo que teníamos que aclarar, me encantaría que me acompañaran al noveno, Gastón nos está esperando.

¿Está apurado, portero?

No, no estoy apurado, doctora. Pero tampoco se trata de hacer esperar a la gente así porque sí. Es una cuestión de educación.

Educación. Una gran palabra.

Una gran ausente en este individuo.

Ah, no. Ahora lo único que falta es que me den un sermón al respecto.

Creo que no le vendría nada mal. No sé qué opina usted, José Antonio.

Estoy de acuerdo, María Esther. Un buen sermón no le vendría nada mal al muchacho.

Bueno, eso de muchacho corre por su cuenta.

Si no lo toman a mal, podemos seguir charlando de este tema o de cualquier otro que se les ocurra mientras subimos en el ascensor.

Sí, evidentemente, está apurado. No lo hagamos esperar más, José Antonio; pobre, me da lástima, a ver si todavía se le ocurre largarse a llorar o hacernos alguna escena acá en la calle.

Una cosa más y vamos.

Diga.

¿Puede ser, por una de esas casualidades, que el quiebre de su relación sentimental con Gastón se haya producido a raíz del lamentable accidente que terminó con la vida del viejo Fernández?

Las rupturas de pareja no provienen de accidentes, periodista. Resulta extraño que no lo sepa, según me contó estuvo casado un montón de años. Las rupturas amorosas llegan por una cantidad infinita de cosas que se van acumulando, casi sin darnos cuenta, con el transcurso del tiempo. Y de paso le recuerdo, por enésima vez, que no creo en las casualidades.

Es cierto. Aunque también es cierto que, muchas veces, por culpa de todo eso que se ha ido acumulando en el tiempo, las rupturas se producen por una tontería insignificante. Ante un accidente automovilístico, por ejemplo.

Este no es el caso, periodista.

Sin embargo, si mi memoria no me falla, fue justo en esos días.

Disculpe, pero a su edad la memoria falla más de lo que acierta, doctora.

No sea bruto, no se trata así a una dama.

¿Una dama? ¿Una dama? Hace bastante que no veo a una dama acá en el barrio. Creo que la última que vi fue la señora Marta. Pobre, la señora Marta. Ojalá Dios la tenga en su gloria.

Sospecho que le vamos a tener que dar el sermón educativo nomás.

Sí, creo que sí.

Por favor, ¿qué les parece si entramos? Se está haciendo muy tarde y la calle, por estos días, no está muy segura que digamos. Les prometo que en el ascensor los escucho con suma atención.

¿Usted qué opina, José Antonio?

Vamos, María Esther. No le voy a negar que me intriga sobremanera conocer lo que Gastón se trae entre manos con esta invitación.

Y a mí. Debe ser algo muy importante lo que desea conversar con nosotros; de otro modo, seguiría revisando esos papeles que tenía que revisar con tanta urgencia. ¿Tiene alguna idea al respecto, usted, portero?

No, no tengo ninguna idea, doctora. Pero, por favor, pase usted primero.

Gracias.

Y usted, periodista.

Muy amable.

Vamos por el ascensor principal.

No se me ocurriría ir por el de servicio. Usted porque está acostumbrado.

No tiene nada de malo.

¿No baja usted las bolsas de residuos por ahí? Debe ser un asco. Hace años que no lo utilizo. Creo que ni llave tengo.

Está perfectamente aseado. Como todo el edificio, por otra parte.

Pero el olor; algo de olor siempre debe quedar. Eso no me lo puede negar.

Adelante.

Gracias.

Y usted.

Muchas gracias. ¿Vamos al noveno, entonces?

Al noveno, periodista. Salvo que ustedes prefieran quedarse un rato en el quinto; se los ve tan bien juntos. Tan entusiasmados. Por ahí quieren hacer una parada previa.

¿No se cansa de ser tan maleducado, portero?

No, no soy maleducado. Trato a la gente como se lo merece nomás.

Es un desvergonzado.

Realmente.

Lo siento. De todos modos, creo que se perdieron la oportunidad de darme ese sermón con el que venían amagando. Ya llegamos. Adelante, pasen ustedes primero.

Fernández, Fernández Fernández, Fernández y Fernández

Buenas noches, los estaba esperando. Pasen, pasen, por favor. Me alegro de que hayan aceptado la invitación.

Tampoco exagere, Gastón.

No exagero, doctora. Es un verdadero honor tener a una persona como usted en mi humilde hogar. Y también a una persona como José Antonio, por supuesto. Está de más decirlo.

No, no creo que esté de más decirlo. ¿Por qué sería un honor tenerme de invitado a mí? Un tipo tan mediocre. Un verdadero negado para el periodismo, según sus propias palabras. ¿Cambió algo en el mundo durante estos últimos minutos y yo no me enteré?

José Antonio, por favor. Si le dije lo que le dije, ahí abajo, fue sólo porque me molestó sobremanera su intención de hurgar en el desgraciado accidente en el cual me vi involucrado hace unos días. Fue por eso, se lo aseguro. Nada más que por eso. Usted sabe perfectamente que siempre lo consideraré.

Siempre me consideró un mediocre.

Les ruego tomen asiento. Y que dejemos, en lo posible, los rencores a un lado. Demos vuelta la página. Es una bonita noche, no la echemos a perder con cuestiones del pasado. Usted también, Raúl, no se quede ahí parado.

¿Usted? ¿Me trataste de usted a mí?

Bueno, me pareció que, dadas las circunstancias, era más conveniente si nos tratábamos todos con cierto respeto, con cierta distancia. Incluso entre nosotros dos, que nos conocemos un poco más.

¿Un poco más? ¿Sólo nos conocemos un poco más?

Escándalos no, Raúl. Por favor. No delante de nuestros distinguidos invitados.

Ay, los invitados, los invitados. Mirá cómo tiemblo. La más bruja del edificio y el peor de tus ex empleados. Muy distinguidos, sí. ¿Cómo no los vamos a tratar con el respeto que se merecen semejantes invitados? ¿A quién se le podría ocurrir? Un lujo de personalidades, la verdad.

Raúl.

Definitivamente, no estoy a la altura.

Nadie dijo eso, Raúl.

Pero me seguí llamando Raúl. ¿Cuándo me llamaste por mi nombre? ¿Cuándo?

Nunca estuvimos juntos con otra gente. Es la primera vez que tenemos la suerte de compartir una velada con otras personas.

Es verdad, lo nuestro siempre fue en secreto; todo en secreto, escondido, oculto dentro de estas cuatro paredes. Nunca me llevaste a ningún lado. Ni a pasear a la plaza fuimos nunca juntos. A un perro lo hubieras sacado más. ¿Acaso te doy vergüenza? Por supuesto. Seguro que te doy vergüenza. Si apenas soy un triste encargado de edificio. Un portero, como le gusta repetir a la doctorcita aquí presente.

No, no me das vergüenza.

Sí, claro que te doy vergüenza.

No, de ninguna manera. Y lo sabés perfectamente. Aunque, ahora mismo, me da la impresión de que este no es el mejor momento para que discutamos de cuestiones tan íntimas.

No es el mejor momento, no es el mejor momento. Hace días que estoy esperando que te dignes a hablar conmigo. Pero nada. El tipo pasa frente a mi puerta y no golpea, sigue de largo, calladito. Ni siquiera respira para no levantar la perdiz. Hasta me parece que pasa en puntas de pie para no hacer ruido. Como si nunca me hubiera conocido. Noche tras noche. Y ahora, encima, Raúl de acá y Raúl de allá. Es demasiado para mí. Creo que prefiero retirarme.

No te vayas.

Sí. Me voy.

Te necesito acá conmigo.

¿Me necesitás?

Sí, te necesito.

Qué lindo resulta escuchar que me necesitás. Debe ser la primera vez que me lo decís. Y es lindo porque yo también te necesito. Un montón. ¿Qué te pensás? Por eso mismo es que me da tanta rabia que hayas desaparecido de la manera cobarde en que lo hiciste. Eso no se hace. No, señor. ¿Sabés lo que me dolió cada una de estas noches de soledad? Lo largas que fueron. Lo amargas.

Yo también te extrañé.

¿De verdad? No me estarás mintiendo, ¿no? Vos con tal de conseguir algo sos capaz de cualquier cosa, te conozco.

Me moría de ganas de verte.

Juralo.

Lo juro.

Mejor es que no me mientas, no te aproveches. No sabés la escenita que te puedo armar justo enfrente de estos dos.

No me aprovecho, no seas tonto.

Decime Bobi, como me decías antes, y te perdono en este mismo momento.

Bobi.

Estás perdonado, Rulo.

Qué hermoso. La verdad es que me emocionaron. No sé cómo lo vivió usted, José Antonio, pero a mí me conmovieron profundamente. Hasta las lágrimas, casi. Es tan bonito asistir así, en vivo y en directo, a la reconciliación de una pareja desavenida. Convengamos en que es algo que no se da todos los días.

Sí, sí. Fue increíble, María Esther. No sabe lo contentos que se van a poner mañana mis ex compañeros del diario cuando les cuente. Lo de Rulo, sobre todo, me encantó.

Eso fue muy ocurrente, es cierto. Lo de Bobi, en cambio, no me pareció ningún hallazgo. Resulta una obviedad, tratándose del portero. Pero, bueno, como dicen por ahí, el amor además de ciego es también sordo y mudo.

Sordo y mudo no sé, pero es completamente ciego en este caso.

No tienen por qué burlarse. Que Gastón sea pelado no tiene nada que ver. Es Rulo porque a mí se me antojó que fuera Rulo apenas lo conocí. Y punto.

No entiendo por qué lo toma a mal. Realmente, se le dan muy bien los sobrenombres, portero.

Si se anima, doctora, le cuento todos y cada uno de los que se me han ido ocurriendo para usted a lo largo de estos años. Hay algunos que son verdaderamente muy simpáticos.

No, no. De ninguna manera. Le aseguro que no me interesa en absoluto conocerlos. Para muestra creo que alcanza con un botón.

Por favor, señores, se están comportando como chicos.

¿Le parece, jefe? ¿O debería llamarlo Rulo? No sé. Como usted prefiera. Yo no tengo

problemas, de verdad.

No se haga el tonto, José Antonio. No le queda nada bien.

Te juro que no se hace el tonto, Rulo. Estuve casi todo el día charlando con él y puedo asegurarte que no se hace, que lo es. Un perfecto salame resultó nuestro común amigo.

Mire quién lo dice. Justamente, el señor Bobi. ¿Usted qué piensa al respecto, María Esther? ¿Por qué razón, a una persona cualquiera, se le antojaría ponerle de sobrenombre Bobi a otra persona cualquiera con la que convive amorosamente?

Por su extrema capacidad intelectual, desde luego. ¿A quién se le ocurriría pensar en otra cosa?

Bueno, bueno. Creo que ya está bien. Dejémonos de burlas. Relajémonos un poco. ¿Qué desean tomar? ¿Un café, una copa de vino, un whisky?

Para mí, un whisky.

También para mí.

Parece que se armó la fiesta nomás. Qué bien, cuánto me alegro. En realidad, de la doctora no me extraña en lo más mínimo, conozco sus costumbres, pero de usted, periodista. Se ve que es cierto aquello de que el viento los amontona.

Andá a servir los whiskies para nuestros invitados, mejor. No seas chiquilín. Y haceme uno para mí también.

¿Pero quién soy yo? ¿La mucamita de la casa? Que sea el encargado del edificio no significa que sea un esclavo. A ver si se entiende: mis funciones terminaron en el instante mismo en el que ingresé por esa puerta. Acá soy un invitado más. Igual que cualquiera. Si quieren whisky, prepárenselo ustedes mismos. Lo único que me faltaba.

Para mí no sos un invitado más. Creí que lo sabías y por eso te pedí que me dieras una mano con los invitados. Pero no importa, los preparo yo, no te hagas problema. ¿Vos querés tomar algo?

Cómo sos, Rulo.

No sé. ¿Cómo soy?

Un divino. Sos un divino. A ver, entonces, damas y caballeros, ¿el whisky lo quieren solo, con hielo, con agua, con soda?

Para mí con hielo, portero.

Igual para mí.

Vos no necesitás decirme, lo sé de memoria.

Gracias, Bobi.

Lo que no sé, claro, es si todavía tenés soda. Como hace unos cuantos días que no te compro, por ahí se te acabó. Con esa cabeza que tenés, por ahí te olvidaste de ir al supermercado.

Queda, queda.

Lo único que les pido encarecidamente es que no se apuren a comenzar con la charla. En un segundo estoy de vuelta. Por favor. Les prometo que no tardo más que un segundo. Por nada del mundo quisiera perderme una sola palabra de lo que digan.

Te esperamos, andá tranquilo.

Entonces, damas y caballeros, si me disculpan, voy ya mismo hasta la cocina a prepararles sus respectivas bebidas.

¿Quién lo hubiera dicho, señor jefe? Me imagino la cara que van a poner los muchachos en la redacción cuando les cuente acerca de su vida amorosa. No me lo van a poder creer. Sobre todo las chicas, que siempre lo andan rondando.

No entiendo que haya ninguna razón por la que deberían enterarse, José Antonio.

Y yo, si usted me permite, no veo ninguna razón por la cual no deberían hacerlo. Es más,

sospecho que van a estar muy interesados y muy agradecidos por la información.

Se trata de mi vida privada. A nadie le importa lo que hace cada uno dentro de las cuatro paredes de su propia casa. Yo tampoco ando preguntando lo que hacen los demás una vez que terminan con su trabajo y se retiran del diario.

Lo felicito por su hombría de bien. De verdad, Gastón. Sin embargo, lo que me hace un poco de ruido en todo este asunto es que, siendo tan defensor de la privacidad como acaba de argumentar, pueda estar en pareja con alguien como el portero.

No la comprendo, doctora.

No me parece que lo que esté diciendo sea tan difícil de comprender: si usted fuera así como dice que es, ¿por qué motivo justo se fue a buscar a la persona más chusma y más artera que he conocido a lo largo de toda mi vida?

Raúl no es esa clase de persona que usted afirma que es. De ningún modo. Muy por el contrario, es un ser humano encantador, sensible, inteligente y solidario que realiza su trabajo de manera absolutamente responsable. Se equivoca, doctora. Raúl no es de aquellos que llevan y traen. Le puedo asegurar que jamás me ha venido con un cuento.

¿Jamás?

Jamás.

Esto es demasiado. Discúlpeme, señor jefe, quizá me meta adonde no me llamaron, pero esto es demasiado. Puedo estar de acuerdo en lo de sensible. Hasta ahí, sí. Alguna vez, durante la extensa charla que mantuvimos durante el día de hoy, hasta se le cayeron algunas lágrimas. Sin embargo, después de haber dialogado algunas horas con su novio o con su pareja, no sé muy bien cómo llamarlo, no me puede venir con el cuento de que su novio o su pareja o lo que sea es un bebé de pecho. A lo largo del día, le confieso que no ha hecho otra cosa que hablarme mal, muy mal, de cada uno de los habitantes del edificio.

Y yo le aseguro, José Antonio, que conmigo nunca se ha comportado de esa forma. Puede creerlo o puede no creerlo, está en todo su derecho, pero esa es mi verdad al respecto.

Gracias, Rulito mío. Sos divino. Te escuché. Aunque, claro, también los tuve que escuchar a estos otros dos desgraciados.

¿Ahora lo ve, Gastón? ¿O acaso no se da cuenta? Si su novio no fuera un enfermo de los chismes, ¿qué necesidad tenía de andar escuchando, seguramente agazapado, detrás de alguna de las puertas?

No me quedó más remedio, doctorcita, tampoco es que la cocina quede a veinte kilómetros de acá. Es ahí, fíjese, ahí nomás.

Estoy segura de que igual hubiera pasado si la cocina quedaba en el edificio de al lado o en Sierra de la Quijada.

No, no hubiera pasado lo mismo. De cualquier manera, la verdad sea dicha, muy poco me importa lo que usted, doctora, piense sobre mi conducta. Me tiene completamente sin cuidado. Sírvase su whisky, emborráchese como acostumbra a hacerlo todas las noches y listo, tengamos la fiesta en paz.

¿Gastón?

Sí, dígame, doctora.

Me gustaría que diera su parecer respecto de lo que acaba de decir su noviecito. Como afirmé muy suelto de cuerpo, hace unos instantes, que el portero era poco menos que un santo y que jamás en la vida lo había escuchado hablar mal de nadie.

Doctora, doctora.

De doctora, nada. Sea hombre, por una vez en la vida, y respóndame.

Está bien, si insiste tanto, le respondo. Aunque no sé si mi respuesta le va a agradar.

Pruebe, lo escucho.

Según mi leal saber y entender, el chisme es una habladuría que realiza una persona determinada, sobre otra persona cualquiera, a un tercero. Quiero decir que la condición imprescindible para que se produzca el chisme es que la persona involucrada en la habladuría no esté presente. Y, hasta donde yo sé, Raúl se ha referido a usted y usted está aquí sentada junto a nosotros, muy presente, y me da la impresión de que puede defenderse perfectamente.

Pero me llamó alcohólica.

Ni siquiera se trata de una afrenta, doctora, el alcoholismo es una enfermedad.

¿Como la homosexualidad?

No, no. No es lo mismo. Y usted lo sabe, doctora, no se haga la retrógrada. La homosexualidad es una opción sexual que los seres humanos tomamos libremente, de ninguna manera es una enfermedad.

No toda la gente opina lo mismo.

Por favor, doctora.

A mí me parece que María Esther tiene razón, que no toda la gente opina lo mismo. Por eso, mañana mismo, bien temprano, me voy a ir a dar una vueltita por la redacción del diario a ver qué es lo que opinan del tema los muchachos y las chicas.

Y a mí me parece que ustedes, me refiero a los tres, no dejo a ninguno afuera, están muy ofuscados, muy alterados, muy nerviosos y, sobre todo, extremadamente sensibles. Tendrían que hacer un esfuerzo e intentar apaciguarse. Se me ocurre que esa sería la única manera en que podríamos, realmente, empezar a conversar acerca de los temas que nos interesan.

¿Hay, realmente, algún tema que nos interese a los cuatro, caballero? No sé. No lo creo. ¿No sería más correcto, quizás, afirmar que hay algún tema que le interesa a usted en particular?

No, doctora, no se trata de un interés particular. Estoy convencido de que hay un tema que nos interesa a los cuatro por igual.

Si me lo puede informar, yo estaría encantada de enterarme; la verdad es que no me queda muy en claro de qué tema interesante para los cuatro deberíamos estar hablando ahora mismo.

De las palomas, por supuesto.

¿De las palomas?

Sí, doctora, de las palomas. De qué otra cosa, acaso, han estado conversando ustedes tres durante todo el bendito día.

No sé, puesto así, el tema no me cierra. Reconozco que la proliferación constante de palomas, a lo largo y a lo ancho de la ciudad, ha pasado de ser una molestia a convertirse en un grave problema sanitario para sus habitantes. No soy tan necio. No lo voy a negar. Sin embargo, lo que en realidad me trajo hasta acá hoy no fue mi interés por este extraño fenómeno de sobrepoblación zoológica, sino una noticia de la que me enteré involuntariamente esta misma mañana gracias al papel de diario en el que venía envuelta la media docena de huevos que se me antojó comprar en un supermercado chino que hay casi enfrente de mi departamento. Una noticia que lo involucraba a usted, señor jefe.

José Antonio, déjese de señor jefe, ya no soy su jefe, llámeme Gastón, por favor.

Gastón.

Insisto en que el tema son las palomas.

No, no. No se equivoque. El tema es usted y si, en verdad, el accidente en el que se vio involucrado fue realmente un accidente.

Lo siento, José Antonio, pero no estoy de acuerdo. Usted se está refiriendo a la consecuencia

del problema: el accidente del que desgraciadamente fui partícipe involuntario; la causa primordial, no tengo ninguna duda al respecto, son las palomas. O, para ser todavía más exacto, la asquerosa y excesiva cantidad de palomas que pululan a lo largo y a lo ancho de toda la ciudad.

Yo estoy de acuerdo con mi Rulo. Completamente de acuerdo, desde los pies hasta la cabeza. Hay que estar, todas las mañanas, baldeando la vereda con tanto animal asqueroso suelto por ahí.

Gracias, Bobi.

No me extraña.

Disculpe, doctora, pero ¿qué sería lo que no le extraña?

Que ustedes dos cierren filas, como soldaditos disciplinados, en una cuestión que los compromete tan seriamente a ambos.

Ninguna situación nos compromete. Se trató de un lamentable accidente.

Sí, claro.

Hay dos testigos que así lo avalan.

Dos testigos intachables: el sobrino de la señora Marta y el portero acá presente. No me venga con zonceras, Gastón, llevo muchos años de jueza. Lo del accidente hágaselo creer a otra, no a mí. Aunque no me correspondía, me tomé el trabajo de pedir su declaración policial y leerla.

Perdón, pero ¿acaso usted es la misma persona que hace un rato nomás se llenaba esa boca carmesí inflada que tiene diciéndome chusma a mí?

No se trata de un chisme, portero, no sea necio. Se trata del fuerte compromiso cívico de una vecina, en este caso yo misma, que está sumamente preocupada por lo que, en los últimos tiempos, acontece en los alrededores del edificio donde habita.

Por favor, doctorcita, no me haga reír.

Créame que no es en absoluto mi intención hacerlo reír a usted.

No me parece nada bien que una jueza que no tiene absolutamente ninguna jurisdicción en el asunto lea la declaración que realiza un ciudadano cualquiera en sede policial. No sé. Hasta podríamos estar hablando de un delito, ¿no le parece?

Lo que me parece, Gastón, si me disculpa, es que estaríamos hablando de un delito bastante menor al homicidio.

Pero un delito, al fin y al cabo.

Los que trabajamos en tribunales tenemos nuestros contactos. Vio cómo son esas cosas, supongo que en el ambiente periodístico ocurrirá lo mismo. Son años. Y cuando no conocemos al comisario de la seccional en donde se tomó la declaración, conocemos al juez que lleva la causa que nos interesa.

En cualquiera de los dos casos, no sé de cuál se trata en esta ocasión, el hecho es el mismo: usted hizo lo que no debía hacer.

Soy amiga del juez.

¿También se acostó con él?

Qué barbaridad. Mídase un poco. No voy a tolerar que delante de mí le vuelva a faltar el respeto a la señora María Esther.

Calmate, Bobi. Tiene razón José Antonio.

No me retes. No seas así, Rulo. No delante de todos. ¿Acaso no la escuchaste? Te quiere mandar a la cárcel, la muy prostituta.

¿Qué hace?

Tranquilo, José Antonio.

Déjelo.

No se ponga así.

Se lo había advertido.

¿Pero viste lo que quiso hacer, Rulo? ¿Lo viste?

Sí, lo vi.

Me quiso pegar. El muy bruto de tu mediocre ex empleado me quiso pegar.

Por favor, José Antonio. Compórtese. Está en mi casa. Guarde las formas o le voy a tener que pedir que se retire.

Bien dicho, Rulo. Muy bien dicho.

Es verdad que estamos en su casa, pero así como ahora le pide a nuestro amigo periodista que se calme, bastante antes y con la misma enjundia debería haberle puesto algún freno a su noviecito el portero. No debería permitir que me injurie cada vez que se le ocurre. Soy una dama y nadie debería faltarme el respeto. José Antonio no ha hecho otra cosa que poner las cosas en su lugar. Como buen caballero que es.

Bla, bla, bla.

Basta, Bobi. Tiene razón la doctora. Te estás pasando.

¿Le das la razón a ella?

En este caso puntual, sí.

Entonces me voy, arreglátelas solo.

Me parece bien. Andate nomás. Si no podés comportarte con educación, mejor es que no te quedes a molestar.

¿Me estás echando?

No, no te estoy echando. El que dijo que se iba fuiste vos.

Entonces no me voy nada. Ahora me quedo. A mí nadie me va a echar de esta casa ni de ningún otro lado. Y mucho menos vos, Rulito.

Como quieras. Pero, si te quedás, por favor guardá las formas.

Voy a hacer y a decir lo que se me antoje. Como lo he hecho toda mi vida.

No. No vas a hacer ni a decir lo que se te antoje. A partir de este preciso momento te vas a portar bien. A ver si lo entendés: no vamos a ganar absolutamente nada con tus descalificaciones. Y creeme, Bobi, que podemos perder mucho.

¿Perdón? ¿Escuché mal, Gastón, o usted acaba de afirmar que pueden perder mucho?

Fue una forma de decir, doctora.

Una forma de decir muy elocuente, me parece.

¿Puedo hablar?

Por supuesto, José Antonio.

Gracias. La verdad es que hay algo que no me cierra. Usted nos invitó a que viniésemos a su departamento. Deseaba, aparentemente, conversar con nosotros acerca de algún asunto que le interesaba.

Así es, ya les expliqué que quería charlar sobre el tema de las palomas.

Muy bien. Hasta ahí lo entiendo. Lo que no alcanzo a comprender del todo bien, señor jefe, es que a partir de cualquier contratiempo que pueda darse entre nosotros, usted, rápidamente, se arroge el derecho de propiedad del lugar en el que nos hemos reunido, a fin de poner el orden que le interesa poner.

Le pedí que me llamara Gastón.

Gastón.

Me parece bastante lógico, José Antonio. Se trata de mi departamento, tampoco puedo permitir que ustedes se comporten como bestias o hagan lo que se les ocurra.

Entonces, prefiero retirarme. La verdad es que estoy un poco cansado del maltrato al que me

veo sometido. Y, por otra parte, no encuentro ninguna ventaja en quedarme, ya sé bastante más de lo que vine a buscar. Creo que me alcanza con sólo imaginar las caras que pondrán mañana, cuando les cuente algunas cosas, mis ex compañeros de redacción.

Quédese, José Antonio.

Soy hombre de una sola palabra.

Por favor.

Buenas noches.

Entonces lo acompaño hasta abajo, la puerta del edificio está cerrada con llave por cuestiones de seguridad.

Como quiera.

¿Está seguro de que no quiere quedarse un rato más? Me gusta su compañía. Y, además, dejarme sola con estos dos.

Lo siento, doctora, ha sido un verdadero honor conocerla, pero mi paciencia tiene un límite.

Lo acompaño, entonces.

Si es tan amable.

¿Quieres que lo acompañe yo, Rulo? Si lo tuve que aguantar durante todo el día, no creo que me vaya a hacer nada aguantarlo un rato más.

¿Se da cuenta de por qué me voy?

Vamos, lo acompaño.

Fernández y Fernández

Primero usted, José Antonio.

Gracias, jefe.

Disculpe por lo que le dije cuando me lo encontré ahí abajo, en la calle. Póngase en mi lugar, estaba nervioso. Imagínese.

No, no puedo ponerme en su lugar. Ni tampoco puedo imaginarme nada. Nunca me gustaron los ascensores. En este momento, lo único que puedo hacer, se lo juro, es contar cuántos pisos faltan para que llegemos abajo.

Ya falta menos. Aunque, si prefiere, lo detengo acá y seguimos por la escalera.

No, no.

Como usted prefiera.

No me haga caso, ya casi llegamos.

Me gusta su valentía. Siempre me gustó.

No es valentía, jefe. Es la costumbre de no molestar nomás.

Llegamos. Pase usted.

Gracias. Otra vez gracias, jefe. Necesitaba salir.

Llámemme Gastón, se lo ruego. Basta con eso de jefe o de señor jefe, me pone muy incómodo.

Gastón.

Aunque. Me quedé pensando. ¿Sabe que la jefatura de la sección de policiales está vacante?

No, no lo sabía.

Claro que, por ahí, usted. No, mejor no. Con lo tranquilo que debe estar así como está, sin horarios, sin nadie que lo mande.

Ya le expliqué que ser periodista jubilado no está tan bien. Usted tiene una idea un tanto equivocada de lo que es la jubilación. Le juro que la plata no alcanza para nada. Ni siquiera para estar tranquilo.

Es cierto. Ahora recuerdo que hace un rato me lo comentó. Tengo tantas cosas en la cabeza.

Me imagino.

Espere que busco las llaves.

No tengo ningún apuro. Sólo me quise ir de su casa porque no me sentía del todo libre para decir o hacer lo que se me antojaba.

Lo siento, no fue mi intención.

Acá afuera es otra cosa. Da la sensación de que somos todos iguales.

Es verdad, quizá me equivoqué al invitarlos a mi departamento.

A su piso, querrá decir.

A mi piso, sí.

Bueno, me voy despidiendo, muchas gracias por el trabajo que se tomó en acompañarme hasta la puerta de calle.

No es nada. Fue un placer. Aunque se va sin contestarme.

¿Contestarle?

Sí, contestarme.

¿Qué tengo que contestarle?

Si acepta o no un contrato de dos años para el cargo de jefe de la sección de policiales del diario. Está vacante, me haría un grandísimo favor. Un hombre como usted, con su experiencia y con su talento, nos vendría muy bien en este momento.

Puede ser.

No, puede ser no, José Antonio. Hay momentos, en la vida, en que debemos tomar decisiones. Este, para usted, es uno de esos momentos cruciales.

Depende de las condiciones.

Sin condiciones.

Entonces, sí. El dinero me hace falta. Y también, qué quiere que le diga, la verdad es que en casa me aburro un poco.

Se lo agradezco.

El agradecido soy yo, Gastón.

No, ahora Gastón no. Ahora, otra vez, jefe o señor jefe.

Todavía no firmamos nada.

Lo espero en mi despacho mañana por la mañana, temprano, a eso de las diez.

Ahí estaré, no se preocupe.

Lo único.

¿Alguna condición?

No, no. Sólo me gustaría pedirle que en el diario no comente nada de todo lo que se enteró hoy. La vida privada de cada uno de nosotros es privada.

Ni una sola palabra saldrá de mi boca. Se lo aseguro. Siempre he sabido guardar los secretos.

Me parece muy bien. Y ahora que ya arreglamos este bendito asunto, ¿no tiene ganas de subir a terminarse ese whisky que dejó inconcluso?

No, no. Ni loco vuelvo a subir por ese ascensor. Y a mi edad, créame, ya no estoy para trepar nueve pisos por la escalera.

Qué lástima. Podría ayudarme con la jueza, es una mujer tan difícil.

Una mujer complicada. De verdad me encantaría ayudarlo, jefe, pero el ascensor es más fuerte que yo. Le juro que mi corazón no soportaría otro viaje.

Entonces voy a intentar que bajen ellos. Por ahí, en una de esas, la doctora acepta.

Acá o en la plaza no tengo ningún problema en ayudarlo. Cuente conmigo.

Pruebo por el portero eléctrico.

Pruebe.

Hola, Bobi.

Hola, Ruli.

A José Antonio y a mí se nos ocurrió que podríamos continuar la charla en la plaza. Está tan lindo acá afuera.

Ahí bajamos. Yo me encargo.

Tratala con amabilidad. Te lo pido encarecidamente.

Ahora vamos. Si la tengo que llevar de los pelos, la llevo de los pelos.

No seas bruto.

Bien que te gusta cuando soy bruto.

Zonzo.

Tarado.

Ahí bajan, José Antonio.

Pero antes, por favor, explíqueme lo que quiere de mí. Si no, no voy a saber cómo ayudarlo.

Es fácil: hable poco. Y, si se le ocurre decir algo, hágalo sólo para estar de acuerdo con lo

que yo he dicho antes.
Comprendido.

Fernández, Fernández, Fernández y Fernández Fernández

Acá estamos. Felices. Dispuestos a que nos lleves a pasear, Rulo.

Feliz estará usted, portero. A mí no me hace ninguna gracia andar por la calle a estas altas horas de la noche. Es una locura. Con todos los problemas de inseguridad que hay.

Y sin el vaso de whisky, claro.

Bueno, por favor, no empiecen de nuevo. Los invité a bajar porque nuestro amigo José Antonio, finalmente, decidió quedarse un rato más. Sin embargo, como el pobre sufre de claustrofobia, no se animaba a subir otra vez los nueve pisos en el ascensor para continuar con la conversación.

¿Qué le pasó, caballero? ¿Primero se quiere ir, después se quiere quedar? ¿Por qué ese repentino cambio de opinión?

Me dieron ganas de continuar con la conversación. Sin embargo, con los ascensores no puedo, son más fuertes que yo, doctora.

María Esther.

Cierto, María Esther, disculpe.

¿Y ahora qué lugar se le ha ocurrido para continuar con tan agradable velada, Gastón?

Yo creo que acá mismo estaríamos bien. O también podríamos ir a la plaza, a sentarnos en cualquier banco. No sé. Como prefieran. Elijan ustedes, a mí, la verdad, me da igual.

Podrían venir a mi departamento.

No me parece, doctora, son cinco pisos. No creo que nuestro amigo se anime a tanto.

Si no le importa, me gustaría que conteste José Antonio; es un hombre grande, supongo que puede decidir por sí mismo.

Son cinco pisos, María Esther. Perdóneme, pero no me animo a tanto.

Y a mí lo que me parece es que no podemos ir a un banco de la plaza. Sería una temeridad. Corremos demasiados riesgos. Con la delincuencia que anda por las calles a estas horas, nos puede pasar cualquier cosa.

Ay, capaz que nos violan.

No se haga el gracioso, portero.

No nos va a ocurrir nada, doctora, no tema. Somos tres hombres. Nadie se nos va a acercar.

Lo de hombres, la verdad. ¿Y usted qué opina, José Antonio?

No tema, María Esther. Somos tres, nadie se nos va a acercar.

Es una locura.

¿Entonces nos quedamos acá?

Sí. Entre las dos opciones prefiero quedarme acá. Por lo menos acá tenemos algo de luz. Y, en caso de necesidad, podemos meternos rápido adentro del edificio.

Como usted diga, doctora.

¿No podríamos dejar la puerta entreabierta, portero? Unos centímetros nomás, para no tardarnos en entrar si es que tenemos alguna emergencia.

La puerta debe estar siempre cerrada con dos vueltas de llave. Todo el día. A toda hora. Es una estricta orden de su amiguito el administrador. Usted debe tener su teléfono: si quiere llámelo y pregúntele si, por esta única vez, podemos hacer una excepción. Por ahí, quién le dice,

tratándose de usted, la deja.

¿Cómo se le ocurre que llame al administrador a esta hora de la noche?

No creo que vaya a ser la primera vez.

Qué bárbaro. No tiene vergüenza. Las cosas que dice. Si fuera hombre ya le habría roto la cara de una trompada.

Pero no es hombre, doctora.

Usted tampoco, portero. No se haga ilusiones.

Por favor. Midan sus palabras. Tengamos la fiesta en paz.

Es verdad, sería bueno que midieran sus palabras.

¿Por qué? ¿Acaso me va a atacar de nuevo, periodista?

No, no lo voy a atacar de nuevo. Sólo acompañé la sugerencia de Gastón.

¿A mí también me lo está diciendo, José Antonio?

También a usted, María Esther.

Lo noto muy cambiado, caballero. Se ve que la compañía de Gastón o el ataque de pánico en el ascensor, no sé, alguna de las dos cosas o las dos a la vez, le trastocaron un tanto sus convicciones.

Bueno. Ya está bien. Abrí la puerta, Bobi. Ponele algo para que no se cierre, una madera o una piedra del cantero, lo que sea. Que quede entornada. Haceme el favor así la doctora se tranquiliza.

Pero va en contra de las órdenes del administrador y del consorcio. Si alguien llega a darse cuenta, el problema lo voy a tener yo.

Yo me hago responsable.

Como quieras, Rulo. Sabés que nunca pude negarme a un pedido tuyo.

Qué fácil que cambia de parecer, portero.

No siempre, doctora. No siempre. Depende de quién me pida las cosas. Y también de la ternura con la que me las pida.

Qué sinvergüenza.

Les ruego que no empiecen otra vez.

Yo no empecé nada, la que empezó fue ella.

El que empezó fue usted, maleducado.

Bueno, basta. Una vez solucionado el asunto de la puerta, creo que lo mejor sería que bajáramos los decibeles y continuáramos con la conversación que estábamos manteniendo hace apenas unos minutos en mi departamento.

Nunca hubo tal conversación.

Comencémosla, entonces.

Usted dirá.

Insisto con que el problema de esta ciudad son las palomas.

No, por favor, no vaya otra vez por ahí.

Si me deja que pase del título, doctora, a la esencia de la cuestión, quizá termine por entender a lo que me refiero.

O quizá no.

Puede ser. No lo sé. Sin embargo, le pido encarecidamente que me deje continuar, después usted verá.

Y yo le pido encarecidamente que se apure. Mire la cara de esos dos tipos que vienen ahí. Dan miedo. Es una verdadera locura estar acá, parados, a merced de los delincuentes.

Quédese tranquila, la puerta está abierta. No hay manera de que nos ocurra algo.

Apúrese.

Me apuro, entonces. Como pasa muchas veces, el problema no existe hasta que no tomamos verdadera conciencia de su existencia. Eso, se me ocurre, fue lo que nos ocurrió a todos nosotros a partir de la llegada al barrio de aquel viejo guerrillero con sus palomas. Ahí nos enteramos. Bobi se enteró porque la vereda era un asco, yo porque mi terraza era un asco, y así todos.

Yo me enteré bastante antes, caballero.

Ya lo creo. ¿No fue usted con su estúpida *probation*, acaso, la que nos causó el problema? ¿Cómo no lo va a haber sabido antes que nosotros?

No lo supe por eso, no sea idiota. Lo supe porque ando por la calle. No vivo encerrada y encerrando las veredas como usted, portero.

Si anda tanto por la calle como dice, debería hacer un esfuerzo y tomar un poco menos de drogas o de whisky por las noches. Así no se caería. Es feo andar cayéndose a cada rato. Muy feo.

Parecen chicos.

Sí, parecen chicos.

Y a mí me parece que usted, José Antonio, se pasó al bando enemigo. El pánico del ascensor lo convirtió en otra persona. O el dinero que le ofrecieron. Vaya a saber uno qué es lo que cambia tan repentinamente a las personas.

No le permito.

Así nunca vamos a poder avanzar. Hagan una tregua, por favor. ¿No se cansan de pelear?

Yo no peleo, sólo me defiendo cuando me atacan.

Yo también.

Y yo.

Se me ocurre una solución bastante sencilla: a partir de este momento, nadie ataque al otro y entonces nadie tendrá que defenderse.

De acuerdo.

Yo también estoy de acuerdo.

Y yo.

Muy bien. Me alegro. Ahora continuemos.

Apúrese, Gastón. Sigo pensando que es una temeridad que estemos acá afuera, a esta hora de la noche, a expensas de los malvivientes que pululan por la ciudad.

Me apuro, doctora. Voy directamente a la esencia del asunto. Aunque, efectivamente, el problema del exceso de palomas en la ciudad sea de larga data, para nosotros, me refiero a los vecinos de este barrio, recién comenzó con la llegada del viejo. Es verdad que alguna que otra paloma siempre hubo en la plaza, no se lo voy a negar, pero lo cierto es que el viejo trajo a cientos o miles, y una buena parte de ellas, lamentablemente, se afincó para siempre en nuestras ventanas o en nuestros balcones o en nuestras terrazas. Les gustó el sitio, tenían comida cada mañana, qué sé yo. Se encontraron con un paraíso. Y ahí vino el horror: los bichos se adueñaron de todo, terminaron con la tranquilidad y se quedaron con lo mejor del paisaje. Mi pileta, por ejemplo, se convirtió en un enorme bebedero. Hasta el sueño nos interrumpieron. Porque hay que decir que son como máquinas que se despiertan a hacernos ruidos guturales en las orejas a las cuatro, a las cinco o a las seis de la mañana, no sé, justo un rato antes de que salga el sol. Y lo peor de todo: aunque el viejo guerrillero haya muerto, todavía siguen acá, muy orondas, sin ninguna gana, aparentemente, de volverse algún día por donde vinieron.

Muy conmovedor, su relato. Casi logra erizarme la piel.

¿Acaso expresé algo que no sea la más rigurosa de las verdades, doctora?

Bueno, bueno. La verdad, lo que se dice la verdad. Usted acaba de darnos su más que interesado punto de vista acerca del problema. Pero la verdad, se me ocurre, es una cuestión

bastante más compleja que la simple construcción de un relato interesado cualquiera. Por más conmovedor que pueda ser ese relato, Gastón.

Explíquese.

No sé.

¿Qué es lo que no sabe?

Si usted tendrá ganas de escuchar mi propio punto de vista acerca de su relato. No sé. No lo creo. A la gente, por lo general, no le gusta nada que le anden criticando sus puntos de vista.

Por favor, doctora, si la invité a charlar sobre el tema, es porque me interesan sus puntos de vista. La escucho con atención.

Como usted quiera. Para empezar, me parece que la esencia del asunto no es la proliferación de palomas en el ámbito de la ciudad, sino la muerte del pobre señor Fernández. Una muerte ocurrida, si me permite, en circunstancias bastante confusas y que la justicia todavía debe investigar. La segunda cuestión que surge de su relato y sobre la que, me da la impresión, debería reflexionar con alguna mayor profundidad es aquella que atañe a la sobrevaloración de la vida humana por encima de la vida de los demás animales que ha creado Dios. Sus palabras chorrean egoísmo. Quiero decir que las palomas necesitan beber tanto como usted, Gastón; en cambio, las piletas no constituyen ninguna necesidad primordial para la vida de nadie. Ni de los seres humanos ni del resto de los animales que habitan el universo. Son un lujo. Casi una indecencia, con tanto desgraciado que no tiene siquiera un techo debajo del cual dormir. Yo no tengo pileta, por ejemplo. Y soy jueza. Pero eso no es nada, hay algo todavía más importante que quiero señalarle, caballero. ¿Qué significa ese grueso epíteto con el que tanto usted como su noviecito el portero acostumbra a definir al pobre y ya occiso y, por lo tanto, incapaz de defenderse señor Fernández? ¿Por qué guerrillero o ex guerrillero? ¿Qué quiere manifestar, exactamente, cuando se expresa de esa manera? ¿Hacia dónde apunta?

Flor de discurso, doctorcita.

Usted no se meta adonde no lo llamaron, portero. Gastón me pidió que le diera mi punto de vista acerca de su relato y se lo acabo de dar. No hice nada más que lo que me pidieron.

Es verdad, Bobi. Yo se lo pedí y ella, amablemente, se tomó el trabajo de puntualizar los reparos que creyó necesitaba ponerle a mis dichos. Hizo lo correcto. Si teníamos tantos deseos de hablar sobre el asunto, después tenemos que saber aceptar lo que piensa cada uno de nosotros al respecto.

Me alegro, Gastón, de que haya tomado mis críticas de esa manera. Me complace. Así, sí se puede dialogar. Aunque, claro, me gustaría hacerle una última salvedad: yo no tenía ningún deseo de hablar sobre el asunto, acá el único que parece interesado es usted.

Fue una manera de decir. Supongo que si accedió a mantener un diálogo con nosotros, incluso en un sitio tan inseguro como lo es para usted la puerta de calle, algún deseo de hacerlo debe haber tenido.

Me parece que usted confunde deseo con educación. Si acepté fue, simplemente, porque una persona educada, como lo soy yo, no puede negarse nunca a una conversación amable.

Por lo que sea. Pero lo cierto es que aceptó. Y ahora, si me permite, quisiera responder, desde mi más absoluta franqueza, a la larguísima lista de reparos que me acaba de hacer.

Le permito, faltaba más.

Me gustaría empezar por el tema de la pileta. No quisiera parecer pedante; sin embargo, creo que tengo el derecho a tenerla. He trabajado toda mi vida, desde muy joven. Me la he ganado con esfuerzo, sin hacerle mal a nadie. Me gusta tomar el sol, nadar un poco, me hace sentir bien. Y que haya sido Dios el que creó a las palomas me tiene sin cuidado. Si efectivamente lo hizo Dios,

supongo que lo hizo de buena fe. Habrá creado a una pareja de ellas pensando, quizás, en que sería lindo que el hombre las viera volar, cada tanto, por el cielo. O que sirvieran para que los enamorados, en la antigüedad, se enviaran mutuamente mensajes sin que el resto de los mortales se enterara. El problema, me da la impresión, es que después de que las creó, se olvidó por completo del asunto y esa bendita primera pareja empezó a reproducirse sin descanso. ¿Por qué mi piletta tendría que convertirse en su bebedero? ¿Por qué mi ventana tiene que convertirse en un nido? ¿De qué egoísmo me habla? ¿No podrían irse al campo como las otras aves y dejar de molestar y de ensuciar acá en la ciudad? Las ciudades fueron hechas por los hombres para los hombres, no para las palomas. En el campo es donde están los ríos y los árboles que, seguramente, Dios también les creó para que ellas los utilicen como bebederos y como nidos. La piletta me la pagué yo solito, peso sobre peso, esforzándome; no me la hizo ni me la pagó Dios.

Muy bien dicho, Rulo. Con lo linda que es tu piletta, lo único que faltaba.

Muchas gracias por el apoyo, Bobi. Y, por favor, no te enojés, pero lo que en verdad me interesa no es tu opinión, sino la opinión de la doctora.

Ay, qué necesidad. Sos un bruto. Por supuesto que me enojé. Y mucho.

Perdoname.

No sé. Lo voy a pensar.

Caballeros: quizá si se apuraran a terminar con tan patética escena, yo podría dar mi parecer. No tiene ningún sentido continuar arriesgando nuestras vidas, acá afuera, para nada.

Tiene razón la doctora, Bobi. Pará un poco. Ya tendremos tiempo, más tarde, para que me hagas todos los planteos que se te ocurran.

¿Me jurás que habrá un más tarde?

Te lo juro.

Entonces, sí. Que hable la bruja todo lo que quiera, no me meto más.

No soy ninguna bruja, portero.

Y yo no soy ningún portero.

Te pedí que pararas.

Volvé a jurar que después dormís conmigo.

Lo juro.

Entonces no abro más la boca.

Eso sería un verdadero milagro.

Bueno, doctora, cálmese usted también. Si prometió que no volverá a abrir la boca, estoy seguro de que no volverá a abrirla. Lo conozco muy bien y sé que es un hombre de palabra.

Pero si ni siquiera es un hombre, cómo va a ser un hombre de palabra.

Bruja.

¿Vio, Gastón, que su amiguito no cumplió con la palabra que empeñó hace apenas unos segundos?

Basta, me tienen hartos. Los dos.

Qué carácter, caballero.

¿Podría ser tan amable, doctora, de dejarse de pelear e informarme de una buena vez qué le ha parecido mi descargo acerca de la piletta? Le recuerdo que la apurada, debido a la inseguridad que pulula a esta hora por las calles de la ciudad, es usted.

Es verdad, se me había olvidado.

¿Entonces?

Me parece que su alegato sobre la piletta deja mucho que desear. Fundado en un evidente ateísmo, atribuye la proliferación de palomas a un olvido divino. Craso error. Existe algo que se

llama libre albedrío: Dios las creó y, después, las dejó a su suerte. Ese fue su plan. Igual que hizo con el hombre y con la mujer, que, por cierto, se reprodujeron tanto o más que las palomas. Si, de tanto reproducirse, los seres humanos un buen día necesitaron inventar ciudades enormes allí donde antes sólo había ríos y árboles, ¿qué culpa tienen las palomas? Y algo más tengo para informarle. Lo más importante. Usted afirma que trabajó desde muy joven y puede que sea verdad, no tengo pruebas para desmentirlo. Sin embargo, sí tengo una prueba para desmentir aquella otra afirmación de que jamás le ha hecho mal a nadie. La tiene aquí, a un costado. Se llama José Antonio Fernández y, aunque está muy callado desde que bajamos, supongo que no tendrá ningún inconveniente en recordarle la manera cobarde y oprobiosa en que lo hizo jubilar antes de tiempo.

A ver, José Antonio, explíqueme a la jueza lo buena persona que soy.

No voy a negarle que me sentí realmente muy mal, María Esther, cuando Gastón me obligó a jubilar hace un par de años. Fue duro. Durísimo. De repente, de un día para el otro, me encontré solo, con más de sesenta años y sin trabajo. En la calle, prácticamente. Pero el tiempo nos enseña, sabe curar algunas de nuestras heridas. Entonces, creo que, hoy por hoy, no me costaría nada afirmar que se trata de una buena persona. Lo que supuse cobardía, llevado por el enojo o por el rencor de aquel momento, no sé, quizá no haya sido otra cosa que valentía: la correcta decisión de un hombre que tiene un cargo en el que continuamente hay que tomar decisiones, por más duras que ellas sean, por más inhumanas que les parezcan a los que las sufren.

Extraordinario lo suyo, José Antonio. Realmente extraordinario. No se puede creer. Y encima dijo todas las mentiras que acaba de decir sin ponerse siquiera colorado. Increíble.

A mí, en cambio, me parece que una de las diferencias fundamentales que existen entre los seres humanos y las palomas, ya que estamos en el tema, es la capacidad de enmendar, a partir de la inteligencia, los errores que solemos cometer. Esto es lo que ha logrado nuestro amigo José Antonio: aprender. Simplemente, aprender del error. Algo que las palomas, por más que lo intenten, una y otra vez, jamás podrán hacer.

Sí, sí, claro. Por supuesto. Aunque también se me ocurre que lo que las palomas no podrán hacer jamás, caballero, es dejarse corromper como se dejan corromper los seres humanos.

Diga lo que quiera, doctora, pero lo cierto es que se le acaba de caer la única prueba de peso que tenía en contra de mi piletta. Así que, si le parece, me encantaría que pasáramos a otro de los puntos oscuros que ha encontrado en mi relato.

No se trata de ningún punto oscuro, se trata de una cuestión fundamental: la muerte en circunstancias muy dudosas del señor Juan Eusebio Fernández.

No entiendo por qué la muerte de ese individuo es una cuestión tan fundamental. Lo atropellé con mi coche. Involuntariamente. No tengo mucho más para informarle al respecto. Lo fundamental, según mi leal saber y entender, son las palomas. La muerte de Fernández, en el peor de los casos, sería apenas una consecuencia de aquel asunto primordial.

¿Involuntariamente?

Sí.

No le creo.

Vaya a la justicia, si no me cree.

Es lo que voy a hacer, no tenga duda. Ni siquiera tiene testigos de su supuesta falta de voluntad en el accidente.

Los tengo.

No me haga reír, usted sabe que no se trata realmente de testigos: uno es su propia pareja, acá presente, y el otro es un pobre muchacho de diecisiete o dieciocho años, no creo que tenga más, y encima recién llegado del interior del país. Por favor, Gastón, ¿de qué testigos me habla?

Uno es un vecino que justo estaba asomado al balcón del tercer piso y el otro es el portero del edificio, que estaba a punto de comenzar a baldear la vereda.

¿Portero? ¿Dijiste portero, Rulo?

Disculpá, estoy un poco nervioso, quise decir encargado.

Te disculpo, pero que no se vuelva a repetir.

¿Está nervioso, Gastón?

Un poco, doctora. No comprendo del todo bien adónde es que pretende llegar con tantos cuestionamientos.

Pretendo llegar a la verdad. No se olvide que, además de vecina, también soy jueza.

Hablando de la verdad, doctorcita, fijese lo que es la vida; si hubiese logrado que la vieja Marta le firmara el testamento ese que le quiso hacer firmar, quizás usted misma hubiera sido la testigo del accidente. Qué lástima que justo aparecieron esos desagradables parientes del interior.

¿Qué dice, portero? ¿Cómo se le ocurre? Dedíquese a limpiar y no hable de lo que no sabe.

Mire lo que son las cosas. En cambio a mí, doctora, el dato que acaba de sumar Bobi a la charla me parece de gran relevancia.

No intente cambiar el eje de la conversación. ¿Por qué no se fija, mejor, en que acaba de llamar Bobi a uno de sus dos impresentables testigos?

Insisto en que quizá deberíamos también dialogar un rato acerca del interesantísimo asunto del testamento que usted le alcanzó a la señora Marta para que firmara.

Y yo insisto en que sigamos con el tema de sus testigos. O con otro. Por ejemplo, el adjetivo guerrillero que usan ustedes dos cada vez que se refieren al pobre señor Fernández.

Todos somos Fernández, María Esther.

Usted no se meta, desvergonzado.

José Antonio, Bobi, ¿no les gustaría dar una vuelta por la plaza? Se me ocurre que hay un par de cosas que debo charlar a solas con la doctora.

¿Me estás sacando del medio?

No, sólo te pido un favor.

Vamos, encargado, dejémoslos un rato así pueden conversar tranquilos.

Otra vez con usted. Estoy harto de conversar con usted. Todo el bendito día estuve conversando con usted.

Vamos, hay algo que todavía no me contó y que me gustaría saber.

Disculpen, caballeros, pero todavía nadie me preguntó a mí si tengo algún deseo de quedarme a solas con Gastón.

Me gustaría hablar con usted a solas, doctora.

¿Con qué intenciones?

Las mejores.

¿Seguro?

Completamente seguro.

Bueno, entonces, si los señores tienen a bien retirarse un momento a pasear por la plaza, yo no tengo ningún problema.

¿Te vas a quedar con ella, Rulo?

Un rato. Apenas haya terminado, les hago una seña para que vuelvan.

¿Estás seguro?

Completamente.

Fernández y Fernández

¿Me pareció a mí o ahora usted está de nuestro lado, ex periodista?

Le pareció bien, encargado.

Me alegro, con esta mujer nunca se puede estar del todo tranquilo.

Y, sabe, ahora que estamos del mismo lado, me gustaría que aprovecháramos el rato que tenemos para que me cuente por qué es que cuando se refieren al viejo Fernández, los dos, usted y su novio, lo califican de guerrillero o de ex guerrillero.

No sé.

Vamos, encargado, no se haga el tonto. Ya le dije que estoy de su lado. Alguna buena razón deben tener para llamarlo de esa manera.

¿Cómo sé que usted está definitivamente de nuestro lado?

Es muy fácil: vuelvo a ser periodista.

¿Ya no es más ex?

No, no soy más ex.

¿Y cómo es que ocurrió eso?

Se lo cuento, no tengo inconvenientes. Pero sólo si me promete que, enseguida después, me cuenta las razones que los llevaron, a usted y a su novio, a utilizar la palabra guerrillero cada vez que se refieren a Fernández, el tipo del accidente.

Se lo prometo.

De acuerdo. Lo que pasó fue que Gastón me volvió a contratar para trabajar en el diario. Y ya no como empleado raso, sino como jefe de la sección de policiales, el puesto que anhelé toda mi vida.

Me alegro. Se lo merece.

No sé. Usted, hoy por la tarde, me dijo varias veces que era un negado.

Son cosas que se dicen, pero que no se piensan. Gastón es muy inteligente y si él decidió que usted sea el jefe de esa sección, por algo será.

Gracias. Muchas gracias. Estoy muy contento. Ahora cuénteme usted.

¿Qué quiere que le cuente?

Lo que me prometió.

Ah, sí. Me había olvidado.

¿Entonces?

Pasa que es medio largo. ¿De verdad tiene ganas de saberlo?

De verdad.

¿Y guardará el secreto?

Por supuesto, ¿cómo se le ocurre, Fernández?, estamos en el mismo bando.

La gente a veces cambia de bando muy rápido.

No es mi caso.

Ojalá. Porque si vuelve a cambiar de bando, lo busco y, cuando lo encuentre, lo mato con mis propias manos. Se lo juro.

No se preocupe, soy un caballero.

De todas maneras se lo voy a resumir un poco, ya es demasiado tarde.

Como usted prefiera.

Por un lado, yo estaba harto de la mugre en la vereda y, por el otro, Gastón estaba harto de la colonia de palomas que se había ido a vivir en los alrededores de su pileta. Él ama su pileta. Creo que es el gran trofeo de su vida. Significa bastante más de lo que para mí significa mi vereda. Se lo aseguro. Y eso que para mí la vereda significa mucho. La pileta es su vida. Imagínese, entonces, cómo estaba. Lo que lloraba cada mañana. Porque lloraba. Aunque a usted le parezca que eso no es posible, la verdad es que lloraba a mares. Yo no. Soy más fuerte. Yo pego unos cuantos gritos, me amargo, pero no pasa de ahí. Lo de él era tremendo. Lo sobrellevaba muy mal. Realmente muy mal. Por eso, aquella mañana, decidimos ir a charlar con el viejo; ver qué podíamos conseguir a partir del diálogo. Gastón me convenció de hacerlo. Él cree en el diálogo, vio cómo hoy también se tomó el trabajo con ustedes. Yo, la verdad, a esta altura, ya no creo en nada. Pero igual lo acompañé. Era muy temprano, recién había amanecido. Esperamos un rato a que Fernández llegara y después esperamos a que terminara de vaciar la bolsa de pan. Entonces fue que lo invitamos amablemente a pasar al noveno piso, a tomar un café. Por supuesto, como se podrá imaginar, el tipo no aceptó. Era imposible convencerlo de nada al viejo Fernández. Argumentó que podíamos charlar perfectamente ahí en donde estábamos, que no veía ninguna necesidad de mudarse a otro sitio, que, al menos de su parte, no tenía absolutamente nada que esconder. Así fue como empezó la charla. Aunque, en realidad, los que charlaron fueron ellos dos, yo me quedé a un costado, en completo silencio.

¿Qué hace?

Nada, me levanté para mirar cómo va la cosa con la jueza.

Déjese de tonterías y siga contándome. Usted sabe que soy muy ansioso, no se demore, ya nos va a avisar Gastón.

Qué mujer peligrosa, esa.

Por favor, déjelos que hablen en paz; Gastón sabe muy bien cómo arreglar este tipo de problemas, le suplico que continúe.

¿Dónde estaba?

Estaba justo por contarme lo que charlaron el viejo Fernández y Gastón aquella mañana.

Ah, sí. El viejo era un fanático. No aceptaba ninguna de las razones higiénicas que le exponía Gastón. Es más, a cada rato le decía que él estaba haciendo la revolución y que, gracias a él, finalmente los ricos se iban a enterar de lo que era convivir con las sucias palomas. Que no iba a detenerse hasta infectar de palomas todo el Barrio Norte y, si tenía que seguir hasta San Isidro, iba a seguir. Gastón trataba de explicarle, desde la mesura que lo caracteriza y que usted conoce tan bien, que eso que estaba haciendo no constituía ninguna revolución, que las revoluciones se hacían de otra manera. De más está decirle, periodista, que no llegaban a ningún acuerdo; que el tipo, cada tanto, repetía que hasta la victoria no iba a parar y que Gastón, por el contrario, intentaba en vano, una y otra vez, persuadirlo del enorme error en el que estaba incurriendo. En un momento, empecé a aburrirme, a darme cuenta de que ese diálogo no tenía ningún futuro. Entonces me metí. Le pedí a Gastón que nos fuéramos, que no tenía ningún sentido seguir discutiendo con ese energúmeno y que ya encontraríamos la forma de que las palomas se alejaran de su pileta, que tenía que haber alguna forma, que más tarde iba a pasar por la veterinaria a preguntar si tenían algún veneno o alguna otra cosa que las alejara. Ese fue mi error. Mi tremendo error. Aunque le parezca increíble, el viejo Fernández escuchó clarito la palabra pileta y le gritó a Gastón que era un oligarca y un montón de otras cosas. A Gastón se le enrojeció la cara. Me di cuenta enseguida, lo conozco. Y ahí, claro, vino el desenlace: le exigió al tipo que no se metiera con su pileta, que no era quién para hacerlo, y el viejo cometió el pecado que le costó la vida: se rio de su pileta

desde una carcajada que Gastón no pudo soportar. De inmediato se dio la vuelta, me pidió por favor que lo entretuviera unos minutos y desapareció rumbo a la cochera.

Qué bárbaro.

El resto, periodista, ya lo sabe por el diario.

Qué locura.

Y ahora levántese, Gastón nos está haciendo señas para que nos acerquemos hasta donde están ellos.

Sí, sí, vamos, no lo hagamos esperar.

Fernández, Fernández y Fernández

La jueza sabe todo lo que pasó. No sé si es que lo vio desde el balcón de su departamento o si sólo se lo imagina. Pero lo sabe todo, muchachos. Absolutamente todo. Y encima me amenazó con que va a pedir la causa del accidente para unirla con la que ella llevaba, la de las palomas de Fernández.

Esa mujer es una bruja, Rulo. Siempre te lo dije. La peor de todas.

Discúlpeme que me meta, señor jefe, pero supongo que la señora debe querer algo a cambio de su boca cerrada. No sé si me entiende. Algo lo suficientemente importante como para justificar su silencio.

Por supuesto, José Antonio.

¿Y entonces?

Que sí, que le ofrecí todo lo que podía ofrecerle: mover mis contactos políticos, que son muchos, para conseguirle un juzgado federal. Pero nada. A la muy zorra no le alcanza con eso. Quiere más.

No me imagino qué puede ser más que un juzgado federal.

Una bruja. Yo siempre te lo dije. Te lo avisé. Es una bruja.

En realidad, no es que pretenda más. Lo que no quiere es quedarse con las manos vacías mientras tanto. Mientras yo le tramito lo del juzgado, quiero decir. Como eso va a tardar, ella necesita algo más tangible. Y lo necesita ya, ahora mismo, no dentro de un tiempo.

Entiendo, jefe.

Yo, en cambio, no entiendo nada, Rulito, qué querés que te diga.

La muy desgraciada pretende mudarse a mi piso hasta tanto salga lo del juzgado federal. Por las dudas. Como reaseguro. Y que yo, durante ese tiempo, me mude al de ella. Y lo peor es que quiere hacer la mudanza mañana mismo.

¿Me estás diciendo que quiere la pileta?

Sí, justamente eso es lo que quiere.

Uy.

Está loca. Rematadamente loca.

Más que eso. Está perdida. Le acabo de explicar que no puedo cerrar el trato solo, que el tema me excede, que tenía que consultarlo con vos porque la cuestión también te involucra. Le pedí que nos esperara, que después, en unos minutos, subíamos los dos a darle una respuesta.

¿Y te creyó?

Supongo que sí. Se lo dije desde la más completa serenidad que pude inventarme.

¿Entonces?

Entonces me van a escuchar atentamente. Los dos. Usted también, José Antonio. Aunque no le guste, ya está tan metido en este lío de las palomas como nosotros, es demasiado tarde para bajarse.

A sus órdenes, jefe.

Palomas de mierda.

Dale, Rulo, te escuchamos.

Vos me acompañás al quinto, Bobi. Y usted, José Antonio, se me queda ahí en la esquina,

merodeando. Lo demás es fácil. Si, por desgracia, mientras está merodeando, ve caer el cuerpo de la jueza desde el balcón del quinto piso, ojalá que no pase, claro, pero como está tan alterada, no sé, cuando yo le niegue la pileta esta mujer es capaz de cualquier cosa. Entonces, retomo, si eso pasa, me refiero a que ve caer a la jueza, de inmediato se viene desesperado para acá y comienza a gritar y a patalear y a llorar. Puede hacer lo que se le antoje, pero, por favor, de lo que no puede olvidarse, en algún momento, es de tocar todos y cada uno de los porteros eléctricos del edificio. Eso es lo que nos va a permitir a nosotros aparecer en escena y hacernos cargo de la situación: llamar a la policía para dar cuenta de la desgraciada caída de la mujer y esas cosas.

Lo que usted ordene, jefe.

Y a la policía, después, le dice que no podía dormir y que entonces salió a caminar; que suele pasarle, que debe ser por la edad o porque está jubilado y no tiene demasiado que hacer. No se vaya a equivocar. Mire que va a ser el único testigo del suicidio.

No se preocupe, jefe. Una sola preguntita nomás. Lo del contrato sigue firme, ¿no?

Por supuesto, mañana a las diez lo espero en mi oficina.

No, como dijo eso de que era jubilado y no tenía demasiado que hacer.

Eso es para la policía, José Antonio.

Ah, bueno.

¿Le quedó claro lo que tiene que hacer, entonces?

Sí, sí.

¿Seguro?

Muy claro. Vayan tranquilos.

Grupo  Planeta

¡Seguinos!

